

CRÓNICAS CONTRA LA INDIFERENCIA

GIOVANNI PORZIO



© Giovanni Porzio

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Traducción: Luis Aguilar.

@BRIGADACULTURAL

CRÓNICAS CONTRA LA INDIFERENCIA

GIOVANNI PORZIO

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Kabul liberada | |
| Kabul, Afganistán, noviembre 2001..... | 7 |
| La última plaga de Bangladesh | |
| Bazares de Dacca e Cox's, Bangladesh, marzo 2018..... | 17 |
| Trata de niños | |
| Sihanoukville, Camboya, mayo 2014..... | 27 |
| Limpieza étnica | |
| Bangui, República Centroafricana, marzo 2014..... | 39 |
| Oro rojo asesino | |
| Henan, China, enero 2002..... | 49 |
| Viaje a Farclandia | |
| Puerto Asís y San Vicente del Caguán, Colombia, febrero 2001 | 57 |
| Tras la cortina de bambú | |
| Pyongyang, Corea del Norte, mayo 2005..... | 69 |
| Gritos en el desierto | |
| Musbet, Darfur, Sudán occidental, abril 2004..... | 81 |
| Rehenes de las gangas | |
| San Salvador, diciembre 2015..... | 89 |
| Persiguiendo a Rimbaud | |
| Harar, Etiopía, febrero 2017..... | 101 |
| Fuga en San Pedro | |
| San Pedro Sula, Honduras, febrero 2019 | 113 |

| | |
|--|-----|
| Seis días en el infierno Basora, Irak, marzo de 1991..... | 123 |
| Buenos días, Bagdad Bagdad, Irak, abril 2003..... | 137 |
| Sangre y narcos Acapulco, México, noviembre 2016..... | 145 |
| Genocidio sin testigos Monte Nuba, Sudán, abril 1997..... | 155 |
| Mao en El Himalaya Rolpa, Nepal, junio 2003..... | 165 |
| La próxima aventura de Chernobyl Norilsk, Siberia del Norte, abril 2000..... | 175 |
| El fantasma de Damasco Damasco y Homs, Siria, octubre 2013..... | 185 |
| Miedo y delirio en Mogadisio Mogadiscio, Somalia, noviembre 2017..... | 195 |
| En la tierra de los muertos vivientes Bentiu, Sudán del Sur, junio 2017..... | 205 |
| Biblioteca en el desierto Timbuctu, Mali, febrero 2018..... | 217 |
| La guerra en las costas Taiz, Yemen, marzo 2017..... | 229 |
| En la guarida del Leopardo Kinshasa, Zaire, maggio 1997 | 237 |

KABUL LIBERADA

Kabul, Afganistán, noviembre de 2001.

La columna avanza en fila india. Deja en los muros de adobe el fantasma de Rabat. Son las 10 de la mañana del lunes 12 de noviembre y los 400 guerreros del comandante Basir Salangì han recibido la orden de atacar la primera línea del Talibán en la llanura de Somalia. El comando marcha silencioso, dentro de un chirriante tanque ruso que levanta nubes de polvo y humo. Hombres en zapatillas armados con ametralladoras, bazukas, niños con el Kalashnikov terciado al cuerpo, barbas blancas de veteranos transportando morteros y cajas de municiones. Caminan sin importarles que las granadas exploten a unos cuantos metros de distancia, en viñedos y casas abandonadas.

La batalla de Kabul inició al amanecer, cuando las ondas del B-52 y el F-18 comenzaron a golpear la trinchera y los búnkeres al sur de la base aérea de Bagram. Desde una azotea, en una posición protegida por sacos de arena y ametralladoras, tres occidentales con chaleco antibalas auscultan con binoculares los daños provocados por el bombardeo. Llevan en la cabeza el pakul, típico som-

brero con base de dona que utilizan los afganos del Norte, y fingen ser periodistas de la CNN: en realidad son fuerzas especiales de los Estados Unidos encargadas de transmitir las coordenadas de los objetivos a los aviones espía. Su trabajo fue fundamental en la conquista de Mazar Al Sharif, donde los C-130 lanzaron paracaídas contra caballos y armas del general uzbeko Rashid Dostum. Incluso en el frente de Kabul, el apoyo táctico de la aviación demostró ser crucial. En cada curva de la ruta que conduce a la primera línea, los mujahiddins se detienen. Los hombres se agazapan en las zanjas, para protegerse de los francotiradores colocados entre las ruinas de las granjas, mientras los oficiales esperan mediante *walkie-talkies* las instrucciones de Bismillah Khan, quien dirige la ofensiva al mando de Jabal Saraj. En el lado derecho del valle, las tropas acorazadas del General Haji Almas, después de un gran bombardeo de cohetes Katyusha, llegan a Qarabagh, en el viejo camino a Kabul, donde 700 talibanes son tomados prisioneros. Pero en Rabat la resistencia es más feroz. El contingente se dividía en dos secciones. Procedíamos con precaución caminando por el surco de los rastreadores y cambiando a menudo el camino para evitar las minas dispersas por todas partes, por miles, en los campos y en las pistas terrestres. De pronto, la vanguardia de la columna fue alcanzada por fuego enemigo: los proyectiles de mortero se acercaban más y más, y las balas de ametralladoras rebotaban en la parte alta de la pared de arcilla bajo la cual me protegí. No puedo retroceder. Solicitan refuerzos en la radiofrecuencia 5175. Y luego de unos 20 minutos al frente de un departamento de asalto, Basir Salangì se hace cargo personalmente de la guía de operaciones.

Salangì, con 40 años de edad, barba bien arreglada, gafas de sol a la moda, es el señor de la guerra tajiko¹ que controla el camino estratégico entre Mazar Al Sharif y la capital, desde la fortaleza en el valle de Salang. Su fama como asesino y guardabosques es legendaria: en 1996, después de ponerse del lado del régimen fundamentalista en Kabul, se alió con Ahmed Shah Massud y masacró a cientos de talibanes.

Su intervención fue decisiva en la batalla de Rabat: a las 14:30 los tanques irrumpen en medio de la llanura, uniéndose a los cuerpos especiales de Haji Almas y se lanzan a la persecución de los talibanes en fuga. Uno por uno, cada uno de los capitanes de distrito en el Norte de la capital anuncian su rendición con un bazukazo al aire. A las 17:00, los mujaidines se acercan al paso de Khair Kaná: a sólo cinco kilómetros, están ya bajo el fuego de su artillería.

Alrededor de un búnker talibán, los combatientes comen papas y cebollas rancias que toman de una cacerola todavía en las brasas. Los cohetes antitanque están recargados sobre las paredes de adobe y el suelo cubierto por cientos de proyectiles de ametralladoras. “Incluso los árabes y los pakistaníes están escapando”, me dice Salangì señalando los *jeeps* que desaparecen en el horizonte. “Se refugian en la montaña, pero no tienen salida.”

Al anochecer, una patrulla marcha en retaguardia. Entre los matorrales quemados por el fuego de las granadas, unos hombres caminan cargando una camilla: Mohammed, de 21 años, pisó una mina y su pierna izquier-

1. El término tayiko es una forma general para designar a una serie de pueblos de lengua persa situados de forma tradicional en el occidente del actual Afganistán, en Tayikistán y al Sur de Uzbekistán. A causa de la Guerra de Afganistán existen amplias poblaciones de refugiados, tanto en Irán como en Pakistán. (Nota del Traductor. En adelante, sin referencia: todas las notas al pie son del traductor.)

da es un amasijo informe de sangre coagulada y carne en pedazos. Imposible que se salve.

Las primeras luces de la mañana del 13 de noviembre iluminan un paisaje fantasmal. Las bombas de 500 libras lanzadas por los B-52 han pulverizado las posiciones talibanas. El camino pavimentado por los rusos está destripado por gigantescos cráteres, en los que pueden observarse restos retorcidos de vehículos militares. En Khair Kaná, los cuerpos destrozados de seis paquistaníes son rodeados por una multitud que los vitupera: los niños escupen en sus rostros desfigurados e hinchados. Un poco más adelante, los vehículos blindados impiden el paso. Debemos continuar a pie, abriéndonos paso a través de la algarabía de la gente de Kabul, que da la bienvenida a los libertadores. Durante la noche, talibanes y milicianos de la legión árabe de Osama Bin Laden abandonaron la ciudad a bordo de todos los vehículos que lograron robar: huyeron a Kandahar, después de saquear el banco central y las tiendas de cambio de dinero.

Si bien las fuerzas regulares de la Alianza se establecieron en los suburbios de la capital, respetando al menos formalmente el acuerdo establecido con Washington, la policía y los mujaidines se han apoderado de las oficinas administrativas, de los cuarteles, y establecieron puestos de control en las principales calles de Kabul, bajo la dirección de un comité de seguridad presidido por el Ministro del Interior, Yunis Qanooni.

No se han podido evitar algunas represalias, venganzas y tiroteos esporádicos. Los cadáveres de los talibanes, unas cuantas docenas, son objeto de burlas e invectivas en los sangrientos pavimentos del distrito de Shar-i-Naw. Ahmed Shaker, un estudiante de 20 años, muestra los cuer-

pos de algunos árabes alcanzados por los Kalashnikovs y arrojados a las cunetas: "No queremos extranjeros en Afganistán. No queremos que destruyan nuestra cultura. Tenemos derecho a vivir como el resto del mundo. Si Bin Laden quiere hacer la Guerra Santa, que la haga en su casa, en Arabistán (*sic*)".

Camiones cargados de milicianos que agitan retratos de Massud recorren las calles de una ciudad en *shock*. Nadie esperaba una derrota tan rápida del régimen del mulá Omar, quien desde Kandahar insiste en sus llamamientos a una *yihad* ya poco probable. Nadie previó la participación inmediata de los mujaidines en Kabul, contra los cuales la población tiene una desconfianza comprensible: en 1992 los ganadores del Ejército Rojo, desgarrados por las disputas internas, desataron una guerra civil que redujo la capital a escombros y favoreció el surgimiento de "estudiantes de religión" armados y financiados por Pakistán y Bin Laden. "Espero que los muyahidin hayan aprendido de los errores del pasado", dijo Mohammed Ahmed, de 65 años, ex director de una escuela secundaria. "Y Occidente también. Nos dejaron bajo el yugo de terroristas y fundamentalistas durante seis años. El ataque del 11 de septiembre fue necesario para que los B-52 se movieran."

La ciudad se despierta de una larga pesadilla. Las persianas del bazar permanecen cerradas pero la gente se vierte en las plazas en medio de la euforia, saboreando las primeras libertades: los niños pueden volar cometas sin temer el látigo de la policía religiosa; en los chai khana, los salones de té, alguien desenterró un viejo *cassette* con las canciones de Ahmed Zahir; los hombres, que ya no tendrán que afeitarse las axilas y el pubis, hacen cola para afeitarse la barba y algunos, como el desempleado de

22 años Said Ahmed Shah, han decidido afeitarse ante el temido Ministerio para la Promoción de la Virtud y la Supresión del Vicio, a lado de la antigua embajada italiana. Y las mujeres, a quienes los talibanes habían cancelado de la sociedad, obligándolas a mendigar y prostituirse para sobrevivir, comienzan a tener esperanza. “Seguiremos usando el chadri”, dice Shajan, de diecinueve años y un bebé escondido bajo el velo, “es parte de nuestra tradición. Pero podemos volver a estudiar y trabajar”.

Los tristes símbolos de la inquisición talibán son ahora el destino de una peregrinación liberadora: la prisión de Pol-i-Charki, donde estaban encerrados tres mil reclusos, está desierta; en las oficinas de los celosos custodios de la ortodoxia religiosa quedan algunas copias de *El Corán*, los facsímiles de los decretos del mulá Omar y los escudos en la piel de los policías islámicos; las siniestras salas de interrogatorio de la prisión especial de Sedarat están vacías; y en el estadio donde apenas el viernes se llevó a escena el macabro espectáculo de amputaciones y ejecuciones, dos niños persiguen una pelota de tela.

Ansioso por mostrarnos la brutalidad de los talibanes, Mohammed Ibrahim Sekandari, gobernador interino de Kabul, nos acompaña a una estación de policía donde unos 20 paquistaníes recién fueron arrestados. “En estas celdas” —dice— “había mujeres. Se las llevaron con ellos”. En el suelo están las burkas desgarradas, cepillos metálicos, montones de cosméticos y joyas de plástico, zapatos de niños de dos o tres años y, clavados en una esquina, una cuna de hamaca improvisada con una manta. En la cuna, una carta de amor firmada por Abdulwakil: “Te amo. No sé por qué te llevaron. Que Alá te proteja”. Bajo las luces de la calle y los semáforos atrofiados, donde ladrones y delin-

cuentas cuelgan de pies y manos, no todos logran sonreír. “Los turbantes negros podrían volver” —susurra un viejo zapatero—. “Después de 23 años de duelo, ¿quién puede decir cuál será nuestro futuro?”

Los bombarderos estadounidenses, los dólares de la CIA y la costumbre inveterada que lleva a los líderes tribales a ponerse del lado de los más fuertes, permitieron que el improvisado ejército mujaidín se apoderara de la mitad de Afganistán en menos de una semana. Pero el destino de Kabul no sólo está en manos de los generales y señores de la guerra, certificados por sus cañones en las alturas de Khair Kana. La estructura política de la capital será objeto de una compleja negociación diplomática entre Washington, Islamabad, Moscú, Beijing y los emisarios del ex soberano Zahir Shah, que entablaron contactos secretos con los líderes del grupo étnico pashtún. Y a cualquier gobierno posttalibán se le pondrá una condición irrenunciable: encontrar y llevar ante la justicia a Osama Bin Laden, el príncipe de las tinieblas que lanzó a sus terroristas kamikazes contra el mundo occidental.

Panorama, 22/11/2001





LA ÚLTIMA PLAGA DE BANGLADESH

Bazares de Dacca y Cox's, Bangladesh, marzo 2018.

Se llama Manik, pero en la estación de Komlapur todos lo llaman Jewell, Joya. Perdió las piernas al caer bajo el tren mientras pedía limosna, luego de que un incendio que destruyó la choza donde vivía dejara una red de cicatrices en su pecho. Khadija, su mejor amiga, es una muchachita de 14 años que nunca fue a la escuela y no conocía a sus padres: se prostituye por 50 takas, medio euro, en vagones abandonados y en el bosque bajo el paso peatonal. Los policías, por 10 takas, hacen de la vista gorda.

Bangladesh, una de las naciones más pobres y densamente pobladas del planeta (163 millones de habitantes concentrados en 144 mil kilómetros cuadrados, menos de la mitad de Italia), celebró con gran pompa el 48 aniversario de su independencia con el anuncio de que en 2024 saldrá de la lista de la ONU de estados “menos desarrollados” para ingresar al gran grupo de “países en desarrollo”. Los parámetros macroeconómicos son prometedores: tasa de crecimiento del 6 por ciento, alfabetización del 72 por ciento, ingreso per cápita que excede el umbral mínimo requerido de mil 230 dólares al año. Pero para Jewell,

para Khadija y para decenas de millones de bengalíes que apenas sobreviven a la miseria más abyecta, estas cifras no tienen sentido.

“La brecha entre ricos y pobres, en lugar de disminuir, continúa aumentando”, dice el economista Abu Af-sarul Haider, quien enumera una larga serie de problemas estructurales no resueltos: disparidad en el acceso a la educación, servicios de salud y crédito, desempleo, explotación laboral, salarios ridículos, corrupción, inseguridad alimentaria, escasez de viviendas. La presión demográfica, la escalada de la problemática social, la inestabilidad política y el avance progresivo del fundamentalismo islámico corren el riesgo de comprometer los resultados obtenidos por las dos Begums que después de 15 años de gobierno militar alternaron con el gobierno: la actual Primera Ministra Sheikh Hasina, líder de la Liga Awami; y Khaleda Zia, del Partido Nacionalista, de 72 años, arrestada en febrero por cargos de malversación de fondos.

Es el Padre Alfonso, un misionero Xaveriano, quien me acompaña en los meandros de los barrios bajos de Dhaka, la quinta ciudad más contaminada del mundo, con 20 millones de seres humanos sofocados por los vapores del tráfico inverosímil. Uno de los barrios marginales más escuálidos se abre paso a lo largo de las vías del ferrocarril, entre Kawran Bazar y el paso a nivel de Tejgaon: cuchitriles de chapa y cartón, niños cargando enorme peso en sus espaldas, montones de basura. Al silbido de la locomotora, las mujeres agarran a sus hijos y se refugian: los trenes, hacinados en sus techos, bordean las casas, pero los accidentes mortales son frecuentes.

El centro de traumatismos parece hospital de campaña después de una batalla. Los heridos llegan continua-

mente en ambulancias decrepitas y *rickshaws* de pedales desvencijados. Mutilados, quemados, parapléjicos en busca de alimentarse compran medicinas y vendajes en las tiendas adyacentes y ofrecen a quienes puedan pagarlos, medicamentos, prótesis y muletas. El área de cuidados intensivos es una habitación semi oscura con algunas camas sin instrumental de monitoreo: las enfermeras cuelgan goteros en ganchos oxidados fijados a la pared.

“Hay algo peor”, suspira el padre Alfonso.

En el refugio para niños abandonados y prostitutas a cargo de los Xaverianos, me cuenta sobre una niña de cuatro años encontrada en un sótano de la estación.

“No hablaba. Su madre, devastada por las drogas, se ahorcó: ella también era hija de una prostituta y había sido abandonada. Llamé a la pequeña Mitali. Si no la hubiéramos traído aquí, habría terminado mal: secuestrada y asesinada por traficantes de órganos o, en el mejor de los casos, vendida a algún pedófilo o burdel.”

Bangladesh es uno de los pocos países musulmanes donde la prostitución es legal. Se estima que hay más de 200 mil mujeres empleadas en la industria del sexo. Dos mil muchachas trabajan en el gran prostíbulo de Daulatdia, abierto las 24 horas a 100 kilómetros de Dacca: las tarifas van de dos a cinco euros y, en caso de ser virgen, se pagan hasta 50. Muchas de estas mujeres son menores de edad, niñas de 10 o catorce años a los que sus proxenetas controlan con la adicción a la *yaba* (anfetaminas) y Oradexón, un esteroide para engordar ganado, que utilizan para que los cuerpos infantiles y magros adquieran una forma más adulta y atractiva. Muchas de estas niñas quedan reducidas a la esclavitud, encarceladas en los cuartos sucios del burdel hasta que cubran el dinero pagado por ellas.

Los programas de microcrédito promovidos por el ganador del Premio Nobel de la Paz, Muhammad Yunus, mejoraron significativamente la situación de las mujeres. Pero en un país donde el nacimiento de una mujer se considera una desgracia, los matrimonios precoces son la norma; la religión y la cultura patriarcal prevalecen sobre las leyes del Estado, las estadísticas son implacables. El porcentaje de niñas que se casan antes de los quince años es el más alto del mundo. Tres de cada cuatro mujeres contraen matrimonio antes de la edad legal de 18 años, y 2 de cada cien están casadas por sus familias antes de los 11. Las consecuencias son irreparables: abortos y embarazos extrauterinos, mortalidad materna, abandono escolar, mayor exposición a la explotación y violencia doméstica.

La indigencia (47 millones de bengalíes viven en la pobreza y 26 millones en la pobreza extrema) y la frecuencia de los desastres naturales empujan a los padres a deshacerse de sus hijas rápidamente. Bangladesh detenta el récord mundial de víctimas de desastres atmosféricos y ambientales: los ciclones tropicales, las lluvias monzónicas y las inundaciones destruyen hogares, propiedades y cultivos. Menos bocas qué alimentar es una bendición. Pero puede convertirse en una tragedia.

A orillas del mal oliente Buriganga, un río envenenado por alcantarillas y desechos tóxicos, Anwara Begum colgó una pancarta con dos fotos: una niña en el suelo en un charco de sangre y un joven con un lazo alrededor del cuello.

“Mi hija Tania tenía sólo 16 años”, Anwara se desespera. “Ese hombre, su esposo, la apuñaló porque no teníamos suficiente dinero para pagar la dote. ¡Queremos justicia! ¡Deben ahorcarlo!” Pero es poco probable que el

asesino sea enjuiciado, al igual que la mayoría de los responsables de violaciones —187 en los primeros tres meses de 2018 (aunque los casos no reportados son muchos más)— y los ataques con ácido, en promedio uno cada dos días, otro récord mundial. La Acid Survivors Foundation, que brinda asistencia médica y legal a las víctimas, trata a un promedio de 450 pacientes al año: mujeres jóvenes paralizadas en la carne y la psique, rechazadas al margen de la sociedad, condenadas a usar la marca indeleble de deshonra e infamia.

“La violencia sexual es un flagelo generalizado, especialmente en las familias —explica Pavlo Kolovos, jefe de la misión Médicos Sin Fronteras—. Nuestro hospital en el barrio pobre de Kamrangirchar recibe quince víctimas cada día”. MSF también se ocupa de la salud de los trabajadores en el sector informal. En el hormiguero de Kamrangirchar —un millón de habitantes en menos de cuatro kilómetros cuadrados— hay más de tres mil talleres mecánicos, laboratorios para el reciclaje de plásticos, fábricas de telas que funcionan como subcontratistas para las industrias locales y extranjeras. La edad mínima se establece por ley en catorce años, pero en el sótano húmedo y poco saludable, en las fábricas cavernosas y en los edificios derrumbados del barrio pobre, esclavizan a cientos de niños de ocho a doce años, desde el amanecer hasta altas horas de la noche. Su salario promedio es de dos euros diarios. “El máximo directivo de una multinacional del vestido —según un informe de Oxfam— devenga en cuatro días la cantidad que gana un trabajador en Bangladesh en toda su vida”.

Kamrangirchar es un depósito inagotable de mano de obra barata. Es aquí donde se acercan la mayoría de los 600 mil migrantes que la monstruosa megalópolis se traga

cada año: campesinos que abandonan el campo en busca de trabajo y refugiados ambientales impulsados por los cambios climáticos que están devastando el frágil ecosistema del país. El derretimiento de los glaciares en el Himalaya, el aumento de nivel y las temperaturas del mar, las lluvias monzónicas erráticas, los ciclones intensificados, la frecuencia de las inundaciones y la progresiva salinización de las zonas costeras causan un inmenso daño a la agricultura. Se estima que el 70 por ciento de los barrios marginales de Dhaka han sobrevivido a un desastre natural.

Mientras tanto, se avecinan otras nubes amenazadoras: el espectro del fundamentalismo islámico y la crisis desencadenada por la afluencia masiva de refugiados rohingya desde Myanmar. Bangladesh, musulmán en un 90 por ciento pero tradicionalmente tolerante, ha sufrido una ola de ataques terroristas en los últimos años. Los yihadistas han asesinado a misioneros cristianos, monjes budistas e hindúes, trabajadores humanitarios extranjeros, profesores universitarios, periodistas, intelectuales laicos, activistas homosexuales y blogueros acusados de ateísmo. En julio de 2016 atacaron la panadería artesanal Oley, un restaurante en Dhaka frecuentado por extranjeros, donde murieron 20 personas, incluidos nueve italianos y siete japoneses. En marzo pasado, el escritor Muhammad Zafar Iqbal fue gravemente herido, señalado de expresar opiniones antislámicas.

La Liga Awami, que en vista de las elecciones del próximo diciembre se ha ocupado sobre todo de encarcelar a miembros de la oposición, acusa a los grupos terroristas locales Jamaat-ul-Mujahidin y Ansarullah Bangla Team, mientras intenta obtener apoyo entre los partidarios del poderoso Hefazat-e-Islam, el movimiento que lucha por la introducción de la Sharia y que ha obtenido ya numerosas

concesiones del gobierno: la equivalencia de los diplomas de madrasa a títulos universitarios, la eliminación de textos sufíes en escuelas primarias y una ley sobre ciberseguridad que limita la libertad de expresión y prevé fuertes sanciones para aquellos que “ofenden la sensibilidad religiosa”. Pero esto no es sólo una cuestión política interna.

Las células que llevaron a cabo los ataques reivindican su afiliación con el Estado Islámico y Aqis (Al-Qaeda en el subcontinente indio), las dos redes de terror que compiten por exportar la Guerra Santa global al sudeste asiático y Bangladesh, donde los yihadistas aprovechan las crecientes tensiones sociales para reclutar simpatizantes entre los refugiados rohingya, víctimas del genocidio bestial perpetrado por el ejército birmano.

En los campamentos establecidos en Cox's Bazar, en el sur del país, un millón de refugiados sobrevive gracias a la ayuda de Naciones Unidas y organizaciones humanitarias. Son los condenados de la Tierra, un pueblo sin patria, sin identidad, sin futuro, perseguidos en Myanmar y extranjeros en Bangladesh. En los destrozados cuchitriles de plástico y bambú, se habla de casas quemadas, pueblos bombardeados y arrasados, familias exterminadas, mujeres violadas, niños destrozados frente a sus padres, recién nacidos arrojados vivos al fuego. Y la limpieza étnica continúa.

Musubbat, de 70 años, acaba de llegar: “Los soldados” — cuenta demolieron la mezquita y mataron a los 400 habitantes del distrito de Busidong. Violaron a mi sobrina y le cortaron la garganta. Para salvarme, fingí estar muerto—. Para escapar de la masacre en el pueblo de Napura, Mumtaz de 40 años, escondió a sus seis hijos en el bosque, lejos de los francotiradores: “Nos quedamos ocho días sin

comer, luego caminamos hasta aquí". Ali Ahmed, de 80 años, sabe que nunca volverá a ver el pueblo de Nayapara: "Moriré aquí, donde al menos hay alguien que rezará sobre mi tumba".

Pero en el campo de refugiados más grande del mundo, donde los traficantes de personas cazan a las niñas para venderlas a prostíbulos y los médicos luchan para frenar desnutrición y enfermedades, está a punto de caer otro flagelo: la temporada del monzón, la pesadilla de agencias humanitarias. Los refugiados han sacado hasta las raíces de los árboles para hacer leña: los deslizamientos de tierra, las inundaciones y las consecuentes epidemias serán inevitables. Ríos de lodo sepultarán las cabañas, arrastrando hasta los cuerpos enterrados en los cementerios en la colina, destruyendo letrinas y contaminando el acuífero.

"Será una catástrofe" – prevén los jefes de Médicos Sin Fronteras, que han equipado un hospital capaz de resistir la furia de estos elementos – . "Y en caso de un ciclón tendremos que enfrentar una emergencia sin precedentes". Los aterradores vientos de las tormentas tropicales corren el riesgo de barrer chozas, centros de salud, escuelas, mezquitas, orfanatos, comedores, almacenes de alimentos, convirtiendo la nueva patria del desafortunado pueblo rohingya en una trampa mortal.

Amina está cavando una zanja alrededor de su casa, una casucha hecha con residuos en el océano de barrios marginales que se aferra a la ladera de una colina, y a veces mira hacia el cielo: "Las lluvias – dice – pronto caerán. ¡Que Alá nos proteja!".

Viernes de Repubblica, 13/07/2018





TRATA DE NIÑOS

Sihanoukville, Camboya, mayo 2014.

Te traen otra cerveza. Intercambias dos palabras en jemer con la *meebon*, la dueña del burdel, luego te empinas la botella. Lo has estado observando por un tiempo: francés, de unos 60 años, cacarizo, barba despeinada y escaso cabello gris atado a la nuca. Debe estar habituado porque las chicas no llaman su atención: están ocupadas maquillándose, peinándose y hablando por sus teléfonos celulares. La noche acaba de comenzar en las tabernas del puerto de Sihanoukville: la *meebon* fríe pescado en una sartén ennegrecida, las chicas se sientan en las sillas de plástico esperando a los primeros clientes y el *barang* – extranjero – paga la tarifa para desaparecer detrás de una cortina en la trastienda.

“Aquí los clientes son de baja estofa – explica Youn, quien me guía en la sórdida maleza de la prostitución camboyana –. Trabajadores, estibadores de puerto, conductores de tuk-tuk², policías y jubilados europeos a la caza de menores. El precio por una hora de sexo no supera los cinco dólares. ¡Pero son más que el salario diario de un maestro de escuela primaria!”

2. Triciclo motorizado, con techo, utilizado como medio de transporte, también llamado mototaxi.

Me subo a la bicicleta de Youn para dar un paseo por los barrios rojos. El área de karaoke es frecuentada por chinos y camboyanos. En el parque Victoria Hill, los ladyboys³ y los que trafican las anfetaminas pasan el rato, mientras los turistas con la billetera llena recorren los lugares del centro, los bistros en el paseo marítimo, las salas de masajes y las discotecas: las chicas son más caras, pero mastican unas palabras de inglés.

Camboya es una de las principales plataformas de tráfico internacional de personas: el tercer mercado más rentable del mundo después de armas y drogas. Y se expande rápidamente. Las víctimas de la trata, estima Naciones Unidas, son 2.7 millones, de las cuales el 80 por ciento son niños. Cada año, al menos 33 mil personas, según el Departamento de Estado de Estados Unidos de Norteamérica, son transportadas ilegalmente a través de la frontera. Y Camboya, que aún lucha por superar el trauma del brutal genocidio perpetrado por los jemeres rojos en la década de los 70, (20 por ciento de la población masacrada, la familia y el tejido social destruidos, millones de agricultores pobres), está convertida a un tiempo en la terminal y uno de los grandes embalses de explotación sexual de jóvenes y menores.

A veces el poder judicial se mueve. En marzo, un pedófilo inglés de 36, Richard Fruin, fue sentenciado a dos años de prisión por abusar de tres hermanos de ocho, 10 y 11 años. En 2010, fue arrestado el hijo de un diplomático ruso que se entretenía con menores. Pero son casos esporádicos, de beneficio mediático. “La industria del sexo goza de protección al más alto nivel —afirmó Mu Sochua, ex ministra de asuntos de la mujer, activista en el partido de

3. Chicos de apariencia andrógina muy solicitados por el turismo sexual.

oposición Sam Rainsy –. La mayoría de los consumidores son camboyanos: militares, policías, funcionarios de administración y ricos empresarios están involucrados”.

La clausura de algunos burdeles en Phnom Penh, en el barrio de Svay Pak, se ha traducido en un incremento de actividades subterráneas, facilitado por la creciente difusión de internet, redes sociales, teléfonos móviles y mensajería instantánea, ampliamente utilizado por los traficantes de sexo y drogas y sus clientes.

Un informe de End Child Prostitution, Abuse and Trafficking, la red internacional de organizaciones no gubernamentales creada en 1995 para contrarrestar la explotación sexual de menores, aclara muchos aspectos de esta plaga camboyana. “La corrupción endémica –asegura–, obstaculiza la lucha contra el crimen y contribuye a alimentar el clima de impunidad. Los altos oficiales de policía reciben sobornos de los dueños de burdeles a cambio de protección. La subordinación del poder judicial al poder político, la debilidad del sistema legal, el temor a represalias y la ausencia de protección para las víctimas impiden que se haga justicia”. En su libro *El ruido de la hierba que crece*, Marco Scarpati, fundador de Ecpat-Italia, cuenta cómo en 1997 logró comprar tres niñas en un burdel en Phnom Penh: el cuidador chino le dio un recibo simple con las palabras “chicas vendidas”.

La mayoría de quienes buscan niños y niñas menores de dieciocho años son clientes locales y asiáticos, impulsados por la loca creencia de que tener relaciones sexuales con una virgen aumenta la virilidad y es un antídoto contra el virus del SIDA. Como resultado, las mujeres ahora representan más de la mitad de los camboyanos infectados

por el VIH y el contagio ocurre a una edad cada vez más temprana.

Los padres, a menudo analfabetos, alcohólicos, en condiciones de pobreza extrema, con frecuencia venden a sus propios hijos a los traficantes. El crecimiento económico de los últimos 20 años, centrado en las áreas urbanas y en los principales sectores de turismo, textiles y construcción, no ha tocado las áreas rurales donde vive el 85 por ciento de la población. El sistema escolar, aprobado por el Khmer Rouge, es de bajo nivel y en las áreas más remotas sólo el 3.9 por ciento de los adolescentes tiene acceso a la escuela secundaria. La deforestación salvaje y la venta temeraria de tierras agrícolas empujan a los agricultores, una vez autosuficientes, a los miserables barrios marginales en las afueras de las ciudades, donde la supervivencia depende del dinero recaudado por sus hijos: niños que mendigan, niñas que trabajan en bares de karaokes o discotecas. Y en los burdeles.

Los afortunados tienen un lugar en la fábrica. Los ves venir de la provincia a las cinco de la mañana, aplastados en las cubiertas de los camiones desvencijados, en camionetas destortaladas o apiñados en los *remorks*⁴, la versión autobús de los tuk-tuks. Trabajadores con rostros infantiles, con brillantes pañuelos en la cabeza y una sábana de plástico para protegerse de la lluvia. Por 100 dólares al mes trabajan duro hasta el atardecer, bajo los techos de lámina galvanizada al rojo vivo de los cobertizos industriales. Tejidos, bolsos, blusas, zapatos.

En los barrios bajos, niños y padres trabajan hasta el desmayo: cada cabina tiene un marco o una máquina de coser. Clot Sophy, 45, cuatro hijos y esposo desempleado,

4. Otra variante de mototaxis.

cosiendo bolsas para Cestas de Camboya, una línea que exporta a Estados Unidos. Una bolsa, dos dólares: hace un par al día. Una joven prostituta, si va con un extranjero, puede ganar 200 dólares por noche.

Los extranjeros abarrotan los centros turísticos. Y donde hay turistas, la industria del sexo florece. Siem Reap, donde las extraordinarias ruinas de los templos de Angkor y los vestigios megalíticos del imperio jemer surgen de la selva, atrae a más de un millón de visitantes cada año. Las calles brillan con restaurantes de moda, boutiques, hoteles de cinco estrellas, hostales para mochileros, cafeterías, clubes nocturnos: todo está a la venta, niñas y niños incluidos.

Sihanoukville, el viejo Kompong Som, no es diferente: con sus playas, lanchas a motor para excursiones marítimas, resorts, casinos para lavar dinero, el puente construido por multimillonarios rusos para llegar con SUV o Rolls Royce a la isla de Koh Phos, arrendada por el gobierno de Hun Sen durante 99 años, donde los camboyanos no pueden ingresar, excepto los escorts sexuales contratados.

Youn me acompaña a Via del Campo, el centro de recepción para niños dirigido por Ecpat y Cifa, una organización italiana sin fines de lucro, en el barrio pobre de Phum Thmey, la comunidad más pobre de Sihanoukville. “Casi todas las mujeres –explica Youn– trabajan en burdeles y no ganan lo suficiente para alimentar a sus hijos y enviarlos a la escuela. Tenemos 104 niños entre seis y 18 años, elegidos entre los huérfanos y los más vulnerables; damos cursos de idioma jemer, matemáticas, danza tradicional y hacemos dos comidas calientes al día”.

Uno de los niños se llama Baran: tiene cinco años, piel clara, cabello y ojos marrones. Es hijo de un italiano

que dejó embarazada a una niña y desapareció. Su madre es una *srey kouc*, una “mujer rota”; abandonó a Baran tres meses después de su nacimiento y nunca más se le volvió a ver: vende su cuerpo en los bares de Sihanoukville. Baran vive con Tet Oun, prostituta desde los diecisiete años; hoy, a los 48, tiene cuatro hijos y está enferma de SIDA, tuvo que dejar de fumar. Cuida hijos de cualquiera y se gana la vida vendiendo latas y botellas vacías que recoge de noche en la playa.

Phum Thmey es una cloaca: cajas de cartón y láminas de zinc sobre pilotes, bajo los cuales corren las aguas negras y los rollos de basura, sin inodoros; con padecimientos de malaria e infecciones intestinales. En un pequeño callejón, un hilo de lodo fangoso brota de una delgada tubería de plástico. Más adelante, un puesto vende estofado de perro y *prahoc*, una pasta de pescado fermentada. Los hombres, con el *sarong* (pareo) anudado en la cintura, juegan cartas o se emborrachan con licor de palma, tirados en las hamacas. Las mujeres lavan la ropa a lo largo de las vías del ferrocarril, donde los niños llenan grandes cubos de agua que llevan sobre sus hombros, dos a la vez, colgando de un palo curvo.

“¿Te preguntas si los padres empujan a sus hijos a la prostitución? —me pregunta a su vez Youn—. ¿Y crees que los niños pueden negarse? Camboyanos, extranjeros y pedófilos vienen aquí porque es barato. En los barrios bajos no hay control, la policía es corrupta y entre los burdeles hay competencia; los clientes pueden tener de todo, hombres, mujeres, niñas vírgenes. Baran también fue abusado cuando sólo tenía 10 años”. Youn no conoció a su padre. De niño vivía en un orfanato de Siem Real, dirigido por una ONG italiana. Tenía una hermosa voz de tenor y en el

año 2000 estuvo en el grupo de cantantes jemeres invitados a Módena para el concierto Pavarotti & Friends. “De vuelta en Siem Real – dice – decidí que quería dedicarme a los niños desfavorecidos. Con la ayuda de un turista de Seattle, organicé un refugio: proporcionamos comida y atención médica gratuita. Pero el tipo fotografiaba secretamente a los niños, desnudos. Los hacía ir a su habitación e incluso lo intentó conmigo. Fue una gran decepción. Afortunadamente, Marco Scarpati me echó una mano. Fui a Turín para un curso y desde 2010 he estado trabajando en este barrio pobre. ¡Al final mi sueño se hizo realidad!”

La novia de Youn también trabaja para una ONG local. Recorre los pueblos pesqueros para distribuir medicamentos antirretrovirales a niños y niñas con VIH. “No hay forma de convencer a los jemeres de que usen un condón – explota de rabia mientras cuenta las píldoras y anota los nombres en el registro de pacientes –. Y el *yama*, una anfetamina mezclada con todo tipo de basura, hace el resto. Son los *meebon* quienes dan a los niños: con el cerebro quemado ya no protestan, hacen cualquier cosa y más”.

Los traficantes chinos y vietnamitas son los más inescrupulosos. Y los controles fronterizos son casi inexistentes. Neak Loeung, en la carretera Phnom Penh-Saigon, donde se detienen camiones y autobuses para abordar el ferry que cruza el Mekong, es uno de los principales centros de tránsito y reclutamiento. Los niños rodean en masa autobuses y vehículos que esperan el ferry, tratando de vender refrescos, agua de coco, insectos fritos. “A veces alguien desaparece – explica Ros Sakhoeur, quien dirige el centro Cifa en Neak Loeung –. Los niños viven en la calle, inhalan pegamento, no van a la escuela. Son presa fácil”. Por si fuera poco, las

ONG, en contacto con el viscoso mundo submarino de la trata de personas, corren el riesgo de perder su virginidad. El caso más llamativo es el de Somaly Mam, un símbolo de la lucha contra la explotación sexual. En su autobiografía de 2005, un éxito de ventas mundial, Mam describe su trágica infancia: esclavizada por un pariente anciano, vendida a un comerciante chino, entregada en matrimonio a un soldado a los catorce años, violada y torturada durante años en un burdel en Phnom Penh y luego rescatada por Pierre Legros, un biólogo francés que se convertirá en su esposo y la ayudará a llevar a cabo Afesip – Agir Pour Les Femmes in Situation Précaire –, la asociación que ha sacado a miles de niñas de la esclavitud de los burdeles.

En 1998, un documental de France 2 dio a conocer su vida y la transformó en un ícono mediático: recibió el prestigioso premio Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional, fue incluida por *Time* entre las 100 personalidades más influyentes del planeta, fue recibida por el Papa y en la Casa Blanca. Es amiga de Bill y Hillary Clinton, de la Reina de España y estrellas de Hollywood, y creó sucursales de su fundación en el sudeste asiático, que recaudan decenas de millones de dólares en donaciones.

Sin embargo, en mayo pasado, una investigación de *Newsweek* reveló numerosas inconsistencias en la bella historia de Somaly Mam. E historias inventadas desde cero: el secuestro y la violación de su hija de catorce años, en 2006; el asesinato, en 2004, de ocho niñas en una redada policial en uno de sus centros de recepción; las exprostitutas instruidas para actuar frente a las cámaras. “Se metió mucho dinero en el bolsillo – dice Pierre Legros, quien se divorció de Mam –. El circo de ayuda humanitaria se ha convertido en un gran negocio y Somaly ha sido muy hábil para explotarlo”.

Puede ser. Todo está prohibido en Camboya, excepto violar niños.

Siguen en mi cabeza, durante el vuelo de regreso a Bangkok, las palabras de un joven de quince años, violado por un dólar, por un turista estadounidense: "Soy como un pajarito que ha volado largas distancias. Estoy cansado y no tengo nada para comer. Me detengo a descansar en la rama de un árbol y alguien me golpea. Me caigo al suelo: siento morir".

Viernes de Repubblica, 29/08/2014





LIMPIEZA ÉTNICA

Bangui, República Centroafricana, marzo 2014.

Sólo hay una cosa que hacer en Bangui cuando despunta el Sol: el recorrido por las morgues. No hay otra manera de verificar las voces que se persiguen entre sí en la noche, sobre las olas de las estaciones de radio locales y en las inflamadas invectivas de odio y propaganda de las facciones en guerra. Voces que hablan de masacres, violaciones, ejecuciones sumarias.

En la morgue del Hospital General y en la del hospital comunitario, los generadores ceden ante el opresivo resplandor del sol africano. El olor a cadáveres podridos es un golpe en el estómago. Las moscas aterrizan en las heridas infligidas por los machetes, en la sangre coagulada, en las extremidades mutiladas. Dos muchachos yacen en el suelo, apoyados contra un fétido muro de hormigón, con los cráneos rotos. En un ataúd abierto está el cuerpo rígido de Bruno Somba, de 33 años, alcanzado por una bala en la cabeza. Sobre la plancha de azulejos están lavando los restos de Peggy Deondo, de 34 años, embarazada de su quinto hijo, asesinada por una granada junto con dos de sus hijas.

En los registros manchados de sangre, los nombres llenan docenas de páginas. Cristianos y musulmanes, civiles y militares, viejos y recién nacidos: torturados, asesina-

dos, linchados, quemados vivos. El horror de una guerra que, 20 años después del holocausto de Ruanda, muestra el espectro de otro genocidio.

La República Centroafricana, uno de los estados más pobres y atrasados del planeta —la esperanza de vida no supera los 48 años, el 15 por ciento de los niños muere antes de los cinco años, y menos de un tercio de la población tiene acceso al agua potable—, de hecho, dejó de existir en marzo de 2013, cuando grupos armados predominantemente islámicos se reunieron en la Séléka —Alianza en el idioma Sango— y, apoyados por mercenarios chadianos y sudaneses, derrocaron al presidente François Bozizé e impusieron a Michel Djotodia, el primer musulmán en gobernar el país. Conquistada la capital, la Séléka soltó a sus asesinos contra el 80 por ciento de los cinco millones de habitantes, la mayoría cristiana: iglesias quemadas, pueblos arrasados, arrestos arbitrarios, masacres de civiles, violaciones masivas.

Etiquetado como una guerra religiosa, el conflicto tiene sus raíces en el antiguo antagonismo entre criadores nómadas (musulmanes) y campesinos sedentarios (cristianos y animistas): un resentimiento exacerbado por las rivalidades étnicas, las luchas de poder y las recriminaciones económicas contra la minoría islámica que controla las palancas del comercio. No fue difícil imaginar lo que iba a suceder cuando, en enero pasado, la presión internacional obligó a Djotodia a exiliarse en Benín.

Mientras los asesinos de Séléka retrocedieron hacia la frontera de Chad sembrando muerte y terror, la venganza de los cristianos se dirigió con una despiadada violencia hacia los musulmanes: en Bangui, en las aldeas del oeste y en todas las ciudades de África Central, la milicia anti bala-

ka — anti machetes — armados con cuchillos, Kalashnikovs y granadas, intoxicados por el alcohol y las drogas, invencibles por los amuletos y el gris-gris de la piel de vaca⁵, se entregaron a una orgía de represalias sistemáticas. Los dos mil soldados franceses desplegados en septiembre con la operación Sangaris, se limitaron a controlar el aeropuerto, patrullar las carreteras principales y escoltar convoyes de ayuda humanitaria desde Camerún; y los seis mil soldados africanos de Misca (Misión Internacional para Apoyar a la República Centroafricana), no pudieron evitar linchamientos multitudinarios, masacres, saqueos, destrucción de mezquitas y barrios enteros.

La limpieza étnico-religiosa es ahora un hecho consumado. En Bangui sólo quedan mil de los ciento 150 mil musulmanes que vivieron en la capital. En la ciudad aurífera de Yaloké, los 10 mil residentes musulmanes han desaparecido y siete de las ocho mezquitas han quedado reducidas a escombros. En Zawa, Bekadili, Boganangone, Boguera y Bossangoa, no queda ni un solo musulmán. En Mbaiki, Boda, Bozoum, Bouar, los musulmanes rodeados por la anti balaka sólo pueden sobrevivir si son evacuados bajo escolta militar.

Bangui es, como Mogadiscio en el apogeo de la guerra civil, una capital en descomposición, un Estado fallido. El ejército, la administración, las instituciones han sido disueltas: la nueva presidenta, la ex alcaldesa de Bangui, Catherine Samba-Panza, apodada Madre Coraje, aparece como la segunda en el mando: las pandillas armadas controlan los barrios. Bandidos y ladrones disfrazados de autoridad saquean a la población. Los niños de la calle hurgan en casas demolidas y beben de bolsas plásticas “whis-

5. Especie de amuleto religioso.

ky camerunés” —odontol. En los mercados se venden los botines: desde grifos hasta televisores. Faltan medicamentos en los hospitales. Los desplazados (800 mil de los que 300 mil permanecen en la ciudad) acampan en tiendas de trapo. Y los “pacificadores” burundeses y congoleños observan impotentes las masacres diarias, cuando no son la causa.

Todos parecen arrepentirse de los buenos tiempos de Jean-Bédel Bokassa, el General antropófago que en 1976 se hizo coronar emperador en una fastuosa ceremonia que costó un tercio del presupuesto nacional; cuando el pavimento de las carreteras no era un colador; cuando los barcos que ahora se pudren en el puerto surcaban el Ouïbangui cargados de mercancías y pasajeros, los libaneses compraban oro y diamantes, los portugueses comerciaban madera y los presidentes franceses llegaban a cazar hipopótamos y leones.

Hoy Bangui es una ciudad en decadencia. Muros derribados, paredes descascaradas, insignias que se deslavan, alcantarillas contaminando el río, electricidad intermitente, transportes nulos, techos derrumbados, hoteles abandonados, cadáveres de autos que se desmiembran sobre caminos de tierra envueltos en nubes rojas de polvo. También faltan bienes esenciales: alimentos, combustible y efectivo. Ya no se ven los criadores de Peul, atacados por los anti balaka: sacrifican su ganado en Brousse, a unos 40 kilómetros de la ciudad, y el precio de la carne se cuadruplicó en dos meses. Durante el día, cuando no hay disparos, se forman largas filas en las dos bombas de gasolina que aún funcionan y en los mostradores del único banco.

Y al atardecer es Villa Muerte: totalmente oscuro, ni un alma en la calle, un silencio siniestro sobre el que re-

suenan los disparos y los videojuegos. Sólo está Toni, el taxista que trabaja con las prostitutas de los burdeles en el PK0 – Punto Cero –, que marca el centro desde el cual se ramifican las calles de la capital y el país. Está confundido y tiene un auto decrepito, con la suspensión destrozada y el parabrisas roto, pero si lo llamas, llegará de inmediato, en cualquier momento. Él sabe dónde comer durante el toque de queda –con Rami, el libanés del restaurante Ali Baba– y dónde encontrar una “33” bien helada –en el New Songo, un bar lleno de soldados franceses camuflados que, pistola al cinturón, beben tal vez para olvidar.

Porque por la mañana, en la morgue, hay más muertos. En el Complexe Pédiatrique, los cirujanos se preparan para operar de emergencia a Suré Kegbanda, de 12 años, herido por esquirlas de granada en los testículos y la mandíbula. En el Centro de Santé San José de Ouango, la Hermana Marie-Michelle comenzó a pesar a los niños desnutridos y a cambiar los sueros a pacientes con SIDA. Los hospitales de Médicos Sin Fronteras, que en cuatro meses han tratado a cuatro mil heridos, se preparan para recibir la marea diaria de pacientes que sufren de malaria, tuberculosis y desnutrición. Y en los barrios calientes de Boeing, Combattant, Miskine, PK5, las ambulancias de la Cruz Roja retoman la ronda para recoger los cadáveres.

M’poko, con 60 mil personas sin hogar, hacinadas en un barrio alrededor del aeropuerto, está al borde de una catástrofe humanitaria. Las condiciones sanitarias son atroces. A los lados de la pista de aterrizaje, en casuchas de plástico, cartón y arbustos, las personas desplazadas cocinan sopas de hojas de mandioca y huesos de animales. Los afortunados han ocupado los hangares; otros han encontrado refugio en los fuselajes y bajo las alas destrozadas de

aviones de hélice en ruinas, abandonados desde tiempos inmemoriales. La mayoría sólo tiene una toalla para protegerse de la intemperie. A sus muertos los entierran bajo una cruz de ramas, detrás del alambre de púas, en la tierra de un claro abrasado por el Sol: ni siquiera hay un sacerdote en el melancólico funeral de Marie Nam, de 40 años, que deja a tres niños en el hormiguero de M'poko.

El centro de salud de MSF, con 60 camas bajo los toldos, recibe cinco mil visitas por semana. Pero el personal está alarmado: con el comienzo de la temporada de lluvias prevén un incremento de enfermedades respiratorias y un recrudecimiento de epidemias, incluido el cólera. Y la primera lluvia, en una tarde sofocante, llegó tan repentinamente como en el trópico: con el cielo oscuro, el viento sacudiendo los árboles, una pared de agua que borra los contornos lívidos de las colinas y derrama ríos rojos de barro por las calles.

En Cave Bon Lieu, distrito de Boy-Rabe, no hay electricidad y la cerveza está caliente. Bajo el techo de lámina, al abrigo de la tormenta, hay vendedores de nueces de cola y *malafú*, vino de palma, borrachos que portan Kalashnikovs, milicianos con pieles de serpiente y cuernos de gacela atados al pecho. Y está Emotion Brice Namsio, de 33 años, uno de los líderes de los anti balaka. “¿Ves ese terreno elevado? — pregunta señalando la colina Panther — . Allí en diciembre encontramos una fosa con 30 cuerpos. Habíamos combatido contra los Séléka porque mataron a nuestra gente. No queremos exterminar a los musulmanes, queremos expulsar a los mercenarios chadianos y sudaneses que Misca y los franceses no quieren desarmar. Lo haremos. Tenemos 10 mil hombres en Bangui y 40 mil en las provincias”.

Los van a cercar. Los milicianos de Séleka permanecen en Bangui confinados en cinco sitios, atrapados durante cuatro meses en antiguos barracones protegidos por el ejército congoleño. En Camp Rdot son 623 descalzos y hambrientos, con sus uniformes hechos jirones. Duermen bajo los árboles y cortan leña para cocinar arroz con hierbas del campo. Tienen armas ligeras para repeler los ataques anti balaka. “Estamos asediados – dice su comandante, el general Harun –. Nos disparan si salimos a buscar agua y comida: el saldo es hasta ahora 200 muertos. No recibimos ayuda ni atención médica. Exigimos respeto a la Convención de Ginebra”.

Los más pequeños, los niños soldados, están a cargo de la UNICEF y la ONG italiana Coopi: más de 350 niños de ocho a 18 años siguen cursos de capacitación y programas de reintegración. Como Princia, de 17 años, que tuvo el “privilegio nocturno” de su jefe y fetiches invencibles. Comenzó a matar, participó en ejecuciones y mutilaciones. “Yo era compañía y guardaespalda del comandante – cuenta –. Sólo tuve sexo con él. Lo seguí en batalla, tenía una AK-47 y otra ametralladora. Ahora estoy aprendiendo a coser y me gustaría volver con mi madre, con Sibut.”

Los civiles musulmanes de Bangui, aquellos que aún no han logrado escapar a Chad, Camerún o el Congo, sobreviven en los últimos guetos islámicos de la capital. Hasta la semana pasada, dos mil de los 25 mil habitantes del vecindario PK12 resistieron entre las ruinas de las casas y las mezquitas en llamas: los anti balaka los esperaban en la salida con los machetes desenvainados, detrás del cordón de los soldados franceses, y por la noche les arrojaban granadas desde las colinas. “Ni siquiera podemos evacuar a los enfermos y heridos”, denunció Ibrahim al-Awad,

abogado y refugiado comunista sudanés en Bangui desde 1993. “Estamos rodeados. Hace un mes bloquearon un camión de personas desplazadas: 20 hombres fueron asesinados.” El domingo 27 de abril, bajo resguardo militar, salieron los últimos musulmanes del PK12.

El PK5, el antiguo centro comercial de la ciudad, es un pueblo fantasma. Se bajan las cortinas metálicas del mercado. La carretera principal está desierta, bloqueada con barricadas de chatarra y automóviles carbonizados. Una ráfaga de ametralladora y una patrulla burundiana cuesta arriba en la colina. En un callejón transportan dos cuerpos jóvenes envueltos en sábanas blancas, alcanzados por balas perdidas. Caminamos pegados a las paredes: ni siquiera entran las ambulancias de la Cruz Roja.

Los musulmanes sobrevivientes, no más de mil, están en gran parte hacinados en el patio de la Gran Mezquita. Los muertos están alineados en la cercana mezquita Ali Baboro, transformada en una morgue. “Hoy son las 7 – dice el anciano Imam Yahya Waziri – . Aquí lavamos los cuerpos y los preparamos para sepultarlos. Pero debemos enterrarlos en los patios de las casas: corremos el riesgo de ser linchados si tratamos de llegar al cementerio. Un musulmán que abandona el ghetto es un musulmán muerto. Pero ni los cristianos están a salvo.”

La noche del 28 de marzo, en el barrio de Fátima, la granada de un comando armado contra una familia reunida para un funeral destrozó a una docena de hombres, mujeres y niños. “Esta mañana todavía había seis cadáveres en el camino, horriblemente mutilados”, dice el padre comboniano Gabriele Perobelli, quien recibió a cinco mil desplazados en el recinto de la iglesia de Nuestra Señora de Fátima. “Nadie sabe quién llevó a cabo la masacre: ¿mi-

licia de los Séléka, soldados borrachos con un dedo fácil, bandidos, provocadores anti balaka? Todos los días bajamos un escalón más hacia el infierno."

La comunidad internacional, hasta ahora reacia a intervenir decisivamente para detener las masacres, parece haber cambiado de opinión. El 10 de abril, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó el envío de 12 mil cascos azules y, en los mismos días, la UE anunció la partida a Bangui de 800 soldados, entre ellos 50 ingenieros italianos. La presión de Francia sobre el Palacio de Cristal y el de Bruselas fue, sobre todo, por el destino de los depósitos de uranio Bakouma, gestionados por el grupo Areva; y la crisis en África Central no sólo pone en peligro los intereses económicos de la antigua potencia colonial: un Estado fallido en el corazón del continente, cerca de Darfur, Congo y Chad, aunado al rango de inestabilidad que se extiende desde Nigeria hasta el sur de Sudán, podría abrir nuevos espacios a las organizaciones yihadistas activas en la región.

Pero el despliegue del contingente de la ONU corre el riesgo de llegar tarde. La fuerza multinacional llegará en septiembre y estará compuesta en gran parte por soldados Misca, a los que no les gustan musulmanes ni cristianos, y quienes simplemente se cambiarán de uniforme y usarán cascos azules. El lunes pasado, las milicias de Séléka atacaron el hospital en Nanga Boguila, en la frontera con Chad, matando a 20 civiles, incluidos tres miembros del personal local de MSF. El tiempo de los asesinos, en África Central, aún no ha terminado.

Viernes de Repubblica, 01/05/2014





ORO ROJO ASESINO

Henan, China, junio 2002.

Liu Xin nunca había oído hablar del SIDA. Cuando vendió sangre en el mercado negro, sólo pensaba en el dinero que podría ganar para terminar el techo de su casa y comprar zapatos para sus cuatro hijos. Todos lo hicieron en la aldea de Dongguan, un miserable municipio rural en la sobre poblada provincia de Henan: cincuenta yuanes —unos siete euros— por 400 mililitros. Una buena manera de complementar un salario que no supera los 130 yuanes. Luego vino la “fiebre sin nombre”, una fiebre que asaltó a Liu Xin y a casi los 800 pobladores; un mal oscuro que en pocas semanas afectó a 50 familias y contra el cual ningún remedio parece funcionar.

Bajo un cielo destenido, los caminos polvorrientos de Henan cruzan extensiones interminables de trigo maduro: un paisaje plano y uniforme, interrumpido por hileras de álamos, chimeneas de fábricas, ciudades contaminadas. Es una vasta área deprimida, flagelada por el desempleo y las inundaciones del río Giallo, donde los campesinos viven en chozas de ladrillos crudos, sin agua ni sanitarios, apenas calentados por viejas estufas de carbón, a años luz de los rascacielos y los gigantes centros comerciales de Shenzhen y Shanghai. La única riqueza de Henan son sus 100

millones de habitantes. Su sangre era el oro rojo que reviviría la economía de la región. En cambio, se transformó en un veneno letal. En una hecatombe inconfesable que los mandarines de Beijing intentan por todos los medios enterrar en esta ciudad prohibida del poder comunista.

Es 1992. Con el lema “¡Enriquecer está permitido!”, Deng Xiaoping ha abierto las puertas de China al libre mercado y al neocapitalismo. En Zhengzhou, la capital de Henan, un nuevo director de la oficina de salud provincial, Liu Quanxi, asume el cargo. Convencido de que la sangre no contaminada de los campesinos robustos y sanos de las llanuras es un recurso estratégico para explotar, Liu recibe carta blanca de las autoridades de Beijing y del comité provincial del Partido para sus proyectos. En China, las donaciones voluntarias satisfacen sólo el 7 por ciento de las necesidades, por lo que fábricas y unidades de trabajo deben proporcionar cuotas fijas de donantes. Y la prohibición de usar para transfusiones sangre comprada, vigente desde 1998, nunca se ha respetado.

La comercialización de productos derivados de la sangre es un negocio colosal en el antiguo Imperio celestial: los chinos utilizan ampliamente la albúmina, las plaquetas y las preparaciones de gammaglobulina, a las que atribuyen propiedades terapéuticas y tonificantes. Y si en las farmacias de Beijing se vende una dosis de 10 gramos de albúmina a 400 yuanes —55 euros—, las zonas rurales de la China central son un suministro ilimitado de plasma a precios de ganga.

En *Crónica de un vendedor de sangre*, publicado en 1996, el escritor Yu Hua cuenta la vida de los campesinos pobres que vendieron “su fuerza” por unos pocos yuanes: “Beberemos hasta que el estómago se hinche y nos lastime,

y sentiremos las raíces del dolor de muelas” —dice uno de los protagonistas de la novela—. Mientras más bebemos, más sangre tenemos en nuestros cuerpos”. Pero Yu Hua no pudo haber previsto la catástrofe que golpeó a Henan.

Entre 1993 y 1994, el emprendedor Liu Quanxi fue dos veces a Estados Unidos en busca de capital y contratos con las industrias farmacéuticas norteamericanas, que después de un interés inicial se redujeron; abrió una “Oficina de Desarrollo”, algo así como un Banco Central para la recolección de sangre y una “Compañía de Derivados” conectada con los laboratorios biológicos de Shanghai, Wuhan, Tianjin. La fiebre del oro rojo entró en su fase de máxima expansión y las “estaciones de bombeo” se multiplicaron: la primera nació en Kaifeng, pero pronto hubo al menos 280 en hospitales, fábricas, cuarteles, minas, oficinas públicas y en los municipios de cada condado. Además de un número no especificado de centros privados dirigidos por notables locales y cuadros del Partido —el mismo Liu Quanxi tendría media docena de ellos con su hermana— y estaciones itinerantes que llegaron incluso a los distritos más aislados de la provincia. A nadie le preocupaban las agujas esterilizadas, ni tomaron la más mínima precaución. Nadie sabía qué es el VIH.

“¡Dar sangre es glorioso!” Y los campesinos corren por millares. Los cabecilla de esta “mafia de la sangre”, que recibe grandes comisiones, recorre el campo reclutando hambrientos: hombres, mujeres, ancianos, niños, familias enteras, pueblos enteros. Y anuncian la buena nueva: ¡puedes sangrar dos veces al día, 15 veces a la semana, 70 veces al mes! Porque los señores de la sangre sólo están interesados en la materia prima para los laboratorios industriales: el plasma, rico en proteínas, que se reforma en unas pocas

horas, mientras que los glóbulos rojos pueden reinyectarse en las venas del donante, quien consiente multiplicar la cantidad de muestras. Para este procedimiento (plasmaférésis) es suficiente una centrífuga capaz de separar el plasma. Pero sin una esterilización adecuada, el riesgo de contagio aumenta exponencialmente.

En los centros de recolección de Henan (pero también en los no menos numerosos en Hubei, Anhui, Gansu y Shanxi) los procedimientos de seguridad son inexistentes y las mismas jeringas se usan repetidamente. No sólo eso. Para optimizar el rendimiento de las centrifugadoras, las estaciones de bombeo diseñan un demencial sistema de extracción colectiva: de seis a doce donantes del mismo tipo de sangre están unidos a la misma centrífuga, que después de "desnatar" el plasma redistribuye el fluido residual a cada uno, de manera azarosa. Por lo tanto, un solo VIH positivo infecta a todos los demás donantes. Y de la misma manera se propagan otras enfermedades graves como hepatitis, tuberculosis y encefalitis viral.

La primera alarma suena en 1996 cuando en Beijing, en los hospitales reservados para la nomenclatura, las reservas de plasma provenientes de Henan son positivas para la prueba del VIH. Bajo toda reserva, se toman medidas de control más estrictas en los centros de recolección de sangre, muchos de los cuales están cerrados. Pero la opinión pública desconoce el asunto, el *People's Daily* insiste en repetir que el SIDA es una enfermedad que afecta a drogadictos, prostitutas, occidentales y ricos decadentes, y en las provincias la venta de sangre continúa intacta, incluso después de la prohibición de 1998.

Una ginecóloga retirada, la Dra. Gao Yaojie, es consciente de las dimensiones apocalípticas del fenómeno después de diagnosticar con VIH a una mujer infectada en

una transfusión. Boicoteada y amenazada por autoridades locales que la acusan de dañar la imagen de Henan, Gao Yaojie, de 70 años, no se desanima. Con la ayuda de un grupo de voluntarios denuncia el negocio de los señores de la sangre y distribuye folletos informativos en las aldeas, estaciones de ferrocarril, paradas de autobús, bares, dispensarios, oficinas familiares. Una campaña por la cual obtuvo, en 2001, el premio Jonathan Mann otorgado por el Consejo Mundial de la Salud. Pero el pasaporte para ir a Washington y recibir de manos de Kofi Annan el cheque de 20 mil dólares que pretendía usar para los huérfanos del SIDA, no le fue expedido, con el argumento del gobierno de que “trabaja para organizaciones anti chinas”.

Gao Yaojie, bajo arresto domiciliario en su departamento de Zhengzhou, tiene impedido contactar, incluso por teléfono, con periodistas. Los reporteros chinos que se ocuparon del asunto fueron despedidos en el acto y los extranjeros que intentaron investigar lo hicieron en secreto, pero aún así algunos fueron arrestados y expulsados del país. Para las organizaciones humanitarias internacionales –e incluso las agencias de la ONU– Henan permanece fuera de sus límites. Y muchas de las aldeas más afectadas fueron puestas en cuarentena ilimitada por la policía. Nadie entra ni sale, sólo o en procesión, para cavar una nueva tumba en los campos de maíz. Pero el Sr. Liu Quanxi, Director del Departamento de Salud de la provincia de Henan, todavía está en su cargo.

Es imposible precisar el número de víctimas del SIDA en China. La improbabilidad de las estadísticas oficiales habla de 850 mil seropositivos y 200 mil enfermos. Y el gobierno, que también reconoce una tasa de crecimiento anual del virus por encima del 50 por ciento, apunta a con-

tener la infección en 1.5 millones de casos para 2010. Las cifras proporcionadas por observadores independientes son muy diferentes. "Estamos presenciando la explosión de una epidemia de proporciones inconcebibles que exige intervenciones inmediatas, pero que hasta ahora permanece sin respuesta", dice el director de ONUSIDA, Peter Piot. Sólo en Henan, según los expertos, habría casi dos millones de agricultores infectados. En algunas aldeas, el ochenta por ciento de la población es seropositiva y el 70 por ciento manifiesta los síntomas de la enfermedad: el porcentaje más alto del mundo. En todo el país, durante los próximos 10 años, el VIH podría infectar de 10 a veinte millones de chinos.

La miseria que impulsa a las niñas a prostituirse, la ausencia de cualquier intervención preventiva y la indiferencia de las autoridades políticas y de salud —que apenas parecen notar la espantosa gravedad y la propagación del virus— han multiplicado los efectos devastadores de la infección. Y los enfermos, privados de medios económicos, de medicinas y apoyo psicológico, son abandonados a su destino trágico.

Zhang Yi no recuerda cuántas veces vendió su sangre: 100, tal vez 200 muestras. Un río de sangre. Sus brazos están cubiertos de cicatrices y se está muriendo en una casa de adobe en la aldea de Huyang. La "fiebre sin nombre" se llevó a su padre, a su madre y a su esposa, enterrados todos uno a lado del otro bajo un gran cerezo. Y ahora Zhang está atormentado por el miedo, por la angustia insoportable. "No por mí —aclara—. Es por mi hijo: sólo tiene doce años". Zhang sabe que nadie vendrá a buscarlo.

Panorama, 20/06/2002





VIAJE A FARCLANDIA

Puerto Asís y San Vicente del Caguán, Colombia, febrero 2001.

El camino a La Hormiga es una pista llena de baches manchados con una capa viscosa de aceite que atraviesa plantaciones de coca y pantanos de malaria, esquejes de bosque ecuatorial y pueblos miserables de chozas con techos de zinc donde las *tiendas* venden pollo frito y aguardiente, las mujeres lavan la ropa en charcos de limo amarillo y los hombres armados con ametralladoras y machetes hacen guardia en las intersecciones.

Es en esta remota selva amazónica, en el estado colombiano de Putumayo, el principal productor mundial de cocaína, donde se lanzó el Plan Colombia. Se trata de una colosal y controvertida operación de mil 500 millones de dólares (de los cuales 1.3 millones fueron en ayuda militar, proporcionados por Washington) lanzada por el gobierno en diciembre, con el doble objetivo de erradicar el cultivo de droga y dar un golpe mortal a la guerrilla marxista que ha estado tratando de tomar el poder en Bogotá durante 36 años. Pero la ofensiva con vuelos de fumigación y asaltos, respaldada por un uso masivo de asesores y helicópteros estadounidenses, corre el riesgo de fallar, exacerbar el conflicto y arrastrar a la administración Bush a una aventura que ya ha sido definida como un Nuevo Vietnam.

La gasolina y el polvo de cemento, sustancias necesarias para la fabricación de pasta a base de coca, son las únicas cosas que abundan en la carretera, junto con la mirada asustada de los niños y las caras impenetrables de los campesinos. Distribuidores rudimentarios con manivelas, contenedores apilados y pipas oxidadas, ofertan gasolina en los tanques unidos a camionetas y caballos que hacen largas filas en los senderos de las colinas. Detrás de cada cabaña hay un gran cuenco azul para remojar las hojas. Detrás de cada curva hay un punto de control: el ejército, la guerrilla o los paracos, los paramilitares.

La estación de radio en el “Correo del amor”, un autobús decrepito sin frenos, con pasajeros colgando de los lados y la trompa adornada con festones de estaño y coloridas frutas de plástico, difunde sin descanso las comunicaciones de la 24^a Brigada antinarcóticos que ofrece 50 millones de pesos a quienes informen la ubicación de los *cristalizadores*, laboratorios de hornos microondas donde la pasta base se convierte en polvo para ser inhalada. Al costado de la pista corre un oleoducto, un tubo negro que conecta los pozos petroleros de la región. Todas las noches, las guerrillas de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, con al menos 15 mil combatientes) lo sabotean con la técnica de la *candela*: encienden fuegos de leña debajo de la tubería hasta que el hierro se quiebra por el calor.

Los cultivos cubren valles enteros, que en Putumayo suman unas 70 mil hectáreas, casi la mitad del total de los valles colombianos. Las plantas de coca crecen entre los troncos carbonizados de los árboles talados por las motosierras. Las áreas rociadas con herbicidas son tierra quemada: rectángulos rojizos en el verde esmeralda de la selva. Escoltada por helicópteros, la nave monomotor de la

policía militar sobrevuela a baja altura campos seleccionados por satélites estadounidenses y descarga toneladas de Roundup, un pesticida a base de glifosato. “No contamina a las personas y al medio ambiente”, se lee en un folleto de la 24^a Brigada. “Se elimina por la orina, heces y sudor en 24 horas”, asegura el general Barry McCaffrey, zar antinarcóticos de Washington y gran obispo del Plan Colombia. Pero en los Estados Unidos, Roundup, producido por Monsanto, está a la venta con la precaución de “evitar el contacto directo o indirecto con las personas” y la EPA, la agencia federal para la protección del medio ambiente, advierte que el glifosato puede causar vómitos, edema pulmonar, confusión mental y daño en diversos tejidos.

Manuel Alzate, el alcalde de Puerto Asís (capital de Putumayo), que ha convencido a cientos de cocaleros de erradicar las plantaciones a cambio de contribuciones estatales y promesas de inversiones productivas, no tiene dudas: “Las vacas mueren, mueren los peces. Los aviones también dañan indiscriminadamente pastos y cultivos legales: arroz, yuca, plátanos, maíz. La gente muere de hambre y los agricultores huyen a Ecuador. Los países consumidores deben entender que mientras haya demanda, la coca seguirá siendo cultivada”.

La miseria genera violencia. El Padre Julien, el párroco de La Hormiga, este desafortunado pueblo sin ley, dice que cada día alguien desaparece; lo llevan al bosque, lo matan y lo entierran en el acto. Los *paracos* no devuelven cadáveres. Ni las FARC. Por eso el Padre Julien celebra algunos funerales: el último, la semana pasada. “Pero los desaparecidos son muchos”, suspira bajando la mirada. Y las víctimas son siempre los campesinos. Si vienen a la aldea, donde está el ejército, la guerrilla los considera espías

del enemigo. Y los paramilitares los acusan de flanquear a la guerrilla. La selva está llena de fosas comunes.

Colombia está devastada por una guerra feroz y las violaciones sistemáticas de los derechos humanos más básicos: 30 mil muertes y 3 mil secuestros al año (tres técnicos italianos fueron secuestrados por milicianos del ELN, el Ejército de Liberación Nacional, otro de los movimientos armados insurgentes), 1.5 millones de personas han sido desplazadas (de una población de 42 millones), hay ataques por docenas, 130 periodistas asesinados, cientos de intelectuales, profesionales, abogados, alcaldes, médicos y empresarios amenazados y forzados al exilio. Las Autodefensas Unidas Colombianas, AUC, milicias paramilitares fundadas y dirigidas por Carlos Castaño y financiadas por terratenientes y narcotraficantes, han masacrado a mil 388 campesinos desarmados, incluidos niños, en los últimos doce meses. “Una vez que los hijos entierran a los padres – dice el pastor de La Hormiga – se convertirán en los padres que sepultan a sus hijos”.

Una violencia arraigada en las desigualdades de una sociedad todavía feudal, dominada por una élite de grandes terratenientes y un poderoso *lobby* industrial y financiero, por una clase política corrupta incapaz de enfrentar los problemas de fondo: el creciente desempleo, la crisis económica, la impunidad generalizada, la cuestión agraria. Una violencia alimentada por los colosales intereses generados por el narcotráfico. Hacia finales de los años 80, los éxitos de las campañas de erradicación en Bolivia y Perú, el desmantelamiento de los carteles de Medellín y Cali, la extensión de zonas de influencia guerrillera y los grupos paramilitares, contribuyeron a la rápida difusión de los cultivos de droga en el sur del país. Hoy, Colombia sumi-

nistra el 90 por ciento de la producción mundial de cocaína y la mayor parte de la heroína destinada al mercado estadounidense.

Romper la interacción entre guerrilla y narcotráfico es precisamente el objetivo declarado del Plan Colombia, elaborado por el Pentágono con el respaldo del presidente Andrés Pastrana. Estados Unidos está entrenando y equipando tres batallones de fuerzas especiales colombianas en la base de Larandia, preparándose para suministrar unos 70 helicópteros Black Hawk y Bell-Huey II, impulsando vuelos de reconocimiento desde Ecuador y reforzando los sistemas de vigilancia por radar y satélite. “Los asesores militares estadounidenses —confirma el portavoz de la 24^a Brigada estacionada en Puerto Asís, Putumayo— están ayudándonos a actualizar las tácticas antinarcóticos, de inteligencia, comunicaciones, logística, la cadena de mando, acciones de apoyo a fumigaciones, en operaciones de asalto aéreo con helicópteros contra laboratorios de refinación de coca y pistas clandestinas de aterrizaje. Prevemos una intensificación de los tiroteos con las FARC”.

La participación directa de los Estados Unidos está limitada, al menos en papel, por disposiciones precisas del Congreso. Pero la connotación militar preponderante del Plan Colombia (las inversiones sociales y estructurales, a las que apunta la UE, siguen siendo una quimera) y los factores ambientales concurrentes se combinan para delinean el escenario alarmante de un Vietnam latinoamericano. Como en la Indochina de los años 60 y 70, la intervención de Estados Unidos “por el ejército interpuesto” choca con una guerrilla organizada, bien armada e ideológicamente motivada que controla gran parte de un territorio accidentado, cubierto por selvas inhóspitas, donde las fuerzas regulares

están en una clara desventaja. Pesa también el escepticismo de Europa y la abierta hostilidad de la población civil, los cocaleros, los narcotraficantes, los paramilitares, la Iglesia católica y cientos de alcaldes y administradores locales: todo por razones humanitarias o por intereses políticos y económicos opuestos a la fumigación y al intento de solucionar el conflicto militar. “El compromiso estadounidense —escribe el *Washington Post*— es independiente de la realidad de Colombia. Es el resultado de presiones políticas internas: la necesidad de mostrar determinación en la lucha contra las drogas”.

Motivaciones menos nobles han tenido su peso. El *lobby* del petróleo y las armas fueron fundamentales para convencer a un reacio Bill Clinton de aprobar el Plan. Colombia es el séptimo proveedor de crudo a los Estados Unidos. Y la industria bélica ha perfumado el acuerdo: United Technologies ha ganado el pedido de 18 helicópteros (unos 234 millones de dólares); Textron se encargará de actualizar otros 42 helicópteros (84 millones de dólares) y Lockheed Martin proporcionará sistemas de advertencia por casi 70 millones de dólares.

La mayoría de los analistas coinciden en que una guerra total en la Amazonia colombiana es imposible y, en cualquier caso, está en quiebra. Además, existe el riesgo de que el Plan Colombia derive en graves repercusiones negativas a nivel regional. El presidente venezolano Hugo Chávez advirtió que “estamos al borde de un conflicto de intensidad media en toda la zona”. Y para el canciller ecuatoriano, Heinz Müller, “el cáncer que queremos erradicar en Colombia se desarrollará como una metástasis en Ecuador”. Las plantaciones de coca —y miles de refugiados— ya se están mudando al vecino país andino, donde las pro-

testas de los indios contra la dolarización de la economía han obligado al gobierno a decretar un estado de emergencia el 4 de febrero. Las autoridades de Brasilia también temen el contagio: "A lo largo de los mil 644 kilómetros de la frontera con Colombia – según un informe del Ministerio de Defensa – esperamos un aumento en cultivos de coca y actividades ilegales relacionadas: tráfico de armas y divisas, contrabando, lavado de dinero".

En San Vicente del Caguán, capital de *Farmlandia*, el territorio de 42 mil kilómetros cuadrados que en 1998 el gobierno de Bogotá entregó a la guerrilla, con la esperanza de convertirlo en un "laboratorio de paz", tiene sus muros tapizados con retratos del Che Guevara y Manuel Marulanda *Tirofijo*, el líder de las FARC de 80 años que lideró la revolución campesina desde 1964. El ambiente es relajado. Los jóvenes caminan con las metralletas colgadas al hombro y bromean con las chicas del burdel *El Ganadero*.

A una hora en *jeep*, en el pueblo de Los Pozos, prosiguen las negociaciones sobre el prolongamiento del *despeje*, la zona desmilitarizada que dejaría de existir el 31 de enero. Es una ciudad del lejano oeste, una calle con dos alas de cuartel, hombres a caballo con rifle al hombro, una tienda, algunos bares y el inevitable distribuidor de gasolina para producir pasta de coca. Pero Los Pozos es también el punto de encuentro de los comandantes guerrilleros: el gran viejo *Tirofijo*, el intelectual Raúl Reyes y el *mono Jojoy*, el líder militar indiscutible considerado el defensor de la línea más intransigente. "No hay contrastes dentro de nosotros – dice Jojoy, reuniéndose en un claro rodeado de centinelas armados –. El liderazgo es colectivo. Hay un personal militar y hay un liderazgo político. Las decisiones se toman por mayoría de votos".

“Está es la única área en Colombia donde no se combate, donde la gente llega y no huye — asegura el Cura Bernardo, un exsacerdote católico, miembro de la comisión negociadora —. Hemos promovido una serie de campañas de información y formamos comités de salud, educación y cultura. En San Vicente hemos pavimentado alrededor de 85 calles, y estamos arreglando el acueducto. Hemos vacunado a más de 20 mil niños”.

Farmlandia, donde la milicia camuflada maneja la justicia y mantiene el orden público, es la fortaleza, la cuenca de reclutamiento y escaparate de la guerrilla (el ELN está negociando un *despeje* similar). Pero la vacuna que interesa a los campesinos es la *vacuna* que los émulos del Che imponen a la coca: 800 mil pesos por kilo de base de pasta, más o menos el producto de una hectárea de plantas, obtenida con 600 kilos de hoja, 360 litros de gasolina, 48 kilos de cemento, un litro de refresco y dos de ácido sulfúrico. Otro 20 por ciento proviene de traficantes que exportan cocaína cristalizada a los laboratorios de San Vicente, cerca de media tonelada cada semana. Un giro colosal: los aviones salen llenos de polvo blanco para Brasil, Panamá o las Bahamas y regresan cargados de armas.

“¿Plan Colombia? — sonríe Don Pedro, de setenta y dos años y con nueve niños, una finca con 20 vacas y una hectárea de coca en el distrito de Cristalina —. ¿La sustitución de cultivos? Vine aquí en el 95 desde la Cordillera, donde me estaba muriendo de hambre con plátanos. He deforestado. Lo intenté con los cerdos, con el maíz, con la yuca. Pero no hay carreteras, no hay medios de transporte, no hay mercado. Entonces planté coca: una cosecha cada dos meses. En tres años pagué mi casa, compré el ganado y 100 hectáreas de pasto, envié a los niños a trabajar en la ciudad. Escúchame, la coca es un regalo de Dios”.

Trabajo sucio

Alto, corpulento, con el pelo a rape, anillos en todos los dedos, cadena de oro al cuello y una 9 milímetros al cinturón, a los 28 años Don Enrique es el comandante de las AUC, las milicias paramilitares, en la Región cocalera de Putumayo.

En su cuartel general de La Hormiga, una quinta con piscina resguardada por milicianos armados en el barrio de San Francisco, Don Enrique rechaza las inferencias de la prensa, sacerdotes, organizaciones humanitarias, que lo señalan por aterrorizar a la población civil, de masacrar campesinos y desaparecer sus cadáveres en fosas comunes. “Invenciones de periodistas – dice en un tono que no consiente réplicas – . Cuando hago una incursión, advierto anticipadamente a los habitantes del pueblo. Luego ellos son los que nos llaman. Hemos tomado las armas para proteger a los campesinos de la guerrilla. No somos escudrones de la muerte al servicio de los latifundistas: las AUC son hoy un movimiento político y militar que defiende los intereses de pequeños y medianos agricultores”.

Respecto a la masacre de El Tigre, 30 campesinos asesinados el año pasado por los *paracos* y arrojados uno tras otro a un río desde lo alto de un puente, Don Enrique tiene la respuesta: “En ese momento estaba en otro lugar. En mi área no consiento la violación de los derechos humanos, trato de humanizar la guerra. Pero se trata de la guerra. Y cada comandante tiene sus ideas y sus métodos”. Con el ejército, dice, no hay colusión. Lo dice sabiendo que miente: *paracos* y soldados patrullan juntos las calles de La Hormiga, realizando búsquedas y arrestos. El mismo *trabajo sucio*. “Aquí en Colombia” – admite – solo es posible una solución militar”.

—¿Y el dinero que ganas con el narcotráfico? “Ningún tráfico. Nos limitamos a recaudar impuestos sobre la producción de coca, como las FARC. Sólo que nuestros impuestos son más bajos y los campesinos prefieren vendernos a nosotros.”

Incluso los paramilitares están en contra de la fumigación de los campos de coca, porque ponen en peligro un negocio multimillonario. “Sólo sirve para destruir el medio ambiente —sostiene Don Enrique, quien revela una sensibilidad ecológica insospechada—. Los campesinos se mueven, queman el bosque y reforestan. El gobierno finge no entender. Pero aquí todos lo saben: Estados Unidos es el líder”.

Coca por la Revolución

El comandante Andrés Paris, miembro del liderazgo político de las FARC, es uno de los delegados en la mesa de negociaciones de paz con el gobierno. Lo encuentro en Los Pozos, en la zona del *despeje*, el territorio administrado por la guerrilla.

Comandante Paris, ¿por qué se opone al Plan Colombia?

El verdadero objetivo del plan no es la eliminación de los cultivos de coca, sino la destrucción de la guerrilla. Y está destinado al fracaso. Las grandes plantaciones se moverán a Ecuador o Brasil y nosotros continuaremos nuestra lucha: en la selva el ejército del pueblo es imbatible.

¿No es posible una solución pacífica?

No veo ese propósito. Desde la muerte de Simón Bolívar se ha desarrollado en Colombia una cultura política reaccionaria. La cuestión estratégica es la agricultura: el resultado de la globalización es que los productos estadounidenses de bajo costo hacen que los cultivos tradicionales, como el

café y el maíz, no sean redituables. Los latifundios obligan a los agricultores a cultivar coca para sobrevivir. Es absurdo pensar en resolver el problema militarmente. Si no se cambia la Constitución, si no se inician reformas sociales, económicas y políticas, la única opción sigue siendo la lucha armada.

El gobierno los acusa de haber transformado esto en un cártel de narcotraficantes...

Es el gobierno quien consiente la prosperidad de los narcos. Nosotros no traficamos drogas ni fomentamos su consumo; en la zona que controlamos, está prohibido. La coca es una realidad de la economía colombiana: nosotros nos limitamos a gravar a los productores, a los campesinos ricos y comerciantes que exportan la cocaína desde aeropuertos clandestinos.

También te acusan de reclutar niños soldados.

Reclutamos a partir de los quince años. Todos los niños son voluntarios y antes de pasar al frente deben cumplir dos años de preparación física y psicológica. Los niños más pequeños que viven con nosotros son huérfanos de familias exterminadas por soldados o paramilitares y no combaten. Para los niños pequeños ingresar a la guerrilla es un hecho natural: una alternativa a la miseria, la prostitución, el analfabetismo. En cambio, el Segundo Departamento de Inteligencia de Colombia, con la ayuda de asesores estadounidenses, entrena a niños de ocho y nueve años para matar a desaparecidos. Proporcionaremos evidencia documentada pronto.

¿Y las violaciones de los derechos humanos, los secuestros? Las FARC admitieron el año pasado que habían matado a tres investigadores estadounidenses...

Los responsables serán castigados. Para el asesinato de civiles nuestra ley prevé la pena de muerte. Entre terroristas y guerrilleros hay una diferencia fundamental: no hacemos acciones individuales sino operaciones masivas, con un programa político específico. En la zona de *despeje* hay paz y tranquilidad, el número de asesinatos se ha reducido de 30 a la semana a dos o tres al año. El gobierno, por el contrario, utiliza masivamente las minas antipersonales y financia escuadrones de la muerte: en el Putumayo, en los últimos tres meses, los *paracos* y los soldados han matado a más de 3 mil campesinos.

Panorama, 15/02/2001

TRAS LA CORTINA DE BAMBÚ

Pyongyang, Corea del Norte, mayo 2005.

El viejo Ilyushin, de la compañía estatal Air Koryo, que dos veces por semana conecta Beijing con la capital de Corea del Norte, es una máquina del tiempo. En el país más aislado, misterioso e inaccesible del mundo, donde incluso Orwell se sentiría perdido, los relojes todavía se detienen en la mañana del 27 de julio de 1953, cuando representantes de las Naciones Unidas, China y la República Popular Democrática de Corea, firmaron en Panmunjom el armisticio que terminó con tres años de terribles masacres. La revolución informática, el mercado capitalista y la globalización no han tocado el último pilar de la guerra fría. Más allá de la cortina de bambú, 23 millones de hombres, mujeres y niños están convencidos de que una invasión estadounidense es inminente. Y se preparan para dar la batalla decisiva en un conflicto que, en términos legales, nunca ha terminado.

Vista de noche desde los satélites y los aviones espías del Pentágono, la República Popular Democrática de Korea, (La RPDK) es un agujero negro: una mancha oscura rodeada por las luces brillantes de las metrópolis chinas y surcoreanas. De cerca, parece menos tenebrosa, al menos

en Pyongyang, escaparate del “paraíso de los trabajadores” y punto de partida obligado para la visita del primer periodista italiano acreditado oficialmente.

Funcionarios del Ministerio de Información, la señora Kim y el señor Toh, amables pero inflexibles, me acompañan a todas partes y el programa, establecido hasta el último detalle, no admite modificaciones. Por ejemplo, esperan que no salga por mi cuenta del hotel Moranbong, donde me quedo en una linda habitación con un televisor que transmite imágenes tranquilizadoras: niñas que tocan flautas y cetreras, monstruosamente valientes, vestidas como confeti de colores; y Kim Jong-il, el Querido líder, que revisa un departamento del ejército. Noticias del mundo exterior: ninguna. La tragedia del 11 de septiembre se dio a conocer una semana después.

Pyongyang, construido a orillas del río Taedong, tiene la apariencia de una ciudad futurista de los años 50: amplias avenidas arboladas, plazas y jardines escrupulosamente cuidados, bloques geométricos de apartamentos de concreto, arcos del triunfo monumentales, teatros y bibliotecas, estadios deportivos de 150 mil plazas. La arquitectura realza el esplendor del régimen. La estatua de bronce de Kim Il-Sung, el “Sol de la nación”, tiene 45 metros de altura: el Gran líder, padre de la patria, del actual secretario general del Partido de los Trabajadores y comandante supremo de las fuerzas armadas, murió en 1994, pero fue declarado presidente por la eternidad. La vertiginosa Torre Juche, de 170 metros de granito, lleva el nombre de la ideología jerárquica que lo abarca todo e impregna a la sociedad norcoreana: una singular amalgama de nacionalismo, colectivismo autárquico y tradición confuciana que encarna, con acentos casi religiosos, el llamamiento maoísta a “confía en tu propia fuerza”.

Un palacio de exposiciones de dimensiones ciclópeas recoge una interminable secuencia de composiciones florales fantasmagóricas. Pero las flores son sólo dos: la Kimilsungia –una orquídea violeta bautizada así en 1965 por el presidente indonesio Sukarno para honrar al Gran líder, y la Kimjongilia–, una begonia roja creada por un floricultor japonés para el cumpleaños 46 del Querido líder. Los niños de una excursión escolar se inclinan ante los retratos sonrientes de los dos Kim.

Las calles están semi desiertas. En intersecciones importantes, mujeres policías en inmaculado uniforme, dirigen el tráfico de peatones y bicicletas con gestos autómatas. Pocos autos, aunque el señor Toh asegura que su número está aumentando; y un primer anuncio comercial –que apareció en diciembre de 2003 en Pyongyang, visible en la avenida del aeropuerto– elogia los méritos de Huiparam, “Silbato”, un sedán ensamblado en el puerto de Nampo con componentes Fiat importados de Corea del Sur. Su precio: ocho mil euros, una cantidad enorme contra el salario mensual promedio que no supera los 20 euros.

Las calles de la ciudad se animan a primera hora de la mañana, cuando los altavoces instalados en los postes de luz y en todas las casas del Reino ermitaño (cada uno equipado con un refugio antiaéreo) difunden ruidosamente himnos patrióticos y exhortan a la gente a continuar construyendo el Estado socialista. Operarios, oficinistas, obreros y estudiantes se ponen en marcha, a menudo caminando muchos kilómetros o esperando en líneas silenciosas y ordenadas los viejos autobuses, los tranvías usados donados por Alemania Oriental antes de la reunificación, o los trenes del metro en las estaciones a prueba de bombas atómicas, cubiertas con mosaicos celebratorios.

Las plazas se llenan de jóvenes por la tarde. Después del horario escolar, los más capaces y meritorios participan todos los días en sesiones de entrenamiento, preparándose para los próximos juegos de Arirang: actuaciones atléticas espectaculares que involucran a más de 100 mil gimnastas y que, en la última edición, requirieron un compromiso de 200 millones de horas de trabajo. En los parques, en la explanada del Museo de la Revolución y frente al Estadio Primero de Mayo, miles de jóvenes practican sin parar, bajo la guía de instructores armados con megáfonos. Los juegos son la representación plástica de Juche, la ideología del régimen. Para obtener una sincronía absoluta y lograr la perfección de los movimientos al unísono, el individuo debe anularse en el grupo: la masa debe actuar como un solo organismo, tomando con disciplina incondicional el ritmo de los comandos dados. También es una forma de mantener el alto nivel de movilización de un país que se siente cercado, proscrito por la comunidad internacional y en la mira de George W. Bush, quien lo ha incluido en el eje del mal de los “estados rebeldes”.

Kim Jong-il lanzó el grito de guerra: *songun chongchi*, el esfuerzo bélico por encima de todo. La sociedad entera está militarizada y organizada en función de la defensa nacional, que absorbe más de un tercio del presupuesto y la mayoría de los 22 mil millones de dólares del PIB. El servicio militar obligatorio dura entre seis y 10 años. Los soldados en servicio activo son un millón 100 mil; 4 millones 700 mil integran la reserva y 120 mil las fuerzas especiales: los más numerosos del mundo. Las 75 divisiones del ejército, desplegadas principalmente a lo largo de los 246 kilómetros de la Zona Desmilitarizada, en la frontera entre las Coreas, dispone de 13 mil 500 piezas de artillería y ba-

terías de misiles, 5 mil 800 tanques y vehículos blindados, 26 submarinos, 780 aeronaves MIG y 300 helicópteros de combate. La industria bélica es el único sector desarrollado de la economía y el único que, a través de las exportaciones, garantiza ganancias en divisas. El programa nuclear, junto con la investigación para usos civiles, hace tiempo se concentró en la producción militar: el 10 de febrero, la RPDK anunció que tenía un número no precisado de ojivas atómicas y, según fuentes estadounidenses, establecería una primera prueba subterránea.

¿Es ésta una amenaza real o una estrategia compleja y arriesgada para elevar el listón de las negociaciones diplomáticas a distancia con Occidente? La ausencia de información verificable legitima cualquier hipótesis. El ex jefe de la CIA en Corea del Sur y ex embajador en Seúl, Donald Gregg, admitió que la inteligencia de Washington anda a tientas en la oscuridad y calificó al RPDK como "la falla más macroscópica en la historia del espionaje estadounidense". Lo cierto es que la línea dura de la Casa Blanca no ha logrado efectos positivos. La administración Clinton estaba trabajando en un acuerdo que implicaba la congelación de la producción de plutonio a cambio del suministro de petróleo y tecnología nuclear civil. Con el cambio de administración, al rechazar Bush cualquier contacto bilateral, empujó a Pyongyang a posiciones más intransigentes, con el resultado de acelerar la carrera armamentista y fortalecer el régimen monolítico de Kim Jong-il, en el que no se vislumbran signos de desaceleración visibles, a pesar de las obvias dificultades económicas.

Después del atardecer, la capital se vacía y se hunde en las sombras. Sólo quedan encendidos los monumentos y el Palacio del Poder; los hoteles para turistas, algunos

restaurantes, residencias en el barrio diplomático (que alberga a siete italianos) y el casino del sótano en el hotel Yongakto, donde los pocos clientes extranjeros matan el aburrimiento con whisky en las mesas de ruleta frente a sus anfitriones chinos. La falta de electricidad y calefacción pesa más en invierno, cuando el termómetro desciende a menos 20 grados y la leña es el único combustible a mano: bosques enteros se talan y los pioneros, pañuelo rojo al cuello, plantan millones de árboles de rápido crecimiento cada primavera. Incluso los camiones, en el campo, usan combustión a madera, gracias a un sistema de caldera de vapor rudimentario e ingenioso.

Fuera de Pyongyang, se viaja a un país retrasado, estancado en la era preindustrial, un paisaje salpicado de torres de vigilancia, posiciones antiaéreas y búnkeres camuflados en las laderas de las montañas. Muchos distritos están fuera de los límites: zonas militares, tal vez reservadas para campamentos de reeducación. Las carreteras no están pavimentadas por lo general, y los breves tramos que sí lo están, son más bien usados como pistas de aterrizaje para los MIG. El colapso del imperio soviético, la escasez de repuestos e inversiones, y el colapso del sistema de transporte han destruido la industria pesada, columna vertebral de la economía. Con una agricultura que tiene un mísero 14 por ciento de tierra cultivable, las inundaciones y las hambrunas de la década de 1990 (un millón de muertos) obligaron al gobierno a recurrir, de mala gana, a la ayuda internacional.

“Todos los días –dice Richard Ragan, del WFP– entregamos seis millones y medio de raciones energéticas a través del extenso sistema de distribución estatal. Es un programa indispensable: los 400 gramos de arroz que

otorga el gobierno no son suficientes". Según Pierrette Vu Thi, de UNICEF, la tasa de desnutrición ha caído del 60 al 40 por ciento, pero sigue siendo alarmante. "Es culpa de las sanciones y la política imperialista de Washington", recitan mis guías, que subrayan los logros sociales de la RPDK: vivienda gratuita y atención médica, 99 por ciento de alfabetización, pensiones garantizadas, sin impuestos, sin SIDA, ni crímenes. Pero en Wonsan, el único hospital materno con 250 camas, fue construido por la cooperación italiana. Y en Pangsojo, dice Ri Yong Kil, delegado del Partido, el único tractor dedicado a la rehabilitación de siete granjas en el condado, fue provisto por CESVI, una ONG de Bérgamo.

"Italia –explica Massimo Urbani, jefe de Cooperación en Pyongyang– fue el primer país del G-7 en reconocer la RPDP. Hemos proporcionado ayuda económica y humanitaria por más de 2 millones 600 mil euros, destinados a proyectos de desarrollo de las agencias de la ONU". Una parte de los fondos se utilizó para la reconstrucción de escuelas y casas arrasadas en Ryongchon, una ciudad en la frontera china donde los administradores locales, bebiendo brandy de arroz, masticando *kimchi* y comiendo coles fermentadas, recuerdan la terrible detonación del 22 de abril de 2004, confundida por la inteligencia estadounidense con una prueba nuclear: 161 muertos y 3 mil heridos en la explosión de dos trenes cargados con nitrato de amoniaco.

De regreso a Pyongyang, observando las prensas de arroz y los soldados destacamentados en los arrozales, ondeando banderas rojas, me parece ver a China en el momento del catastrófico Gran salto hacia adelante. Sin embargo, incluso en el Reino ermitaño, algo está cambiando

si Kim Chun Guk, un alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, le dice a *Panorama*: "estamos enviando docenas de expertos a estudiar los mecanismos de la economía occidental en Europa". Y si desde julio de 2002 Kim Jong-il ha osado abrir una brecha en el rígido sistema de planificación centralizada. El gobierno, de hecho, ha anunciado un paquete de medidas sin precedentes: abolición de los subsidios a las empresas estatales, incentivos a la producción, liberalización controlada de precios y tasas de cambio, y la posibilidad de que los agricultores vendan su producción excedente en los mercados informales. De golpe, los salarios han aumentado, incluso si no mantienen el ritmo de la inflación, que se ha disparado. Y el consumo ha crecido.

En el mercado de Tongil, un suburbio de la capital, las amas de casa pagan en efectivo, ya no con la tarjeta alimentaria. En las tiendas electrónicas hay de todo, desde televisores de plasma hasta reproductores de DVD, si bien no está claro quién puede permitirse esos lujos. Aún más difícil es adivinar el impacto a largo plazo de los "ajustes económicos". Los paladines de la ortodoxia repiten que "la RPK no seguirá la deriva capitalista de Vietnam y China". Pero mientras tanto, con el beneplácito del Querido líder, en la cortina de bambú aparecieron ya las primeras grietas, seductoras e insidiosas.

Desafío nuclear...

La tensión entre la Casa Blanca y el Reino Ermitaño ha alcanzado niveles críticos. Pyongyang ha eliminado ocho mil barras de uranio inactivo de la central eléctrica de Yongbyon, lo suficiente como para extraer el plutonio necesario para tres o cuatro ojivas atómicas. Un movimiento que, según

Washington, podría anunciar la realización de una prueba nuclear subterránea. En los últimos días, el vicealmirante Lowell Jacoby, jefe de la Agencia de Inteligencia de Defensa, ha sostenido que Kim Jong-il ya puede armar sus misiles Nodong con armas nucleares. Estados Unidos se está preparando para presentar al Consejo de Seguridad de la ONU una resolución que imponga un bloqueo naval en aguas de Corea del Norte. La RPDK respondió que lo consideraría “una declaración de guerra”.

En una rara entrevista a un periodista extranjero, Ri Kwang Hyok, responsable del Departamento para Europa del Ministerio de Relaciones Exteriores, explica las razones de Pyongyang.

El 10 de enero de 2003 sales del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares. Y el 10 de febrero anuncia oficialmente que la RPDK tiene armas nucleares. ¿Qué los impulsó a producir bombas atómicas?

Nosotros no queremos la guerra. Nuestro objetivo es la desnuclearización completa de la península coreana. Pero la política hostil de Estados Unidos nos obliga a tomar precauciones. Washington nos ha aislado y sofocado económicamente con sanciones. Bush ha definido a la RPDK un bastión de la tiranía y lo incluyó en el eje del mal, con la intención declarada de destruir nuestro sistema. Tenemos derecho a equiparnos con armas nucleares para defender al país de la amenaza estadounidense.

Las conversaciones sobre desarme parecen haber terminado en un callejón sin salida. ¿Por qué motivo?

En Corea del Sur están alineadas docenas de ojivas nucleares estadounidenses. En marzo se llevaron a cabo im-

portantes maniobras conjuntas de Estados Unidos y Corea del Sur en nuestras fronteras. Todo esto impide la continuación de las negociaciones y pone en peligro la resolución pacífica de la disputa. Las negociaciones deben llevarse a cabo en un plano de igualdad. Los estadounidenses pretenden desmantelar nuestro arsenal nuclear mientras mantienen intacto el suyo. Esto es inaceptable para nosotros.

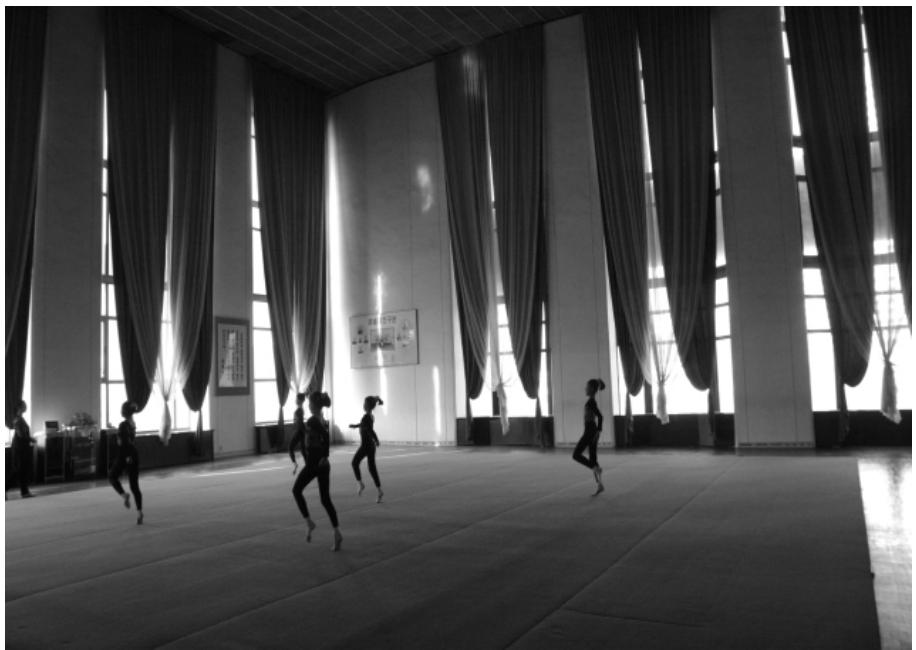
¿En qué condiciones sería posible reanudar las negociaciones?

Washington debe renunciar a la amenaza atómica, a los ejercicios militares en nuestras fronteras, a su actitud agresiva. Hoy, la RPDK es una potencia nuclear: las negociaciones deben centrarse en el desmantelamiento de todas las armas nucleares en la península, no sólo las nuestras. El desarme no puede ser parcial. Nuestro potencial de guerra es el elemento disuasorio que garantiza la estabilidad y la paz en la región. Y garantiza nuestra supervivencia.

¿La central nuclear de Yongbyon se mantiene trabajando?

Somos un país sin recursos energéticos, sujeto a embargo. Debemos desarrollar la energía nuclear civil para hacer frente a la escasez de petróleo y satisfacer la creciente demanda de electricidad. El proyecto está en construcción.

Panorama, 26/05/2005





GRITOS EN EL DESIERTO

Musbet, Darfur, Sudán occidental, abril 2004.

El minarete se yergue como un centinela solitario en un paisaje de muerte y destrucción. Los helicópteros y los Antonovs salvaron sólo la mezquita en el pueblo de Musbet, una encrucijada de caravanas en la desolada sabana de Darfur del Norte. Avanzamos con cautela entre las chozas incineradas, esquivando las granadas sin explotar, por entre los cráteres de las bombas: la población ha huido, los graneros se han quemado, los cadáveres de animales se pudren bajo un sol despiadado.

Mientras un conflicto de 20 años que ha cobrado dos millones de víctimas parece estar a punto de terminar en Sudán, con la firma de un acuerdo entre el régimen de Jartum y los rebeldes de John Garang —autonomía del Sur cristiano-animista y división de reservas de petróleo valoradas en dos mil millones de barriles—, otra guerra de exterminio devasta la árida región vecina de Chad.

Lanzado el año pasado por dos grupos armados, el SLA (Ejército de Liberación de Sudán) y el Jem (Movimiento de Justicia e Igualdad) que acusan al gobierno de discriminar a las tribus africanas en beneficio de los árabes, la revuelta, según el coordinador de la ONU para Sudán,

Mukesh Kapila, ha desatado una limpieza étnica salvaje y ha causado “la crisis humanitaria más grave del mundo”. Un millón de personas desplazadas deambulan desesperadamente en busca de comida entre más de dos mil aldeas arrasadas. Miles de muertos. Más de 100 mil refugiados llegaron a Chad, donde apenas sobreviven dispersos a lo largo de los 600 kilómetros de la frontera. “Estamos enfrentando —agregó Kapila— un intento de genocidio comparable, en el método, si no en las proporciones, al de 1994 en Ruanda”.

Un genocidio sin testigos. El gobierno de Jartum declaró a Darfur una zona militar e impidió el libre acceso de periodistas y organizaciones humanitarias. Los voluntarios de MSF, que ayudan a los enfermos y heridos en la frontera, se ven obligados a permanecer en territorio chadiano. “Y en unos pocos meses, con la temporada de lluvias, las carreteras del interior serán intransitables”, explica el gerente de emergencias del ACNUR, Yvan Sturm. Las pocas noticias que se filtran describen horrores interminables: la aldea de Tawilah fue quemada, 75 personas fueron masacradas, cientos de mujeres y niños fueron secuestrados, 40 niñas de una escuela fueron violadas frente a sus padres.

Es de noche cuando, junto con el fotógrafo Francesco Zizola, traspasamos el uadi⁶ Howar y entramos ilegalmente en Darfur. Camuflados entre arbustos y acacias, nos espera un convoy de cuatro automóviles Toyota llenos de guerrilleros armados con Kalashnikovs y lanzagranadas. Algunos son muy jóvenes, casi todos de etnia Zaghawa, la belicosa tribu mayoritaria en la zona. Colgando de cuello y cinturón, llevan collares de amuletos: bolsitas de cuero

6.Uadi es un vocablo de origen árabe utilizado para denominar las “ramblas”, es decir, cauces secos o estacionales de ríos, arroyos y torrentes que drenan regiones cálidas y áridas o desérticas.

que guardan versos del *El Corán* y, nos dicen, prolongan la vida.

Viajamos en dirección noreste, luego hacia el Sur a lo largo del uadi Sinadi, entre el ocre de las dunas y las mesetas rocosas de color marrón azotadas por el viento ardiente. Al mediodía, el cielo nublado por tormentas de arena, es de un blanco incandescente. Encontramos chozas carbonizadas, pueblos abandonados, cadáveres de burros, carneros, camellos. "Muchos pozos —advierte Abdel Rahim Arga, un graduado de derecho en El Cairo, quien renunció a su trabajo para alistarse en el SLA— han sido minados y envenenados". Los rebeldes se alimentan cazando antílopes y gacelas que cocinan a las brasas, después de la oración al atardecer. Al amanecer desmontan los fusiles automáticos y los lubrican con la médula de los animales. Las unidades de guerrilla se mueven constantemente para no ser detectadas por helicópteros del Ejército. Conocen cada rincón del territorio, cada ondulación en el desierto, cada camino que serpentea por la sabana. El Thuraya, el teléfono satelital portátil, permite a los comandantes mantener contacto, intercambiar información sobre los movimientos del enemigo, planear emboscadas o nidos para francotiradores.

Después de tres días alcanzamos las alturas del uadi Koro, la base donde el líder militar del SLA, Minni Minaoui Arcou, acampó con un centenar de rebeldes y fijó esta fecha. Habla un inglés perfecto, tiene en su funda una pistola Tauro brasileña y nos da la bienvenida sentado en una estera a la sombra tacaña de una acacia espinosa: "Bienvenido al territorio liberado —dice—. En este momento ustedes son los únicos periodistas en Darfur".

Arcou afirma que no recibe ningún apoyo del exterior, aunque entre los cantos rodados hay montones de

municiones de la Jamahiriya libia y algunos “niños” usan camisetas con la imagen del Coronel Gadafi: “Nos apoderamos de armas, vehículos, combustible y sistemas de comunicación de los soldados del gobierno. El ejército controla las ciudades como Al-Fasher o Nyala, y las carreteras principales. Pero es estático y no está muy motivado: la mayoría de los reclutas mal pagados son de Darfur. Nosotros, por otro lado, podemos golpear infligiendo grandes pérdidas y desaparecer en el aire”. Una estrategia de lucha que busca internacionalizar el conflicto con el objetivo de obtener, al interior de un sistema federal, una distribución justa de los recursos locales (agricultura, ganadería, minas de hierro) ahora en manos de los árabes.

“Incluso hoy – continúa el comandante Arcou, quien asegura que puede desplegar miles de guerrilleros entrenados – hemos comprometido al enemigo al Oeste de Al-Fasher. Perdimos 17 combatientes pero matamos a 150 soldados. Jartum quiere incinerar el territorio: los Antonovs, los MIG y los helicópteros lanzan misiles y bombas de fragmentación contra las aldeas para obligar a pastores y campesinos a abandonar la tierra y refugiarse en Chad”. Las voces provienen de otras luchas más al Sur, en el fértil Darfur central y meridional, y en el macizo Jebel Marra, fortaleza inaccesible de la resistencia y su líder político, Abdelwahid Mohammed Ahmed Nur.

Algunos desplazados se esconden en cuevas o en los arbustos del uadi. Hawa, una anciana con mejillas cavadas por las arrugas y el hambre, permaneció en su choza de ramas secas: “Los aviones bombardearon anteayer – dice –. Los animales han escapado. Dos niños han desaparecido. Y ahora pueden llegar los *janjawids*”.

Los *janjawids* son las milicias árabes irregulares que siembran el terror entre civiles en esta región sin escuelas,

sin electricidad, sin hospitales, durante siglos escenario de enfrentamientos y conflictos culturales entre los “negros” sedentarios y los invasores nómadas del Norte. Los *janjawids* (caballeros armados) repentinamente caen sobre la población indefensa en bandas de cientos de hombres que montan caballos y dromedarios o en camionetas rápidas: matan, saquean, violan mujeres, atacan ganado, secuestran niños y los venden como *abid*, esclavos en plantaciones a orillas del Nilo.

En las cisternas de Musbet, un anciano con ojos asustados, Ali Isa Abdullahi, da de beber a las ovejas maltratadas que escaparon de las redadas. De vez en cuando se calla y mira el cielo de color cobre: donde hay agua, la gente se reúne, y donde hay gente, llueven las bombas Antonov. “¿De qué vamos a vivir durante las lluvias? —dice—. Los *janjawids* prendieron fuego a las reservas de cereales. Y antes de partir mataron a dos muchachas embarazadas”.

Los sobrevivientes se esconden a un día de marcha, entre los huecos de arbustos, en zarzas donde los niños semidesnudos y desnutridos esperan mudos, entre manojo de trapos y latas de plástico, la única comida posible: el *gowo*, una masa viscosa de hierbas y harina de mijo que las mujeres muelen en rudimentarios metates. Bahita, de treinta y cuatro años, perdió a su esposo y no sabe cómo alimentar a los cuatro niños que, afectados por la disentería, continúan deteriorándose. Su mirada es tan oscura como un pozo marchito y su cara parece tallada en el ébano más duro: en el primer bombardeo de Musbet, el 5 de julio, una astilla le arrancó el brazo izquierdo. En el muñón, la herida, aún abierta, purga sangre y purulencia: Bahita ya no puede recoger leña para el fuego.

Bajo un arbusto reseco, algunos hombres con turbantes y túnica blanca leen *El Corán*. Celebran el rito fúnebre

de Mukhtar Bush y sus dos compañeros, quienes partieron en camello para llegar a la aldea de Kutum en busca de mijo: interceptados por los *janjawids*, fueron secuestrados y asesinados. Sus cuerpos expuestos serán alimento para hienas y buitres.

Panorama, 08/04/2004





REHENES DE LAS GANGAS

San Salvador, diciembre 2015.

*“Por las calles muy despacio pasa un carro, es policía.
Las pandillas de mi barrio van corriendo en las esquinas,
conviviendo con la muerte sin saber cuándo te toca.
Vas tatuado por tu historia viviendo la vida loca.”*

(En la película *La vida loca*, de Christian Poveda)

“Vi los destellos de los disparos. Había una niña gritando. Bloquearon el autobús en una intersección: eran cinco con la cara descubierta. Mataron al conductor, luego rociaron el gas y comenzaron el incendio. Quienes intentaron salir fueron abatidos con revólveres.” José, controlador en la Línea 1 de San Salvador, escapó milagrosamente de la masacre: duró cuatro meses en el hospital y su cuerpo quedó marcado por las quemaduras. Pero diecisiete de los treinta y cinco pasajeros murieron carbonizados y otros siete resultaron heridos. José, que ha cambiado de residencia y vende agua en bolsas en una parada de autobús, vive aterrorizado: “Soy testigo. Los muchachos de la 18 me están buscando”.

La banda del Barrio 18 y la Mara Salvatrucha (MS13) son las *maras* o *pandillas* que luchan por el control del territorio y del negocio de la extorsión que, en los últimos meses, ha precipitado al pequeño país centroameri-

cano en un abismo de violencia sin precedentes desde la guerra civil de los 80. Con un promedio de casi una muerte cada hora, El Salvador tiene el récord mundial de asesinatos fuera de los escenarios de guerra como el de Siria: las víctimas, a finales de 2015, serán más de siete mil.

En San Salvador nadie camina por las calles. Viajar en un automóvil, con un conductor de confianza, sólo es posible con un guardaespaldas. Y a primera vista, la capital – donde la moneda local es el dólar – se asemeja a una ciudad confusa de la provincia estadounidense, con grandes centros comerciales, estaciones de servicio Texaco y cadenas de comida rápida. Pero las escuelas, los bancos y las oficinas públicas están custodiados por hombres con ametralladoras y escopetas; los ricos de San Benito y la Zona Rosa viven encerrados en villas defendidas por perros lobo, muros de hormigón y madejas de alambre de púas, mientras que a complejos residenciales se accede por puertas sobrevigiladas día y noche por guardias armados.

“¿Ves esas casas bajas? – pregunta Toño, quien me acompaña –. Es el barrio La Fosa y la policía ni siquiera entra. El acceso está vigilado y en su interior se encuentra el mayor centro de tráfico de drogas de la ciudad”. Con Toño me siento confiado: nació y creció en Mejicanos, uno de los distritos más violentos, y vive justo en la calle que divide el territorio de la *cancha* MS13 de la zona controlada por la 18. Es él quien me explica los símbolos, la logística, la estructura y el campo de acción de las maras. La *clica* (célula) de la colonia Layco, donde vive el presidente Salvador Sánchez Cerén, regentea prostitutas, *gays* y travestis de los clubes de las zonas rojas. Los pandilleros con corte de pelo al estilo moja son *números*, y se identifican como miembros de la 18; los afeitados pero con trenza en la nuca son *letras*, es de-

cir, afiliados a la MS13, y han dejado de tatuarse para no llamar la atención. Sus mujeres usan *leggings* a rayas y se tiñen el cabello: rojo, verde, azul.

No hay vecindario, no hay actividad comercial, no hay línea de transporte que escape al “gravamen”⁷ sistemático de las maras. Sólo el precio pagado por las compañías que administran los siete mil autobuses y microbuses de El Salvador asciende a más de 20 millones de dólares al año. Ello sin contar los ingresos de robos, secuestros, narcotráfico y el cobro de derecho de paso a los migrantes: un río de dinero que las pandillas invierten en la compra de armas, municiones, automóviles y sistemas de comunicación. Las ganancias se reparten entre los pandilleros y los líderes en prisión, o se usan para gastos legales y apoyo para las familias de los detenidos.

Las maras (diminutivo de *marabunta*, término que en el Amazonas indica migración masiva de hormigas legionarias) se originan en las comunidades de emigrantes hispanos y mexicanos de Los Ángeles y el Sur de California, entre las décadas de 1950 y 1960 del siglo pasado. Cuando los acuerdos de 1992 pusieron fin a la guerra civil en El Salvador, Estados Unidos deportó a miles de salvadoreños: inmigrantes ilegales, delincuentes comunes y jóvenes pandilleros empapados de odio y resentimiento, acostumbrados a la brutalidad del camino y al uso de armas. Y en casa han encontrado el terreno ideal: un país desangrado por conflictos internos (75 mil víctimas, de un poco más de cinco millones de habitantes), adicto a la violencia y la corrupción, con un gobierno débil, instituciones frágiles, pobreza generalizada y desigualdades sociales espantosas.

7. Lo que en México impuso el crimen organizado como cuota o derecho de piso. (N. del T.)

Los Salvatrucha y la 18 con sus dos facciones —Sureños y Revolucionarios— han dividido el territorio a golpe de ametralladoras y pistolas. A lo largo de 20 años se han organizado y fortalecido: se calcula que los pandilleros son 60 o 70 mil (de los cuales unos 10 mil están en prisión) y que los simpatizantes son 600 mil, una décima parte de la población. Sus tentáculos se extienden a Centroamérica, México, Estados Unidos e incluso Italia. En las últimas semanas, 13 salvadoreños y dos italianos afiliados a la 18 fueron arrestados en Milán: son acusados de intento de asesinato, rapiña, tráfico de drogas, recepción de bienes robados, posesión de armas de fuego y armas punzocortantes.

El Salvador es un país de paradojas. Puedes comprar cocaína y crack en cada esquina, pero el consumo de drogas blandas es un delito. La violación es una emergencia nacional pero por un aborto terapéutico, e incluso espontáneo, se corre el riesgo de 30 años en prisión. La morgue no tiene capacidad para deshacerse de tantos cuerpos, pero las armas son de libre venta en las tiendas.

“Aquí la vida no vale nada —dice Toño mientras ordenamos un burrito en Bella Nápoles, la cafetería del teatro donde, en el momento de la guerra, los escuadrones de la muerte venían a cazar a periodistas y líderes clandestinos del Frente Farabundo Martí—. Nos hemos acostumbrado a la barbarie. El Salvador es un país duro, campesino, conservador y represivo. La cultura del diálogo no nos pertenece. Ni siquiera en la iglesia”. La Catedral, a dos pasos de las fachadas desmoronadas del cine Libertad y de la antigua Sociedad Estatal del Café, es el emblema de una incurable grieta política y social: los fieles de “izquierda” rezan en la cripta donde está enterrado Monseñor Óscar Romero,

el arzobispo de San Salvador asesinado en 1980; en el segundo piso acuden a misa dominical los simpatizantes de la “derecha”.

De hecho, se intentó un diálogo: una tregua entre las maras, estipulada en 2012 con el consentimiento tácito del gobierno anterior y que duró 15 meses, redujo el número de asesinatos de 15 diarios a menos de cinco. Durante la tregua, los 40 *palabreros* principales (líderes de pandillas) fueron trasladados a centros de reclusión más laxos, donde podían recibir visitas, comunicarse con sus clícas y continuar dirigiendo actividades criminales. Pero la disminución relativa en la tasa de violencia no aligeró la extorsión, principal fuente de ingresos de las maras, que aprovecharon la tregua para extender y fortalecer el control sobre sus territorios.

En febrero pasado, ante la proximidad de las elecciones presidenciales, el gobierno comenzó a retroceder. Los líderes de las bandas fueron aislados de nuevo en el infame Sector 6 de la prisión de máxima seguridad de Zatecoluca. Y en junio, Sánchez Cerén, en cuanto asumió el cargo, ordenó al ejército y la policía volver a los métodos represivos del pasado. Pero la “mano superdura” del nuevo gobierno desencadenó una carnicería: un promedio de 20 muertes por día, con picos de 50; 911 víctimas sólo en el mes de agosto.

Hay opiniones contrastantes sobre la estrategia del gobierno. Para Raúl Mijango, un ex guerrillero que negoció la tregua, “el Estado ha declarado la guerra a las pandillas, pero no puedes matar a todos, sería un genocidio”. Según el nuncio apostólico Léon Badikebele, “la gente sepultaría a todos los pandilleros en una fosa común: a nadie le importan los derechos humanos”. Y hasta el ministro de Defensa,

David Munguía Payés, es crítico: “La tregua —me explica— se implementó con el apoyo de la Iglesia, las ONG y las Instituciones Internacionales: un enfoque pragmático que ha logrado resultados concretos. Se ha saboteado porque la política de inclusión y recuperación social requiere tiempo, es impopular y no procura votos. Las maras son un fenómeno complejo vinculado a la pobreza y la marginación: la mano dura no resuelve el problema, lo agrava”.

“La tregua fue una paz mafiosa —sostiene el director del Instituto de Medicina Legal, José Miguel Fortín—. Y permitió que las maras proliferaran con absoluta impunidad”. Pero reconoce que la clase política “totalmente corrupta” no ha hecho nada para incorporar a la juventud de los barrios a la sociedad. El Instituto es el termómetro de la violencia en el país. Los médicos realizan las autopsias (seis mil en 2015), registran las muertes, examinan los cuerpos “frescos” y los encontrados en cementerios clandestinos.

El Dr. Saúl Quijada, antropólogo forense, guarda los restos de centenares de cuerpos no identificados en cajas de cartón: fémures de recién nacidos, cráneos rotos, huesos rotos y cortes de machete. En una mesa examina los esqueletos cuidadosamente limpiados, lavados y desinfectados. “A partir de un estudio detallado —explica— podemos rastrear el tipo de arma utilizada, la causa de la muerte, hasta la edad de la víctima”.

De repente suena la alarma: un *levantamiento*, un cuerpo a recuperar en el barrio de Apopa. Voy con los doctores en la ambulancia. “Hay días tranquilos —dicen— con sólo tres o cuatro cuerpos. Pero a veces son más de 20”. En el lugar, un barrio dormitorio infestado de maras, soldados con ametralladoras y pasamontañas hacen una redada. Es de noche y las antorchas iluminan el rostro devastado y en-

sangrentado de Reynaldo Hernández, de 45 años, el policía número 53 asesinado desde enero. Lo mataron para robar su pistola de ordenanza. “Tres golpes en la cabeza —escribe el médico forense en el informe—. Dos en la espalda y dos en el tórax”.

En un callejón lateral, los *minibuses* de los *muerteros* ya están estacionados: son procuradores de cadáveres en nombre de las *funerarias*, las pompas fúnebres: un negocio que en El Salvador marcha a toda vela. “¡Un ataúd hecho es un ataúd vendido! —exclama Julio de Funerales El Perdón, que funciona las 24 horas del día, incluyendo Navidad, con un personal de 35 empleados y un equipo de técnicos especializados en la recomposición de cadáveres desmembrados o mutilados—. Hemos importado desde cajas de pino o madera dulce nacional —enumera Julio— hasta las más baratas de madera prensada. El paquete mediano, que incluye ataúd, preparación química y fisiológica del cuerpo, apósito y maquillaje, cuesta entre 450 y dos mil 500 dólares, y sólo en efectivo”. El Perdón también ofrece música pandillera, café y pan dulce durante el velorio.

La competencia es feroz: quien llegue primero, informado por la policía (que exige una comisión) por Twitter o por el sitio paramilitar *Héroe Azul El Salvador*, tiene prioridad. Pero a veces los mareros, armas en mano, exigen servicio gratuito. Los cuerpos no identificados —700 al año— terminan en fosas comunes en un campo apartado del cementerio de Bermeja. “Muchos pandilleros están sepultados aquí”, dice Don Salvador, uno de los sepultureros. “Entre cuatro y ocho cadáveres por fosa”.

Toño me acompaña a Mejicanos. Mataron a un joven de 18 años. Una ejecución sumaria: tenía las muñecas atadas con precintos plásticos de uso policial. En las paredes

están pintados los símbolos que marcan el territorio de las maras: una calavera, un nombre, una cruz. Un par de tenis Nike que cuelgan de un poste de luz advierte que estamos entrando en la *cancha* MS13; una fila de Adidas suspendida de un cable eléctrico delimita el área controlada por la 18. “Aquí no tienes alternativa – explica Toño –. Eres letra o número, no escapas. No hay necesidad de preguntar: ellos saben quién eres. Nadie habla, nadie ve. Si cruzas la frontera eres hombre muerto”. Los centinelas⁸, niños pequeños con sus teléfonos móviles, ya nos han señalado. Mientras hablamos con el Joker, un “chavo” de 18 años que trabaja en un taller mecánico, pasa una motocicleta con dos hombres armados. “Sicarios” – sisea Toño – : ¡Sal de aquí, ahora!”

El Joker explicaba que después del *brinco*, una iniciación que implica golpizas a manos de otros pandilleros, hay que ganarse el respeto de los líderes. “Primero haces de centinela, consigues cigarrillos, drogas, recargas telefónicas. Luego te confían una misión: eliminar un *chavala*, un enemigo”. Cuanto más brutales sean los métodos de asesinato, mayor será el respeto acumulado. Las decapitaciones, mutilaciones y cortes degradan al adversario. La tortura y el *trenecito* – violación múltiple – se convierten en ritos colectivos que refuerzan la identidad del grupo.

“Reclutan niños de siete a 10 años – explica el padre Carlos, pastor de la Iglesia Pasionista de Mejicanos –. Es un círculo infernal. Algunos estudiantes de nuestra escuela han sido asesinados. El ejército tiene licencia para matar. El número de armas del mercado negro está aumentando. Las niñas obligadas a prostituirse son cada vez más jóvenes y las cuotas de piso ahora son insostenibles. Los pandilleros

8. Símil de lo que en el crimen organizado mexicano se conoce como halcones. (N. del T.)

se matan entre ellos y matan a transeúntes desarmados, taxistas, madres de familia".

"La MS13 – argumenta Ricardo Carrillos, comisionado de policía en el municipio de Ilopango – tiene una organización más estructurada y jerárquica, mientras que la 18 es una banda más fluida, atomizada. Y con los líderes aislados en prisión, las clicas están fuera de control: actúan de manera autónoma y son cada vez más agresivas". Carrillos me lleva a patrullar los barrios a lo largo de la carretera panamericana: chozas escuálidas, iglesias evangélicas, burdeles, escuelas decrepitas. "Mil agentes por un millón de habitantes – aclara – ¿qué podemos hacer? Las maras controlan panaderías, autobuses, la venta de agua, gas y harina. Tienen armas pesadas y a nosotros nos faltan municiones y gasolina. Y hay abogados, políticos, incluso policías afiliados a pandillas".

Seguimos a pie. Los agentes rodean una casa sospechosa, una de las muchas abandonadas por personas en fuga y utilizadas por pandillas para contrabandear u ocultar armas. En las paredes, los símbolos de la 18; en el suelo un colchón, colillas, latas vacías de cerveza. Luego de tres disparos y una irrupción en la habitación contigua, arrestan a tres jóvenes, los esposan, los llevan al centro y los identifican: Francisco Hernández, de 19 años; Blanca Orellana, de 18, y Marisela Delgado, de 17. "Son pandilleros pero no tienen antecedentes – afirma el comisionado –. Unos días en la celda y luego tendremos que liberarlos".

La carencia de medios y departamentos especializados pone en peligro las investigaciones. Y los periodistas que denuncian abuso policial señalan la colusión de políticos o entablan relaciones demasiado estrechas con las pandillas arriesgando el pellejo. Reporteros del periódico en línea *El Faro* trabajan en una oficina semi clandestina, con un guar-

dia armado en la entrada. Christian Poveda, autor del docu-video *La vida loca*, fue asesinado por los muchachos que había filmado.

Pero Israel Ticas, *el abogado de los muertos*, no tiene intención de rendirse. Pistola al cinturín, GPS y computadora en su mochila, camina por El Salvador en busca de cementerios clandestinos. En doce años de trabajo ha exhumado a más de 900 desaparecidos: ahora está bajando por un pozo al pie del volcán Santa Ana, donde ha identificado los cuerpos de un niño, sus padres y otros cinco cadáveres desmembrados. “El pozo – explica – tiene 22 metros de profundidad, hay que cavar un túnel de acceso para evitar deslizamientos de tierra”. Ticas utiliza técnicas de vanguardia, cámaras, sensores, tomas aéreas que confluyen en un archivo interminable: el catálogo macabro de los horrores de la masacre salvadoreña.

Se acerca una mujer. Dice que su hijo desapareció hace tres semanas: fue a *cortar café* y nunca regresó. “¿Puede estar en ese pozo? – pregunta – . Sé que está muerto, agrega, pero quiero al menos enterrarlo dignamente”. Ticas hace cálculos, consulta las notas. “No, señora, él no puede estar aquí. Pero hay otros pozos cercanos. Lo encontraremos, si Dios nos ayuda”.

Viernes de Repubblica, 08/01/2016





PERSIGUIENDO A RIMBAUD

Harar, Etiopía, febrero 2017.

El último refugio de Arthur Rimbaud, el lugar desde el que soñaba regresar “con extremidades de hierro, piel oscura, un ojo furioso” pero dejó al final de su vida en “una camilla cubierta por una cortina”, es una ciudad remota en la meseta etíope con vistas a los desiertos tórridos de Ogaden y Danakil.

Harar, fundada en el siglo X, es uno de los asentamientos urbanos más antiguos del África oriental y la cuarta ciudad sagrada del Islam después de La Meca, Medina y Jerusalén, con más de 80 mezquitas al interior de las murallas medievales que rodean el pueblo de Jugol. Las fachadas de las viejas casas ahora están revestidas de yeso con colores psicodélicos –turquesa, amarillo, fucsia, malva– que esconden las paredes de piedra áspera y arcilla. Los minaretes y los campanarios se alzan uno a lado del otro, y los *faranj*, turistas con dólares, son bienvenidos. Pero Harar no fue tan acogedora en enero de 1855, con el primer europeo explorador, Richard Francis Burton, un inglés que junto a John Speke descubrió las fuentes del Nilo Blanco.

Burton entró en la ciudad prohibida desde la puerta de Erer, una de las cinco a las que todavía se accede, y

pasó 10 días allí, prisionero del Emir Abubakr, “entre personas que odian a los extranjeros, bajo el techo de un príncipe fanático cuya menor señal significaba la muerte”. En *Primeros pasos en África oriental*, Burton habla de una población desfigurada por la viruela y la lepra, embrutecida por el consumo de cerveza, hidromiel y hojas de khat (*Catha edulis*), un arbusto rico en alcaloides euforizantes, similar al que produce la coca o la benzedrina. Recuerda sólo a mujeres “con los ojos muy abiertos y la piel clara, adornadas con joyas de plata y coral, con párpados embellecidos con kohl y pies y manos teñidos con hena. La actividad principal – concluye – es el comercio de esclavos, de marfil, de café”.

Estos productos son lo que empuja a Rimbaud hacia Harar. En 1869, la apertura del Canal de Suez acortó en un tercio la distancia entre Europa e India: África Oriental se abre al mercado mundial, las potencias europeas apuntan a controlar el Mar Rojo. Y siguiendo las guarniciones militares, llegan los comerciantes.

Rimbaud es un alma en pena. Publicó, con escaso éxito, *Una temporada en el infierno*, y tiene las *Iluminaciones* en el bolsillo, pero ahora ha renunciado la poesía. Rompió con su amante Verlaine, quien en un ataque de celos lo hirió en la muñeca con un revólver. No soporta el intolerante ambiente pequeñoburgués de Charleville, en las Ardenas, donde su madre vive en una granja. Disgustado, deja Francia, viaja por Europa, Asia, Oriente Medio. En Chipre tiene un trabajo precario, pero debe irse luego de la acusación de haber causado la muerte de un trabajador. A los 26 años finalmente llega a Adén, Yemen, donde acepta un trabajo de la compañía de un francés, Alfred Bardey, quien lo envía a Abisinia para supervisar los envíos de café y otras mercancías.

En diciembre de 1880, después de cruzar el Golfo de Adén a bordo de un sambuco⁹ y tras 20 días a caballo en el desierto somalí, Rimbaud entró a la ciudad fortificada de Harar: pasó casi cinco años allí, en tres períodos distintos, hasta su muerte en 1891. Cree que puede hacerse rico. Harar se ha convertido en un emporio comercial donde, además del café, fluyen bienes preciosos: armas, esclavos, oro, marfil, cuero, caucho, incienso. Quizás se engaña a sí mismo de haber realizado el sueño anhelado en su juventud: “Me gustó el desierto, las tierras resecas, los mostradores podridos, las bebidas balsámicas. Me arrastré por las callejitas malolientes, con los ojos cerrados, y me entregué al Sol, al dios del fuego”. Aprende árabe, amárico, oromo y harari. Viste al estilo oriental. Mastica khat todos los días. Cabalga por el interior desconocido de Ogaden, acompaña a las caravanas a Zeila, en territorio somalí, y a Yibuti. Y durante al menos cuatro años vive en Adén y en Harar con una mujer, Mariam, una cristiana abisinia de Scioa.

De ella queda una foto conservada en el álbum de Bardey, además de los testimonios de amigos y conocidos del poeta y las palabras del propio Rimbaud, quien a fines de 1885 escribió en una carta al periodista-explorador Augusto Franzoj: “Envié de vuelta sin demora a esa mujer hacia Obock. Le di un poco de dinero y subirá a la tartana Ras Ali. A ella le gustará más allá”. En memoria de Françoise Grisard, la empleada doméstica de la esposa de Bardey, Mariam “era alta y esbelta, un rostro bastante bello, rasgos regulares, no muy morena. Salía sólo por las noches con el señor Rimbaud: él estaba vestido al estilo europeo y su casa era como las del lugar. Realmente le gustaba mucho fumar”.

9. Ahora se llama sambuco a barcos medianos tipo crucero, con servicios a todo lujo, aunque anteriormente se denominaba de esta forma a barcazas de asedio y guerra.

El poeta ya no tiene tiempo para ella. En Harar, la competencia de los comerciantes griegos e italianos es despiadada y Rimbaud, que está comprando armas y dro-medarios en Tagiura, cree que tiene en las manos el negocio de su vida: un suministro de varios miles de pistolas de cápsula para el rey de Scioa y futuro emperador Menelik II.

Será casi un fracaso. Cuando la caravana llega al soberano en Entoto, cerca de Addis Abeba, Menelik, que acaba de apoderarse de Harar, resulta ser un hueso duro de roer: secuestra la mercancía y obliga a Rimbaud a reducir los precios, con una pérdida de 60 por ciento sobre el capital invertido. En cuanto al pago, el poeta traficante tendrá que recurrir a Ras Makonnen, nuevo gobernador de Harar (y padre del futuro negus¹⁰ Hailé Selassie) quien, al no tener dinero en efectivo, le entrega dos pagarés para cobrar en el puerto colonial italiano de Massaua. Al final, Rimbaud sólo podrá cobrar “poco más de 16 mil francos en oro”, y esas armas entregadas a Menelik, se usarán contra las tropas italianas en la batalla de Adua en 1896.

Agotado y desmoralizado, Rimbaud regresa por tercera y última vez a Harar. Los pocos europeos que lo frecuentan – el griego Sotiro, los italianos Ottorino Rosa, Luigi Robecchi Bricchetti y el albañil Olivoni – lo describen como triste y malhumorado, envejecido prematuramente. Tres fotografías borrosas, las únicas imágenes del poeta en Etiopía, revelan un gesto sufrido, un rostro cava-do por las arrugas, consumido por la fatiga y el abuso del khat. Sobreviven escritos dispersos: cartas a familiares, las dirigidas a Bardey y al vicecónsul francés, el informe de la

10. Hasta 1890 en Eritrea y muy entrado en siglo XX en Etiopía, título dado por reyes y emperadores a los gobernantes de ciertas provincias de relevancia política o económica.

expedición de Ogaden, un largo artículo de 1887 para el periódico *Le Bosphore égyptien*.

Hay indicios de que a fines de la década de 1880, al menos en una ocasión, Rimbaud se dedicó al comercio de esclavos. En un despacho enviado el 22 de mayo de 1888 por el comandante Antonio Cecchi, de la compañía Rubattino, al ministro de Relaciones Exteriores, Francesco Crispi, se menciona una gran caravana “trayendo de Scioa, a través de Harar, marfil y esclavos en cantidades significativas. Acompañana la caravana el negociante francés Rembau (*sic*), uno de los agentes más inteligentes y activos del gobierno francés en esas regiones”.

Son las últimas hazañas. En las cartas, donde insiste en que no puede regresar a Europa porque está “demasiado habituado a la vida errante y libre”, comienzan a aflorar los signos de la enfermedad: “esta maldita rodilla derecha que me tortura”, “le pedí a Aden un calcetín varicoso”, “creo que mi vida se está desmoronando”. En marzo de 1891, inmovilizado en la cama, debe rendirse. “Tengo una camilla cubierta con una cortina – le escribió a su hermana Isabelle desde el hospital de Marsella –, que 16 hombres transportaron desde Zeila en 15 días”. Cuando un barco finalmente lo trae de regreso a Francia, su pierna cancerosa es amputada sin éxito: muere en noviembre, a los 37 años, después de un verano entero anhelando regresar a su amado Harar, donde sus fieles sirvientes Djami y Ras Makonnen esperaban verlo nuevamente “pronto y con buena salud, si Alá lo quiere”.

Hoy Harar está invadido por el antiguo Peugeot 404, y por bajaj – motocicletas importadas de la India. En los nuevos barrios, los chinos construyen hoteles, estadios deportivos y desproporcionadas obras del régimen. Pero el

Jugol no es muy diferente de los tiempos de Rimbaud. El molino muele el *teff*, el cereal para la *injera*¹¹ tradicional; especias, incienso y granos de café se venden en el mercado; las mujeres soportan pesados bultos de leña en sus cabezas; y desde el campo, en carros tirados por burros, llegan las verduras que las campesinas extienden en los adoquines de los callejones; en la calle Makina Girgir, los sastres manufacturan telas con las viejas Singer de pedal y, fuera de los muros, en el pueblo de los leprosos, la hermana Irene cuida a los enfermos.

Por la noche las *worebas*, las hienas que limpian la basura de los callejones, no son sólo una atracción para los turistas: los habitantes creen que están en contacto con el mundo de los espíritus y Rimbaud se arriesgó a ser linchado cuando, para deshacerse de los animales que orinaban sus mercancías, terminó envenenando a los “barrenderos sagrados”. Incluso el gran zoco de ganado en Babile, por el camino de Jijiga, se ha mantenido igual, aunque como los dromedarios ya no son necesarios para las caravanas y se exportan a Arabia Saudita. Pero ni del emporio Bardey ni de la casa del poeta queda rastro alguno en Faras Magala, la plaza del caballo. El recuerdo de Rimbaud, que muchos jóvenes confunden con el *Rambo*, de Sylvester Stallone, casi se ha desvanecido incluso de la memoria de Seleshi Tegegne, de 102 años, un ex conductor de ferrocarril de Djibouti, ex profesor de francés y ex cazador (“maté seis leones y dos leopardos”) que conoció al virrey Rodolfo Graziani en el momento de la ocupación italiana. “Rimbaud – dice – traficaba armas con el rey de Scioa”.

11. Base de la alimentación en Etiopía y Eritrea, es una especie de crepa o tortilla muy fina que acompaña múltiples platillos. Está hecho de teff molido, un cereal natural sin gluten, digestivo, antioxidante y con valores nutricionales muy superiores a los cereales comunes. (N. del T.)

El café, cultivado en Harar desde el siglo X y exportado a Mocha, en la costa árabe del Mar Rojo, era la mercancía insignia de las caravanas de Harar. Hoy ha sido sustituido por las plantaciones de khat, mucho más redituable porque se produce todo el año y requiere menos cuidado. Todos los días, toneladas de ramitas envueltas en sacos de tela húmeda llegan al mercado de Awaday, al norte de la ciudad. Y una flota de camiones Isuzu —apodada “Al-Qaeda” por la conducción imprudente de sus conductores y los accidentes frecuentes— parte a una velocidad vertiginosa para Somalilandia o el aeropuerto Dire Dawa, donde el khat se embarca en los cargueros que parten para Omán, los Emiratos y Yibuti.

Los turistas están resucitando fantasmas literarios: un negocio discreto para Harar. Cada año, 26 mil extranjeros visitan el Centro Cultural Arthur Rimbaud, inaugurado en el año 2000 en la villa que pertenecía a un rico comerciante indio. El curador del museo, Abdunásir Abdulahi, no pudo configurar grandes cosas: un par de autorretratos del poeta, algunos versos de *El barco ebrio* traducidos al amhárico, paneles explicativos, imágenes antiguas de Jugol, una foto de un empleado tomada por Rimbaud en su almacén. Pero hay otro escritor y aventurero que llegó a Harar 30 años después del autor de *Una temporada en el infierno*: Henry de Monfreid.

Como Rimbaud, Monfreid —hijo de un pintor amigo de Gaugin, Degas y Matisse— no soporta la mediocre vida de empleado que lleva en Francia. Lo atrae lo desconocido y la acción. A los 31 deja atrás Europa y aterriza en Yibuti. Se improvisa como pescador, filibustero, cultivador de perlas. Aprende árabe y somalí, se convierte al Islam y toma el nombre de Abd el-Hay, el “esclavo de los vivos”.

A bordo de un sambuco, navega de un extremo al otro del Mar Rojo, vendiendo armas a las tribus somalíes y yemenitas en rebelión, escapando de piratas, contrabandeando hachís y cocaína, espiando a los turcos al servicio de los franceses.

A diferencia de Rimbaud, Monfreid llega tarde a la literatura. Ya ha pasado los 50 cuando conoce y queda fascinado con el escritor y periodista Joseph Kessel, enviado por *Le Matin* para realizar un reportaje sobre el comercio de esclavos. Kessel, autor de numerosas novelas como *Bellas de día*, convence al reacio Henry de que lleve sus extraordinarias aventuras a las páginas.

Los secretos del Mar Rojo, publicado en 1931 por Grasset, es un best-seller: el primero de los 70 volúmenes que dejó Monfreid a su muerte, ya nonagenario, en 1974. Libros en los que narra la odisea de una vida: cruceros en la India para abastecerse de hachís, el rastreo por las islas Soy-chelles de un cargamento de drogas que le fueron robadas, las armas enterradas en las islas, los naufragios, el sol feroz; sin omitir los contactos con Mussolini y su deportación a un campo de prisioneros británico en Kenia. No es sorprendente que Hugo Pratt diseñara las portadas de tres novelas de Monfreid, ni que Hergé lo retratará en una famosa tira: es el capitán de un sambuco y traficante de armas que salva a Tintín del naufragio en *Los cigarros del Faraón*.

Cuando se hizo imposible dormir en el horno de Obock, Henry se refugió durante los meses más abrasadores en el altiplano de Harar, a veces con sus hijos y su esposa alemana Armgart. Se relajaba fumando opio. Mahmoud Ahmed, de Dire Dawa, levantó un molino, una planta de energía y una fábrica de pasta. Pero su casa está en la colina de Harawe, a donde se llega escalando por un camino que

se eleva entre mangos y acacias. Es un maltratado edificio rectangular de piedra estucada, lleno de grietas y con techo de lámina, donde vive su enorme familia. "Mi esposo está afuera, en los campos de *teff*", exclama la señora Hindia Munir, quien enciende un brasero de incienso para mantener lejos a las moscas y el hedor de estiércol que fluye desde el patio.

En las colinas, los campesinos escudriñan el cielo irremediablemente despejado, mientras las cabras pastan cactus y rastrojo reseco. No ha llovido durante meses, la siembra está en riesgo y los pozos vigilados por hombres armados de Kalashnikovs. Sequías y hambrunas son endémicas en el noreste de Etiopía y, como en los tiempos de Rimbaud y Monfreid, las sangrientas disputas entre Afar e Issa, somalíes y oromos¹², pastores nómadas y agricultores sedentarios no cesan: en un campamento de refugiados de chozas de plástico y trapo, seis mil personas desplazadas esperan con angustia alguna ayuda alimentaria y el camión cisterna con agua.

El Cuerno de África, en el fondo, es siempre el que describió Monfreid: la guerra se desata en Somalia y Yemen; en Yibuti importan toneladas de armas para bases militares estadounidenses, francesas, italianas y chinas; el mar está infestado de piratas; el comercio de khat y otras drogas nunca floreció tanto y los migrantes, huyendo de las masacres o buscando trabajo, siguen las antiguas huellas de las caravanas de esclavos.

Vierne de Repubblica, 04/08/2017

12. Los oromo son un grupo étnico que se encuentra en el centro-sur de Etiopía, norte de Kenia y partes de Somalia. (N. del T.)





FUGA EN SAN PEDRO

San Pedro Sula, Honduras, febrero 2019.

Los *halcones* —centinelas apostados en los cruces— tienen sus celulares encendidos y el *fierro* en la cintura. Auscultan los autos que se adentran en los callejones del barrio: multifamiliares de concreto con ropa colgada, rejas encadenadas, pulperías que venden arroz y frijoles. Avanzamos con las ventanas abajo y nuestras manos a la vista hasta un área de edificios abandonados, perros callejeros y alambre de púas: la *línea*, la frontera que divide los territorios controlados por la Mara Salvatrucha (MS13) y la *pandilla* del Barrio 18. Quién la cruza es hombre muerto. Pero no Danny Pacheco, un pastor evangélico respetado por su compromiso como mediador entre las pandillas y por haber conjurado más de un derramamiento de sangre innecesario.

“Es una guerra —dice el pastor, quien vive con su familia en el barrio Rivera Hernández de San Pedro Sula—. Y este es el sector más violento de una de las ciudades más violentas del mundo. Violación, secuestro, asesinato. Las víctimas son miles, más que en Irak y Siria”. Miles están huyendo, uniéndose a las caravanas de migrantes que marchan hacia México. Se van para sobrevivir, solos o con la familia: estudiantes, campesinos, mujeres embarazadas

y madres con recién nacidos en brazos, comerciantes que no tienen dinero para pagar las cuotas de piso.

La “casa loca” no está muy lejos. Un edificio de tres pisos al borde de los cinturones de miseria de la ciudad –slum¹³–, evacuado por inquilinos que terminaron bajo el fuego cruzado. Pacheco, quien por haber denunciado la colusión de la policía con el crimen organizado ha sufrido numerosos atentados (en septiembre los soldados acribillaron su camioneta con más de 35 descargas), salta los escalones, repletos de vidrios rotos, latas y colillas de cigarrillo. Las paredes están cubiertas de lemas, amenazas y símbolos de las maras. El piso está lleno de sangre coagulada. “Aquí es donde los asesinos torturan y matan –explica el pastor–. Por la noche puedes escuchar los gritos. Despedazan a los soplones con la motosierra, los colocan en una bolsa y los tiran en desagües y basureros. O atan la punta de un cable al cuello de la víctima y otra a sus pies y aprietan hasta romper la columna. El primo de mi esposa murió así”.

Pacheco ha estado en el frente de batalla desde hace cinco años. Se mantiene en contacto con los líderes de las pandillas en prisión, negocia armisticios, trata de evitar masacres y represalias, organiza fiestas en el vecindario, proyecciones de películas, partidos de fútbol. Quiere transformar la “casa loca” en un centro comunitario con una universidad y un refugio para mujeres. Pero es una batalla sin ganadores. Las pandillas involucradas en el negocio de las drogas y la extorsión se multiplican: MS13, la 18, Batos Locos, Los Feos, Los Olanchanos, Los Terceño, Los Cristianos, la Banda del Cementerio. Todos deben pagar el *impuesto de guerra*: taxistas, comerciantes,

13. Se le llama así en Centroamérica a las chabolas, barrios de miseria, desprotegidos y sin servicios, como las favelas brasileñas.

conductores de autobuses, pequeños empresarios, ciudadanos comunes. La guerra no tiene escapatoria: los sicarios no perdonan ni a los niños.

“¡Sin fotos!” En una habitación oscura de la colonia Casa Blanca, los muchachos están nerviosos. La 18 capturó a un amigo suyo, Rinaldo, un *chipote* de 20 años que cruzó la calle equivocada. Han pasado tres semanas pero no han encontrado el cuerpo. “Lo enterraron en un cementerio subterráneo —dicen—. Quieren provocarnos, quieren apoderarse de este sector”. Aquí la tregua decembrina duró menos de nueve horas.

En los empobrecidos barrios de San Pedro Sula, una ciudad industrial que produce dos tercios del PIB hondureño, nadie puede huir de la implacable ley de las maras. Las pandillas reclutan niños de ocho y 10 años para someterlos a una cruel iniciación, el *brincado*: los novatos deben resistir una paliza prolongada y las mujeres soportar relaciones sexuales con miembros de la banda. Una vez aceptados, sólo podrán abandonar el grupo bajo pena de muerte. “La *pandilla* es su familia —explica Pacheco—. Están listos para dar sus vidas por sus compañeros. Pueden asesinar a un hermano o un padre sin pestañear, pero nunca traicionarán el pacto que los une. Hay más solidaridad entre ellos que entre los cristianos que asisten a mi iglesia. Por eso son invencibles”.

Noche y día llegan ambulancias a la mogue municipal tras un *levantamiento*, la recuperación de un cuerpo. Los parientes se detienen afuera, sentados en dos bancos. Los trámites son largos, a veces interminables. Una mujer ha esperado 15 meses para identificar a su hijo: “En Honduras —dice— no hacen análisis de ADN. Envieron muestras biológicas a Guatemala”. Manuel acampó en la morgue

durante dos semanas: "Mi sobrino tenía 19 años. Lo mataron con machetes en un cafetal y cuando lo encontraron era irreconocible: los pájaros lo habían desfigurado".

En los frigoríficos forenses hay docenas de cuerpos no reclamados que terminarán en fosas comunes. Los más afortunados tendrán un entierro y un ataúd suministrados por una de las funerarias que comparten el mercado. "El negocio está en auge –admite Ángel Lara, dueño de la funeraria Divino Paraíso–. Tenemos soluciones para todos los presupuestos: para nosotros no hay crisis". Quien no tiene dinero siempre puede recurrir a la política: los diputados y los candidatos a alcaldes dan ataúdes a cambio de votos.

Oficialmente, la tasa de homicidios en Honduras se ha reducido de 86 a 48 por cada 100 mil habitantes, y San Pedro Sula ha perdido posiciones en el *ranking* de los lugares más sanguinarios del planeta. Pero estas cifras no tienen en cuenta el creciente número de desaparecidos (mil víctimas no registradas en 2018) ni la oleada de muertos en enero de este año: 35 en 10 asesinatos múltiples en menos de un mes.

Las mujeres están particularmente en riesgo en un país embebido de machismo, donde el aborto está prohibido incluso en caso de violación y muerte inminente del feto o la madre. Para los 600 mil habitantes de Choloma, la zona industrial en las afueras de San Pedro, donde las *maquilas* extranjeras de textiles y componentes emplean mano de obra barata, no hay un solo hospital. La única clínica para madres e hijos fue abierta en 2017 por Médicos Sin Fronteras, que en un año atendió 678 partos. Sophie Moureau, responsable del proyecto, dice: "En 2018 tuvimos 201 asesinatos y 23 feminicidios en Choloma. La violencia

doméstica, el abuso sexual y el embarazo adolescente están muy extendidos”.

La hecatombe hondureña, alimentada por la impunidad, ha envuelto a periodistas, activistas políticos, *pandilleros*, trabajadores sociales, estudiantes, campesinos, homosexuales y ambientalistas como Berta Cáceres, asesinada en 2016. Más de cuatro mil 500 mujeres han sido asesinadas en Honduras en la última década, una al día desde principios de este año. Hay 150 mil huérfanos en una población de nueve millones.

Las instituciones, corrompidas hasta la médula, desde el Parlamento hasta el último de los policías, siempre son rehenes de narcotraficantes y de una pequeña casta de empresarios y terratenientes: los *turcos* que hacen y deshacen los gobiernos, se mueven en vehículos blindados y viven en colonias búnker protegidas por milicias armadas.

La antigua república bananera, que ya era tierra de conquista de la United Fruit Company y Dole, es ahora un narcoestado por donde transita el 80 por ciento de la coca colombiana destinada a los mercados estadounidense y europeo. El 15 de enero en Livorno, la policía incautó 650 kilos de cocaína escondidos en un contenedor de café hondureño embarcado rumbo a Puerto Cortés, un centro comercial de San Pedro Sula. Gran parte de la droga se transportaba a bordo de *pipantes*, lanchas fluviales de madera que navegan la maraña de manglares y pantanos de la Costa de los Mosquitos, donde las narcoavionetas de los carteles mexicanos despegan de pistas improvisadas que construyen en menos de 24 horas. Según la UNODC, la agencia antidrogas de la ONU, el 13 por ciento del PIB hondureño está vinculado al narcotráfico.

Los testimonios de los hermanos Rivera Maradiaga, jefe de la banda de narcotraficantes hondureños Los Cachi-

ros, que en 2015 fueron entregados a la DEA, desnudaron la complicidad del *establishment* de Tegucigalpa. El hijo del ex presidente José Porfirio Lobo, Fabio, arrestado en Haití, cumple en Miami una condena de 24 años por tráfico de cocaína. También en Florida fue encarcelado Yani Rosenthal, ex diputado y ex ministro, descendiente de una de las familias hondureñas más poderosas, presidente de Marathón, el equipo de fútbol de San Pedro y propietario del estadio que lleva su nombre.

Su tío Jaime, el patriarca del clan, líder del Partido Liberal y ex vicepresidente de la República, fundador del Grupo Continental (bancos, aseguradoras, compañías inmobiliarias y agroalimentarias), está acusado de administrar la red de lavado de dinero más extensa de Centroamérica; y en noviembre pasado le pusieron las esposas en Miami, con imputaciones por tráfico de coca y connivencia con las maras, a Juan “Tony” Hernández, hermano del actual presidente Juan Orlando Hernández, ratificado en 2017 a pesar de un voto Constitucional y un fraude electoral descarado.

“El país se está hundiendo en la corrupción, la violencia, el desempleo y la pobreza —asegura el padre Fernando Ibáñez, de la diócesis de San Pedro, que produce cientos de comidas calientes todos los días para los pobres—. Todos intentan emigrar: es un éxodo sin fin”.

A medianoche, 200 migrantes salen de la terminal de autobuses hacia Aguas Calientes, la frontera con Guatemala. Hay quienes están en deuda por pagar un “pasaje seguro” hacia los Estados Unidos. Los *coyotes* venden caro el sueño americano: de cinco a 10 mil dólares, reembolsables, si todo va bien, con años de trabajo ilegal. Otros se pusieron en marcha con una mochila y una botella de agua, y se unieron a las caravanas que van hacia el Norte.

Encuentro una caravana en Tecún Umán, casi en la frontera mexicana. Son cinco mil en el puente del Suchiate, acampando en las viejas vías del tren, en desuso. Vienen de Honduras, pero también de El Salvador y de Guatemala: El *triángulo norte* de la desesperación. Muchos ya tienen el permiso por un año, ofrecido por el gobierno de López Obrador.

Pasar el río sobre *balsas*, de contrabando, cuesta 6 quetzales, menos de un dólar. Pero la mayor parte espera. “En grupo es más seguro —explica Noemí, que viaja con dos niños pequeños y su esposo—. En México, los traficantes secuestran migrantes y chantajejan a la familia. Es mejor estar unidos. En San Pedro ya no podíamos estar: sin trabajo, arriesgando la vida diario. Esperamos encontrar trabajo y mandar a los niños a la escuela.” Otra caravana, la cuarta desde octubre pasado, está atravesando Guatemala. “Se forman de manera espontánea, gracias a Facebook y al boca a boca —asegura el ex diputado opositor Bartolo Fuentes, a quien el gobierno de Tegucigalpa acusa de fomentar la emigración—. Son personas que ya no tienen nada, ni siquiera esperanza; y no los frenará ni el muro de Trump”. El cambio climático también incentiva el éxodo: si la lluvia no cae, los campesinos no pueden sembrar; el año pasado se perdió el 80 por ciento de la producción agrícola y se espera lo mismo este año.

Es una marcha de cuatro mil kilómetros: en autobús o en *La Bestia*, el “tren de la muerte”; después a pie por el desierto de Sonora, *la ruta del diablo*, hasta el muro de Tijuana, donde los esperan los *coyotes* y el ejército del Tío Sam. Sin embargo, Estados Unidos ha desempeñado un rol decisivo en la creación de las condiciones de las que huyen los migrantes. En Centroamérica —su patrio trastero— durante décadas han organizado golpes de Estado, apoyaron a gobiernos títeres, adiestraron a escuadrones de

la muerte. En Nicaragua armaron secretamente a grupos antisandinistas; en El Salvador financiaron a las milicias paramilitares responsables de más de 75 mil muertes, y en Honduras apoyaron el golpe de Estado de 2009 contra el presidente Manuel Zelaya.

Hasta las *pandillas* se construyen en los Estados Unidos. Las *pandillas* nacieron en las prisiones de California y los barrios de Los Ángeles, hacia donde huyeron de la guerra civil, miles de exiliados salvadoreños. En 1992, al final del conflicto, se les deportó en masa; y 120 mil fueron expulsados entre 2001 y 2010. Y desde El Salvador, el cáncer de las pandillas se extendió rápidamente a Guatemala y Honduras.

Alexander Ruiz Dubón también aterrizó en Tijuana procedente de San Pedro Sula. Su madre Fanny, de treinta y cuatro años, vive con sus abuelos maternos en la colonia Suazo Córdoba. Todo en la habitación modesta habla de dolor: los retratos enmarcados en las paredes, la abuela que cabecea sobre una silla, los ojos tristes del pequeño Óscar, las lágrimas de Fanny. Una familia destruida: la madre de Fanny fue asesinada por su esposo; tres hermanos y el padre de Óscar asesinado por las maras.

“Alexander quería ir con la caravana en octubre”, cuenta Fanny. “Dijo que no quería hacerme sufrir, pero que en Estados Unidos tendría una vida mejor. El 18 de diciembre me llamó desde Tijuana. Te amo, me dijo, no te preocupes. Al día siguiente recibí este mensaje en mi teléfono celular: “Señora, estamos ayudándole a repatriar el cuerpo de su hijo. Por favor contáctenos, soy el abogado Gerardo Padilla”. Tenía sólo 16 años. En el cementerio, la tumba de Alexander está lista: un hueco de cemento gris junto a los de su abuela y tíos. Ha pasado más de un mes. Fanny todavía está esperando el cuerpo.

Viernes de Repubblica, 08/03/2019.





SEIS DÍAS EN EL INFIERNO

Basora, Irak, marzo 1991.

“¡Rápido, salgan del auto con las manos arriba!” Con los Kalashnikovs apuntando a nuestra espalda caminamos en una sola fila al borde de una carretera polvorienta hacia un vehículo blindado. Un capitán del ejército iraquí nos ordena sentarnos en el suelo mientras los soldados, después de habernos capturado, saquean nuestros *jeeps*.

Es domingo por la tarde de un 3 de marzo, a las puertas de Basora. Salí de la ciudad de Kuwait al alba, a bordo de un Toyota, con mis colegas Gabriella Simoni de Canal 5 y Lorenzo Bianchi de *Resto del Carlino*. Por refugiados indios y paquistaníes que vinieron a pie al emirato, hambrientos y heridos, supimos que la segunda ciudad de Irak, a orillas de Shatt al-Arab, había caído en manos de los rebeldes chiítas y que en todo el sur del país había una revuelta sangrienta en marcha. Noticias confusas y contradictorias que queríamos verificar acercándonos al área de combate.

Sabíamos que en el camino nos encontraríamos numerosos puntos de control. Pero estábamos acostumbrados a eso. En los dos meses que pasamos en el frente de guerra, desarrollamos estrategias para sortear los puntos

de control de la policía militar estadounidense, con la ayuda de una brújula y mapas detallados.

Acercándonos a Safwan, la frontera iraquí, se pinchó un neumático: el asfalto está literalmente cubierto de esquirlas de bombas y chatarra filosa. Decidimos atracar un *jeep* atascado en la arena, del cual desmontamos tres llantas que permanecían enteras. Proseguimos con cautela, en un escenario cada vez más inquietante y amenazante. A ambos lados de la carretera se veían tanques T-62 carbonizados y restos de edificios totalmente en el suelo. Sobre nuestras cabezas pasaban continuamente, a baja altura, escuadrones de helicópteros de ataque Cobra y Apache, que volaban hacia el Norte a baja altitud. Docenas de pozos petroleros incendiados arrojaban al cielo masas de gas y humo negro.

Los estadounidenses nos detienen a dos kilómetros de la frontera. “No pueden seguir: al pie de aquella colina se está llevando a cabo una reunión entre el general Schwarzkopf y los emisarios de Bagdad. Tienen que esperar”, nos dice un teniente de la Infantería de Marina. Tratamos de sortear el obstáculo tomando una carretera lateral que sigue la línea de la frontera, pero pasamos cerca de un pozo aún en llamas y el asfalto se pierde en el desierto: debimos regresar en el acto, las minas emergen de la arena.

Mientras tanto, otros *jeeps* con 20 reporteros llegaron al puesto de control. Los refugiados continúan llegando en pequeños grupos y nos cuentan. “En Basora, el ejército dispara a la población – dice un egipcio –. La ciudad está en revuelta: los chiítas mataron al gobernador, prendieron fuego a los retratos de Saddam y los reemplazaron por los de Ali, primo de Mahoma y fundador de su secta. Algunos departamentos del ejército regular – asegura un taxi-

sta iraquí — han hecho causa común con los insurgentes, que disponen también de artillería pesada y tanques. La sede del Partido Ba'ath y la jefatura de policía han sido atacados". Halim, un expatriado de Sri Lanka, capturado en Kuwait por las tropas de Saddam porque se negó a entregar sus pertenencias a los soldados, pide agua y habla con entusiasmo: "Me detuvieron en Basora. La otra noche la prisión fue atacada por rebeldes, que liberaron a los prisioneros. En la ciudad la situación es desesperada, no hay nada para comer, todas las tiendas han sido atacadas y vaciadas".

Alrededor de las dos de la tarde, finalmente, logramos superar el último punto de control Aliado. Cruzamos el puesto fronterizo controlado por Estados Unidos y entramos en territorio iraquí. El escenario es impresionante: cientos de vehículos militares destruidos y abandonados, heridos vagando sin rumbo envueltos en mantas y sábanas de lona, hombres con los uniformes hechos jirones y las botas rotas se calientan alrededor de hogueras de trapo y basura. Es la imagen de un ejército abatido, sin ruta, sin guía. Los soldados nos miran asombrados, algunos levantan los dedos en una señal incongruente de victoria: ¡estamos vivos!

Continuamos en la caravana durante unos 60 kilómetros sin encontrar obstáculos. En las casas de Zubair, una fortaleza chiíta a poca distancia de Basora, ondean las banderas verdes del Islam. Dos milicianos, con la cara oculta por la kafiya¹⁴ roja, levantan los brazos gritando:

14. Es un pañuelo tradicional de Oriente Medio y Arabia usado principalmente en Jordania, Palestina, Irak, Israel, Líbano, el sureste de Turquía y la península arábiga. Está hecho normalmente de algodón o lino para proteger la cabeza del frío, del sol y de la arena.

“¡Muerte a Saddam!” El éxodo de civiles, a pie, en bicicleta, en carros tirados por mulas, aumenta de repente. Y unos minutos después, cerca de un puente bombardeado ahora en la periferia de la ciudad, caemos en la maraña caótica de una brigada de maniobras iraquí blindada: unos 50 tanques están en posición sobre un dique de barro, algunos camiones bloquean la carretera y otros vehículos llegan por la parte posterior impidiendo que retrocedamos. Estamos atrapados.

Los soldados están nerviosos. Los morteros de 120 milímetros disparan en dirección a Basora. El capitán que recibe la solicitud espera órdenes e intenta, con poco éxito, calmar los ánimos y evitar el robo de cámaras y alimentos de nuestros automóviles. Después de aproximadamente media hora llegan otros oficiales: miembros del Partido y la Guardia Republicana. Conducen los *jeeps* y nos transportan a la ciudad. Al volante de mi Toyota se sienta un teniente en uniforme verde oliva y botas de cuero. Dice que se llama Sinan y es armenio. Me pregunta si soy cristiano. Respondiendo, esperando romper el hielo, que Dios es uno. Me lanza una mirada llena de desprecio y susurra: “¡Cállate, ni una palabra!”

Nuestro primer lugar de detención es la portería de la Universidad de Basora: somos 31, agazapados en dos habitaciones sin luz. Nada de beber ni de comer. Afuera es un infierno de fuego. Durante más de 20 horas consecutivas, hasta el lunes por la mañana, se dispararon cohetes y morteros de fabricación soviética a pocos metros de nuestra prisión, en los barrios de la ciudad. Durante la noche, dos granadas explotaron en la calle de enfrente: podemos ver a los soldados corriendo, disparando ametralladoras y cubriéndose detrás de una pared derrumbada. En la plaza,

frente a más de 100 civiles, con las manos atadas a la espalda, nos sientan con las piernas cruzadas bajo la supervisión de soldados armados con Kalashnikovs.

No podemos dormir: hace frío, las bolsas con nuestra ropa han desaparecido junto con los autos, el ruido de la artillería y los tanques en movimiento continúa hasta el amanecer. El cielo está atravesado por las bengalas. El centro de Basora está iluminado por el resplandor de dos fuegos y el relámpago de los cañones. A las 7:30 de la mañana del lunes 4 de marzo, un general de brigada de la Guardia Republicana llamado Khalil vino a encontrarse con nosotros. Soy el único de los prisioneros que habla árabe y mis colegas me delegan en el parlamento: el general nos informa que la situación en la ciudad es muy grave, que por razones de seguridad el ejército se ve obligado a retenernos. Solicito que nuestros nombres se transmitan a la Cruz Roja Internacional.

Alrededor del mediodía, somos transportados en un camión militar a una zona “más tranquila”, a doce kilómetros al sureste de Basora. Las escenas que vemos durante el trayecto nos hacen temer lo peor. La batalla se reanuda con extrema violencia y columnas de humo se elevan desde los edificios más altos. Toda la ciudad está rodeada de tanques y vehículos blindados con cañones y ametralladoras dirigidos a barrios civiles. Nos preocupa, sobre todo, la evidente indisciplina de las tropas, que aún no han podido penetrar en el centro urbano y parecen avanzar a la deriva. Los soldados atacan a un ciclista con una cesta de comida en el portaequipajes. Una botella de agua que un teniente nos había entregado desencadena una pelea entre nuestros escoltas: los insultos vuelan, uno de los guardias pone su mano en el arma, otros quitan los seguros a sus cargadores

de los Kalashnikovs. Un soldado se dirige a nosotros haciendo un guiño: “Terminarás como Bazoft” (el periodista del *Observer*, de Londres acusado de espionaje y ahorcado en Bagdad el año pasado).

Cruzamos la periferia sur de Basora. La ciudad está inundada: las bombas de los B-52 reventaron los diques de los pantanos que circundan el Shatt al-Arab. Filas de mujeres envueltas en el largo chador¹⁵ negro, seguidas de niños descalzos, deambulan por el pantano gigantesco en busca de agua potable, llevando sobre sus cabezas cubiertas los contenedores de plástico. Las alcantarillas explotan y el aire se impregna del olor a excremento. Entre los escombros de las casas y los montones de basura, los perros callejeros compiten por los restos de comida podrida. Las torres de energía eléctrica son derribadas. Soldados hambrientos excavan trincheras en el barro, quedan sumidos en hoyos inundados y se esfuerzan por dormir acurrucados contra las huellas de los vehículos blindados.

Nuestra nueva prisión es una construcción de un solo piso protegido, por sacos de arena en un campamento militar rodeado de ciénagas, donde hace unos años, durante la guerra con Irán, quedaba ubicada la primera línea del frente. Nuestro pequeño espacio son dos habitaciones comunicadas, sin mobiliario ni luz eléctrica. Alguien lo bautiza como Hotel California. Durante tres días y tres noches permanecemos encerrados, saliendo de tanto en tanto sólo para relajar los músculos entumecidos por el frío y la humedad, para lavarnos en los charcos, para observar el cielo aturdido que, de repente, el martes a primera hora

15. El chador es una prenda femenina típicamente iraní, consistente en una simple pieza de tela semicircular abierta por delante que se coloca sobre la cabeza, cubriendo todo el cuerpo salvo la cara.

de la tarde, se cubre de una inmensa nube color petróleo: "Está lloviendo negro — señala Chris Morris, fotógrafo de *Time*—. Son los pozos de Kuwait que continúan ardiendo".

Las condiciones higiénicas son pésimas: la única letrina está obstruida y tenemos que organizar equipos de excavadores que se turnan cada ocho horas. La comida es escasa: paquetes de pasta de 150 gramos — las raciones del ejército iraquí — y panes rancios. En cinco días se nos dan dos huevos duros por cabeza y cuatro porciones de pollo. Pero es más de lo que los propios soldados disponen. Algunos dicen que han ayunado durante más de 24 horas, y no ocultan su irritación por ser obligados a compartir con nosotros los pocos alimentos restantes.

Por la noche es difícil dormir, acostado en el piso con una sola manta, la lluvia filtrándose a través de las dos ventanas y una lámpara de queroseno que cuelga de un alambre y fumiga la habitación. Pero es en la noche, cuando el silencio es roto sólo por el lejano rugido de los cañones y los ladridos de los perros, que los guardias están más dispuestos a ofrecer un cigarrillo Sumer, a calentar un té dulce en una estufa de aceite, a contar sus historias. El teniente Jabar — barba descuidada y bufanda de camuflaje al cuello — trabaja en los departamentos especiales del ejército. "He participado en muchas batallas — dice —. En octubre de 1987 estaba con la septuagésima cuarta brigada: hicimos retroceder a los iraníes a la cima del monte Gardarash. Un asalto duró tres días, en medio de la nieve. He visto morir a 30 de mis compañeros. En Kuwait me quedé cuatro meses. Llegué aquí la semana pasada, a pie: 52 horas de marcha bajo las bombas, sin comer".

Shamil, Coronel de aviación, piloto de MIG, me hizo leer una carta escrita a lápiz por su hijo de nueve años, y

enviada desde Bagdad el día después del bombardeo del refugio antiaéreo donde pasó las noches con su familia. "Al menos sé que sobrevivió —dice el Coronel, secándose los ojos enrojecidos por las interminables vigilias en el frente—. Pero no he tenido noticias por más de un mes. Es una maldita guerra, una masacre inútil". Hashim, un kurdo de Kirkuk, estaba con las tropas en la línea del frente al sur de la ciudad de Kuwait: "Al llegar aquí pensé que estaba encontrando un ejército organizado. En cambio, la confusión es absoluta. La logística es inexistente. Las calles están rotas. Las comunicaciones son imposibles. Terminará en un baño de sangre: Saddam no puede dejar a Basora en manos de los chiítas, en una revuelta que toca incluso las ciudades sagradas de Karbala y Najaf. Sería su fin. No por casualidad nombró hoy ministro del Interior a Ali Hassan al-Majid, el hombre que masacró a los kurdos en Halabja con gas y que durante siete meses gobernó brutalmente Kuwait."

Aunque entre los soldados del ejército regular la moral es baja y los sentimientos de hostilidad contra el régimen son explícitos, los oficiales de la Guardia Republicana y de los Servicios Secretos que nos visitan todos los días insisten en criticarnos con las consignas habituales: "Nos hemos enfrentado al mundo entero. Irak se sacrificó por el pueblo palestino. En dos años estaremos listos para comenzar la guerra contra el sionismo y los traidores árabes". Pero mientras tanto, cuando el miércoles 6 de marzo, una vez más nos llevaban a la Universidad con la promesa de ser finalmente transportados a Bagdad, nos vemos en medio de un tiroteo de resultado incierto. Imposible continuar: debemos regresar rápidamente al Hotel California.

Pero la salida sólo se pospone por unas pocas horas. Al día siguiente, un autobús militar nos recoge y se dirige,

precedido por una camioneta, hacia otra sede de la Universidad en la zona norte de Basora. Las calles principales están casi desiertas: se vislumbran apenas las siluetas oscuras de las mujeres que se deslizan silenciosamente a lo largo de las paredes derruidas, con botes de plástico para el agua. Desde una batería móvil, dos cohetes salen disparados hacia los barrios orientales, seguidos de disparos de morteros y ráfagas de metralletas. Más adelante nos encontramos con un despliegue impresionante de tanques T-72 de la Guardia Republicana: unos 200 tanques y vehículos blindados, ubicados a 50 metros el uno del otro, los cañones apuntando a la ciudad. Dentro del Centro Informático de la Universidad de Basrah, un General del Estado Mayor nos saluda: "Ustedes son periodistas —dice—, sabemos que sólo intentan hacer su trabajo. Los helicópteros vienen ya para llevarlos a Bagdad".

El vuelo, a bordo de tres Hueys iraquíes con la insignia de la ONU, dura menos de tres horas, incluida una parada en un helipuerto militar para reabastecimiento de combustible. Desde las ventanas, a la luz de una calurosa puesta de sol, vemos los puentes destruidos en el Tigris y el Éufrates. Aterrizamos en una pista iluminada por los faros de algunos *jeeps* y somos apresados por un grupo enorme de agentes *mukhabarat*, los Servicios Secretos del Partido. El tratamiento que estamos experimentando es mucho más difícil: no hay agua ni comida (sus países —nos dicen— están hambreando a Iraq) y guardan silencio. Alrededor de la medianoche, junto con otra docena de reporteros capturados en Basora —y dos soldados estadounidenses— llegamos al centro de Bagdad.

La capital es una ciudad muerta, completamente oscura, sin agua, sin combustible, aparentemente deshabi-

tada. No se ven muchos edificios derrumbados, pero toda la infraestructura ha sido destruida: centrales eléctricas, fábricas, ministerios, refinerías. Hasta el día siguiente nos mantienen encerrados, bajo doble cerrojo, en una habitación helada del Hotel Diana, un pequeño albergue en la ribera del Tigris. Sé que la Cruz Roja ignora dónde estamos y desde la ventana envío un mensaje en árabe a un transeúnte: pocos minutos después, mi boleto está en manos de uno de nuestros guardias, quien me ordena que lo queme. Pero la liberación ahora está cerca.

En la noche del viernes 8 de marzo, nos entregan a los representantes del Comité Internacional de la Cruz Roja: ducha y comida caliente en Novotel, donde aún funciona uno de los generadores. Y a la primera luz del día siguiente, partida en autobús hacia Ammán, siempre escoltado por agentes del Servicio Secreto: 700 kilómetros hasta la frontera jordana a través del paisaje desolado de un país herido de muerte. Puntos de control, colas interminables frente a panaderías y estaciones de gas doméstico, edificios reducidos a esqueletos ennegrecidos, puentes colapsados, búnkeres pulverizados, el mercado en Fallujah — bombardeado por error por los Tornado ingleses — transformado en una pila de escombros, un enorme cráter.

En la frontera, entre la multitud de periodistas que esperan nuestra llegada, está el colega de *Panorama*, Corrado Incerti. Me abraza y me arrastra al teléfono de un pueblo cercano. La edición del periódico sigue abierta; tal vez podamos transmitir una exclusiva. Pero el viejo empleado de la oficina de correos me mira imperturbable y pronuncia la frase habitual e inexorable que he escuchado miles de veces durante los días de cautiverio: “¡Maafish! Bukhra, in-sh’Allah”. Nada que hacer. Tal vez mañana, si Dios quiere.

La masacre de Mutla Ridge

Un casco tirado sobre el asfalto y el cráter de una bomba en la carretera que conduce a la frontera iraquí, a 20 kilómetros al norte de la ciudad de Kuwait, son los primeros signos visibles de la masacre. Luego, tras una subida de arena cubierta de restos, aparece el escenario de la matanza: un inmenso exterminio de coches blindados y vehículos reducidos a chatarra informe; restos de un ejército en fuga atacado y destruido después de la proclamación del alto al fuego. Los bulldozers han abierto un pasaje en el que uno entra con extrema precaución, evitando los agujeros y los fragmentos de las granadas. En Mutla Ridge, las ratas del desierto inglés han eliminado cientos de cadáveres carbonizados. Pero el espectáculo, cuatro días después del final de la lucha, es todavía alucinante: tanques calcinados, autos destripados, camiones volcados, piezas de artillería y baterías antiaéreas abandonadas.

Uno entra en una maraña inextricable de chatarra retorcida, que incluye bombas sin explotar, máscaras anti gas y municiones. Fulminado en su asiento de conductor de un jeep soviético, un hombre electrocutado quedó convertido en un tizón ennegrecido, irreconocible, cuyos huesos del cráneo y algunos restos de carne quemada apenas se pueden adivinar. Al retirarse, los soldados iraquíes dejaron tras ellos un magro botín: muebles, mantas, zapatos y ropa tendidos en el suelo.

La ciudad de Kuwait ya había sido saqueada en los días y meses anteriores y ahora es una ciudad mutilada. El Palacio de Gobierno es un montón de escombros humeantes y lo que queda de los salones de recepción está cubierto por una capa de excremento. El Sheraton, el Marriott y el Meridien, los mejores hoteles de la capital, han sido bom-

bardeados e incendiados. Todas las tiendas han sido vaciadas y destruidas. Los hospitales y edificios públicos están desiertos. Las calles están llenas de casquillos y vidrios rotos. En los búnkeres y trincheras excavadas en la costa, entre los campos minados, los soldados en fuga dejaron granadas de mano y misiles antitanque. En los cruces se encuentran los cadáveres de los tanques y los puntos de control con ametralladoras apuntando. No hay luz eléctrica, los teléfonos no funcionan, el agua y la comida escasean.

En la capital fantasma, en las primeras noches de posguerra, el silencio es roto por los disparos de los kuwaitíes que celebran la liberación; la oscuridad absoluta se ilumina con el resplandor rojo de los disparos. Pero en la bodega de un pueblo en las afueras del sur, los hombres de la resistencia continúan trabajando; con la ayuda de un generador, lograron hacer funcionar un sofisticado sistema de comunicación por radio y computadora en los siete meses de ocupación iraquí. Desde esta estación clandestina, llegó a Occidente la escasa información sobre las atrocidades cometidas por las tropas de Saddam en el Emirato. Y es a las pantallas de estas terminales a donde llegan las solicitudes de los kuwaitíes exiliados que quieren saber qué pasó con sus familias.

Panorama, 24/03/1991





BUENOS DÍAS, BAGDAD

Bagdad, Irak, abril 2003.

Bagdad ha caído. “¡Khalas! ¡Khalas! ¡Se acabó! ¡Muerte a Saddam! ¡Muerte a Saddam!” En Jamila, en Khadumiya, en Kharrada, en los barrios populares, las personas liberadas de la pesadilla del dictador salieron a las calles a mostrar su rabia. Miles de mujeres, hombres y niños hambrientos asaltan almacenes del gobierno, saquean depósitos de arroz y harina; en *jeeps*, camionetas y carretas tiradas por caballos demacrados cargan refrigeradores, ventiladores, latas de aceite, combustible, televisores, paquetes de agua y refrescos, productos enlatados, barriles de lentejas y frijol. Nadie puede detenerlos. Los temidos matones del servicio de seguridad, los milicianos del Partido y la policía desaparecieron, los soldados se fugaron. Nadie da órdenes ya. El ejército abandonó los cuarteles, los búnkeres, las barricadas, los postes de sacos de arena alrededor de los edificios públicos y las oficinas del Baath.

Los soldados se quitan los uniformes y visten ropa de civil, confundiéndose con la masa de desplazados que se alejan a pie de las zonas de enfrentamiento: ancianos y niños con bultos a la espalda y mantas bajo los brazos que corren hacia los escasos autos disponibles o llaman a la puerta de las mezquitas. En los cruceros se ven restos carbonizados de vehículos blindados y tanques T-54 im-

pactados por los caza y los morteros; camiones y piezas de artillería abandonados bajo los puentes de los viaductos. Se escuchan todavía golpes aislados, rafagueos de ametralladoras y el estruendo de bombas y misiles que llueven desde un cielo lleno de arena y humo.

Alcanzo la columna estadounidense que avanza desde el sureste hacia el centro de la ciudad. Me acerco con cautela, agitando una sábana blanca. Repegándose en las paredes de los edificios donde la gente se asoma por las ventanas, las vanguardias avanzan a pie, apuntan las metralleras al techo, buscan francotiradores con binoculares. Detrás de ellos, 150 vehículos: tanques Abrams, vehículos de combate Bradley, Humvees, vehículos y anfibios blindados para el transporte de tropas.

—Soy periodista —grito levantando la cámara.

—Soy el sargento Dino Marino, Séptimo Regimiento Marino de 29 Palms, California —es la respuesta.

—¿Hay cerveza en el Hotel Palestina? Ahí es donde vamos. Sigo al batallón que avanza lentamente hacia la calle Samud. Algunos iraquíes salen al espacio abierto haciendo la señal de victoria con los dedos. Otros se suben a un panorámico y hacen pedazos una imagen de Saddam. A los lados del camino se forman grupos de niños, aplauden y saludan a gritos, pero la mayoría permanecen encerrados en casa o salen acaso a los balcones.

¿Cuándo te moviste hacia acá? —le pregunto al sargento srgento.

—Está mañana —responde.

—¿Encontraste resistencia?

—Nada importante: escaramuzas, algunas ráfagas de ametralladoras. Después de Kut, todo fue muy suave". La columna toma la avenida que conduce a Palestina y la multitud se hace más grande. Los autos hacen sonar el cla-

xón modo de saludo. El hotel de los periodistas es el objetivo, es la única franja de la capital que aún está fuera de control: todos saben que la batalla de Bagdad terminará cuando los marines pisen el hotel. Los Abrams entran en la plaza de la gran mezquita, rodean la colossal estatua del rais¹⁶ y se detienen frente al antiguo Meridien. Una escolta en actitud de batalla desciende de un tanque y sigue al comandante al vestíbulo del hotel. Ahora se acabó realmente. Son las 5 de la tarde del miércoles 9 de abril, hora de Bagdad. Menos de dos horas después, la estatua de bronce del rais está en el suelo, arrancada de su pedestal por el cable de acero de un vehículo blindado. El régimen de Saddam ha dejado de existir.

Corro a escribir estas líneas en la habitación 1603 de este hotel que se había convertido casi en una prisión. En el suelo de la terraza hay una videocámara carbonizada. Las ventanas están rotas, las astillas están en todas partes.

Parece que ha pasado mucho tiempo, pero fue apenas ayer por la mañana. Estaba apoyado contra ese balcón: una posición óptima para observar los tanques de la Tercera División de Infantería que habían llegado a las orillas del Tigris. Después de una noche insomne por los bombardeos, vi que los tanques se abrían paso a cañonazos entre las palmeras del gran jardín del Palacio Presidencial, sobre la orilla derecha del río, mientras que desde los diques los soldados de Saddam huían hacia la ciudad desierta. Vi los tornados y los F-14 descender en picada sobre los objetivos, el fuego sofocante, la nube blanca que se elevaba entre los escombros. Podía escuchar el silbido de las granadas que pasaban cerca de nosotros, los choques de explosiones,

16. En el mundo árabe, la palabra designa a los gobernantes, dignatarios o al presidente de un país. (N. del T.)

el fuego antiaéreo y el crepitante seco de las ametralladoras. Los cazas A-10 Warthog bombardearon el Ministerio de Planificación con racimos de balas de alta penetración, unos seis mil disparos por minuto. Dos apaches sobrevolaron a baja altitud sobre un vecindario al sureste, en dirección a la calle Kharrada, y pusieron en la mira de los misiles Hellfire al complejo que alberga un comando de la Guardia Republicana. Recién llegaba la noticia de que Tareq, un colega jordano, había muerto: estaba filmando los combates cerca del puente Jumhuriya cuando la sede de al-Jazeera, la televisión para la que trabajaba, fue alcanzada por un misil estadounidense. Un error, comentó el Pentágono.

Era casi mediodía. Encendí el teléfono satelital y estaba hablando con mi hijo Francesco, de siete años. De repente una granada golpeó el departamento de abajo. Un rugido, humo negro y fragmentos de fuego bajo mis pies. Caí de espaldas. Por algunos segundos perdí la audición, una vibración sorda resonó en mis tímpanos. Salí corriendo y bajé las escaleras, dieciséis pisos en la oscuridad pensando que la muerte me había tocado: dos metros más arriba y la bala me habría golpeado.

La pequeña terraza me protegió, pero en las otras habitaciones fue una masacre. Una astilla destripó a Taras Protsyuk, el joven fotógrafo polaco de *Reuters*. Murió al instante. José Couso, el camarógrafo español de Telecinco, respirando y todavía consciente, tenía una pierna y la mandíbula fracturadas, y heridas profundas en el pecho y el cuello. Murió tres horas después, durante las maniobras del cirujano, en el hospital an-Nafis. Fue un tanque estadounidense, admitió el Pentágono. Los marinos creyeron ver francotiradores y “hombres con binoculares” observando sus movimientos desde el hotel. Pero eran objeti-

vo de los periodistas. 12 reporteros han perdido la vida a manos de iraquíes o fuego amigo desde el comienzo de la campaña militar.

Incluso Palestina, que creíamos el lugar más seguro para quedarse, se había convertido en un objetivo. Para el martes, la lúgubre atmósfera del hotel de los enviados se había vuelto más grave. John, un colega y amigo de José, había logrado hacer su transmisión televisiva en vivo y sin llorar, rodeado y apoyado por periodistas españoles y mexicanos: encendimos velas en el mostrador de madera donde se apilaban las computadoras y los teléfonos de Telecinco.

Pero la máquina de información se puso en marcha nuevamente. Las cámaras y las luces de cuarzo de las estaciones de televisión se reavivaron en el jardín y en la terraza del hotel, donde están instaladas las parabólicas y las antenas. Pero ahora los fotógrafos y operadores usan chalecos antibalas y sólo unos pocos se aventuran en las calles de la ciudad. Bagdad ha caído, pero las pandillas de Fedaiyn armadas con *rolling plays* y Kalashnikovs siguen en las azoteas de las casas. Y en muchos barrios los marines no han consolidado sus posiciones. Ahora los tanques estadounidenses rodean el hotel. Los espías del Ministerio de Información, los agentes del *mukhabarat* que caminaban por los pasillos con la pistola al cinturón, los secuaces del régimen que durante meses nos persiguieron y robaron, desaparecieron en el aire. Sólo permanecen los vendedores de cigarrillos y refrescos al tiempo, el antiguo puesto de té de Khuteiba, la shisha y el café amargo de Karim, y el pequeño Hasan, con su caja de lustrabotas.

Teníamos los nervios hechos pedazos: durante tres semanas siempre estuvimos bajo las bombas. Regresamos

a nuestra madriguera muy entrada la noche, con la esperanza de poder descansar unas horas: nos levantamos de la cama cuando los golpes se volvieron ensordecedores, cuando las ventanas y las paredes temblaban con las ondas expansivas. Tal vez podamos dormir esta noche. Una capa de polvo amarillento lo cubre todo: las computadoras, las cajas de alimentos casi vacías, los cargadores conectados a un generador, las baterías que se enredan en la alfombra carcomida, las sábanas y toallas que ya no fueron cambiadas. No hay luz ni agua corriente para bañarse. Lavamos la ropa en el lavabo del baño y freímos los huevos en una estufa de gas.

Nada en Palestina recuerda al suntuoso Meridien de los años 80. Y el deterioro del hotel parece reflejar el de la ciudad. Los ascensores no funcionan y el hedor húmedo de la basura y los desagües obstruidos se estanca en las escaleras. El restaurante Orient Express sólo sirve arroz frío y pierna y muslos de pollo. En el *lobby* han cesado las imágenes televisivas de Saddam, los llamamientos de generales e *imanes* a la guerra santa y los himnos patéticos al “padre de todas las victorias”: la radio y la televisión han sido bombardeados. En el bar Aladdin, inmerso en una sombría penumbra, los camareros han desaparecido y un niño, hijo de un jerarca refugiado en el hotel, golpea las teclas olvidadas de un piano de cola.

Afuera, flota en el aire un olor acre a diésel y metal fundido, descomposición de desechos y excrementos flota en el aire. La farmacia en Piazza Nasser es el único negocio abierto: vende Valium al mayoreo. Se escuchan disparos, ametralladoras y cañonazos, pero es imposible indentificar en qué dirección. Las ambulancias se dirigen a toda velocidad a hospitales que reciben hasta 100 heridos

cada hora, se quedan sin medicamentos y funcionan sólo gracias a un generador eléctrico. En una calle próxima a la mezquita, Gailani se encontró a hombres que vagaban sin rumbo: enfermos mentales fugados de un hospital psiquiátrico. En Khadumiya veo docenas de cadáveres en las cámaras frigoríficas de la morgue: muchas mujeres, recién nacidos, muchos niños pequeños con tenis como los de mi hijo Francesco. Bagdad ha caído. Quizás en los próximos días los marines puedan encontrar a Saddam, vivo o muerto. Quizás también encuentren las imaginarias armas de destrucción masiva de su ejército de opereta. Pero para los millones de desplazados, niños desnutridos, soldados a la deriva, jóvenes sin futuro en este país devastado por las bombas, la guerra apenas comienza.

Panorama, 17/04/2003





SANGRE Y NARCOS

Acapulco, México, noviembre 2016.

El sicario es un chavo cualquiera, sudadera gris, nuca afeitada y tenis. Sale de un rincón oscuro de la calle Urdaneta tras otro muchacho de bermudas florales y camiseta, de unos veintitantes años; un golpe le revienta la cabeza. El sicario se acomoda la pistola en la pretina del pantalón, tira una hoja de papel en la acera y se va sin prisa hacia las luces de la Costera, el paseo marítimo de Acapulco.

Los primeros en llegar son los policías federales, seguidos de los marines y el servicio médico forense. Cierran la escena del crimen con cintas de plástico amarillas, fotografían el cadáver, buscan balas, examinan la *narcomanta*, el mensaje que dejó el asesino. Las luces intermitentes de los aviones militares, rojas y azules, agigantan sobre las casas las sombras de la escena forense. Colocan el cadáver en la camilla y lo cargan en una furgoneta: si nadie se presenta en la morgue para reclamar el cuerpo, terminará junto con otras docenas de cadáveres sin nombre en las fosas comunes del cementerio de El Palmar, en las alturas de la cordillera de Guerrero.

En un instante, policías y soldados desaparecen. Desaparecen también los destellos rojos y azules en la noche.

La sangre se seca sobre el asfalto caliente y el camino está desierto. Debo alcanzar la Costera. Camino rápido, volteando a cada momento para vigilar el avance sospechoso de un automóvil, el golpeteo de pasos imaginarios en la oscuridad. Cuando abordo el autobús psicodélico que recorre la Costera Miguel Alemán con la música a todo volumen, suena el teléfono. Es Paco, fotoperiodista del periódico *El Sur*:

- “Hola, ¿qué pasó?”
- “Dos muertos en la colonia Zapata”.

Los sicarios atacan por todas partes: en los bares y discotecas del centro; en las periferias marginales de la zona urbana; en restaurantes y centros comerciales. Mantan al servicio de los narcos: a quienes se niegan a pagar piso los secuestran y matan, tiran sus cabezas en los estacionamientos de los supermercados. Disparan en la playa y huyen a bordo de motos acuáticas. Despedazan a niñas de 15 años cuyos restos emergen en basureros y *fosas clandestinas* de los barrios populares.

Un paraíso tropical sometido por el infierno de la violencia. Las glorias de los años 50 y 60 son postales deslavadas de una época irremediablemente muerta: John F. Kennedy y su esposa Jacqueline en su luna de miel en la “perla del Pacífico”, Elvis Presley en la película *El ídolo de Acapulco*, el festival internacional de cine, las villas con vista a la bahía para el *jet set* hollywoodense, los hoteles de cinco estrellas que compiten por Marilyn Monroe, Liz Taylor y Johnny Weissmüller.

Con 804 asesinatos registrados en los primeros 10 meses de 2016, Acapulco es hoy la ciudad más violenta de México y una de las más violentas del mundo. En la *nota roja* de los periódicos se extiende todos los días un siniestro inventario del horror. Los postes de luz, los troncos de los

árboles y los escaparates en los negocios están forrados con fotos de los desaparecidos. Las escuelas están vigiladas por soldados en posición de guerra. Y las cámaras frigoríficas de la morgue no alcanzan para almacenar los cuerpos de las víctimas.

La fallida guerra contra el narcotráfico, declarada por el presidente Felipe Calderón en 2006, terminó con un balance de 150 mil muertos y 30 mil desaparecidos. Y con su sucesor, Enrique Peña Nieto, la situación empeoró: De 2012 a junio de 2016, según el último informe de la Policía Federal, los asesinatos relacionados con el crimen organizado fueron más de 43 mil. La lista de los “narcoestados” de la federación sigue creciendo: Tamaulipas, Nuevo León, Chihuahua, Durango, Sinaloa, Baja California, Jalisco, Michoacán, Veracruz. Y en primer lugar, Guerrero, el estado en el que Acapulco es la ciudad principal, donde la masacre bárbara en septiembre de 2014 de 43 estudiantes de la Escuela Rural Normal Raúl Isidro Burgos, en el pueblo de Ayotzinapa, reveló al mundo lo que los mexicanos conocen desde la infancia: la convivencia entre los carteles de la droga, la policía y el ejército; la complicidad de los políticos y los administradores locales; la impunidad absoluta de los asesinos y sus patrones; la corrupción que invade cada esfera social hasta los niveles más altos de las magistraturas, el gobierno federal y las instituciones estatales.

Pero las estadísticas, por alucinantes que parezcan, no ayudan a entender. Es mejor salir a recorrer los empinados senderos de la colonia El Jardín, al norte de Acapulco, donde Margarita vive encerrada, en su dolor y en una choza de madera y techo de zinc con vista sobre el barrio. Margarita, de 70 años, ocho hijos de quién sabe quién, vive sola con un nieto. “Todos se han ido, incluso la madre de

Brian —dice—. Aquí es imposible quedarse. Hay asesinatos, secuestros, robos, tráfico de drogas. Cuando llevo a Brian a la escuela debo tener cuidado. Y por la noche no duermo sin tranquilizantes". Margarita no sabe por qué el año pasado los sicarios mataron a su hijo Luis, de 21 años; y menos por qué, el 2 de febrero, "levantaron" a Miki, de 29, que acababa de encontrar un trabajo precario. "Recoger la basura en el mercado municipal. La estaba vendiendo, tal vez eso molestó a alguien".

¿Cuánto dolor pueden expresar los ojos de una madre que ha perdido dos hijos? Más abajo, en una casa de concreto sin agua ni alcantarillado, me siento frente a Tommi, de 55 años, casada a los 14 y divorciada. Tommi tuvo cuatro hijos, dos niños y dos niñas. "Sólo me quedan las dos chicas. El primero se llamaba Florentino. Tenía 37 años cuando lo mataron en un tiroteo en un autobús, a las tres de la tarde del 14 de agosto de 2013. El otro, Hugo Luis, *Pinky*, de 26 años, vinieron a buscarlo aquí. Dormía en la hamaca. Le dispararon en la cabeza. Era septiembre de 2014 y desde entonces no me he ido de casa. Ni siquiera a la iglesia, no quiero vivir más. Mis muchachos ... ¡Nunca regresáran los niños!" El dolor de Tommi no es parte del cálculo de los "muertos" ni del "daño colateral".

Las estadísticas no hablan de Mauricio Galeana Solís, 22, página de Facebook "Amigos de Mau por un día sin dolor". Lo veo en un café del zócalo de Acapulco: su madre empuja la silla de ruedas. "Estaba con mi novia en una plaza del centro, buscando un restaurante, en mayo del año pasado —dice con una sonrisa angelical que es aterradora—. Fue un soldado quien disparó: perseguían a un capo hospedado en el Hotel Emporio. Me golpeó una bala perdida que dañó los nervios de la columna vertebral". Un

mes en terapia intensiva, cuatro meses en el hospital, nueve operaciones en un año, extracción de un riñón, diálisis, colostomía. Pero Mauricio, que es muy creyente, no se da por vencido. "Perdí el uso de mis piernas, no controlo los esfínteres, soporto los dolores con morfina y con la ayuda de un estimulador implantado en el hombro que a mi familia le ha costado una fortuna: envía al cerebro impulsos eléctricos para calmar el dolor. Pero sigo luchando, voy a la universidad, hago fisioterapia. No me rendiré."

Mario Santana, taxista en la colonia La Cima, le va peor. "Era la mañana del 30 de agosto y estaba en un estacionamiento en el mercado —dice su sobrina Deydra, una joven abogada que trabaja para Cáritas—. Dos jóvenes sin casco se acercaron en una motocicleta y le dispararon en la cabeza. No murió de inmediato. Lo transportamos al hospital del barrio, una clínica privada donde aceptaron 20 mil pesos para ingresarlo. Los conseguimos, pero para operarlo nos pidieron otros 30 mil pesos y tres bolsas de plasma que compramos en el banco de sangre y tres más que tuvimos que comprar después de la cirugía. Pero mi tío empeoraba. A las dos de la mañana lo trasladamos en ambulancia al hospital público de Renacimiento. Murió al mediodía. Dejó una esposa y cuatro hijos. Ni siquiera presentamnos una denuncia: sabemos que no sirve de nada".

¿Cuánto vale una vida en Acapulco? "40 pesos, un par de dólares —dice el padre Bolmaro Hérnández, de la iglesia del Sagrado Corazón, en el céntrico barrio de Costa Azul—. Es la cuota que tenía que pagar el vendedor de tortillas que mataron la semana pasada frente a mi iglesia."

Al atardecer, cuando el cielo se tiñe con los colores del trópico, me encamino por la Costera. El mar es ape-

nas visible detrás del gran muro de cemento que hacen hoteles y condominios, fruto de la especulación de los 70, una época de turismo de masas, la urbanización salvaje, la explosión demográfica en las colonias periféricas, la propagación de drogas: cocaína, crack, anfetaminas. Ahora, los pocos turistas extranjeros son ancianos estadounidenses jubilados, *babyboomers* nostálgicos del Acapulco de antaño. Los hoteles están medio vacíos y ofrecen precios de ganga a los *chilangos*, los mexicanos de la capital federal que llegan el fin de semana.

Los cruceros atracan cada vez más en el puerto. Miles de tiendas y negocios, estrangulados por la extorsión, han cerrado. La “zona rosa” de la Condesa, con sus luminosos clubes nocturnos y discotecas, el monumento a la Coca Cola, bares de prostitutas y signos patéticos de restaurantes baratos (El Pirata, La langosta que ríe, La bella Italia), revive sólo los fines de semana. Pero la música más popular son los *narcocorridos*, canciones que celebran las hazañas de asesinos y narcotraficantes. Y el whisky más popular es el Buchanan’s, el favorito de los narcos.

La administración municipal se esfuerza por promover la imagen de una ciudad segura. Pero ni siquiera la presencia de un batallón del ejército y seis cuerpos policiales (turístico, municipal, estatal, federal, ministerial y gendarmería), que patrullan la playa y las calles del centro, organizan puestos de control, guardan bancos y casinos, logra detener la mano de los *sicarios*. En una semana, un sicario de medio pelo puede embolsarse hasta 300 dólares.

Guerrero es el Afganistán de México: los campos de amapola de la sierra alta producen el 98 por ciento de la producción nacional de opio y Acapulco es el principal centro de tráfico de opiáceos a los Estados Unidos, don-

de el consumo de heroína y las muertes por sobredosis en el último año (47 mil sólo en 2014) ha aumentado exponencialmente. Guerrero es también terreno ideal para el crimen organizado: montañas inaccesibles, una cultura ancestral de la violencia, una población empobrecida y un sistema político corrupto.

Durante mucho tiempo, la *plaza* de Acapulco fue administrada –con la protección del ejército y los gobernantes locales– por el cártel de los Beltrán-Leyva y por Joaquín *El Chapo* Guzmán, jefe del cártel de Sinaloa. Los asesinatos no superaron los 300 al año y la violencia contra civiles se mantuvo contenida. Pero con el asesinato en 2009 de Arturo Beltrán-Leyva, el arresto de su hermano Carlos, del traficante Édgar Valdez Villarreal *La Barbie* y luego de *El Chapo* Guzmán, la precaria tregua se rompió, allanando el camino para docenas de pandillas criminales cada vez más brutales y fuera de control: CIDA (Cártel Independiente de Acapulco), Jalisco Nueva Generación, de Nemesio Oseguera Cervantes *El Mencho*, Los Rojos, El Comando del Diablo, La Familia Michoacana, Los Caballeros Templarios, La Barredora y otros numerosos grupos –unos 50– que luchan por quedarse con el lucrativo negocio de las drogas, la extorsión, los *levantones* y el secuestro.

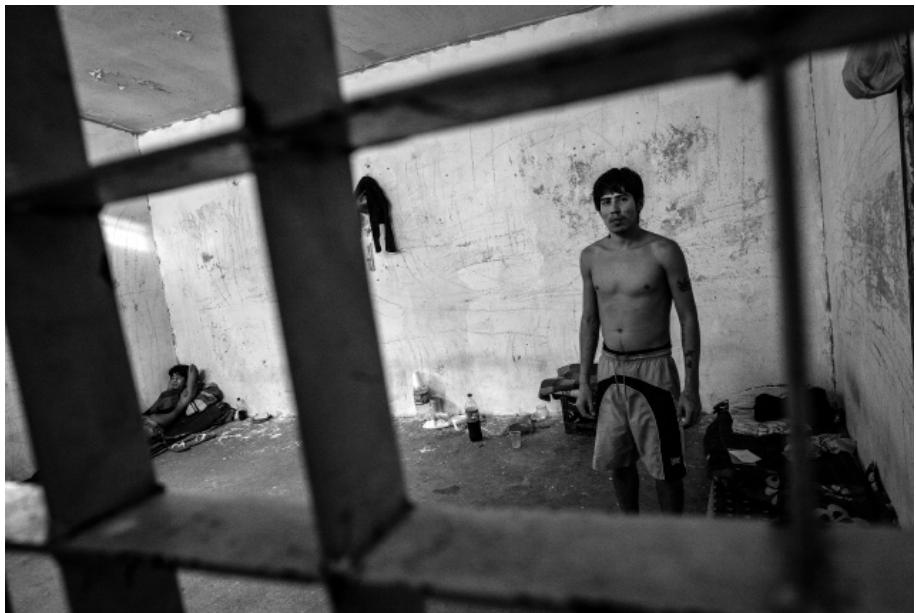
Los *cuerno de chivo*, Kalashnikovs, derriban lo mismo a altos funcionarios, como el jefe de policía de Guerrero, Tomás Hernández Martínez –asesinado el 20 de septiembre con su esposa – que a personas pobres, como el hijo de Inés, de la colonia La Laja, quien agradece a Dios porque su muchacho no estaba descuartizado y pudo enterrarlo con la cabeza en el cuello. En los pueblos de la sierra, para garantizar un mínimo de seguridad, se crearon los grupos de autodefensa. En La Concepción, una población rural, 600

personas a lo largo del río Papagayo constituyen la CRAC, Coordinación Regional de las Autoridades Comunitarias: forman patrullas, rondas nocturnas, puestos de control. En Xaltianguis, un pueblo de 17 mil habitantes, están los milicianos de FUSDEG, Frente Unido para la Seguridad y el Desarrollo del Estado de Guerrero, armados con machetes, pistolas, viejos fusiles M-1 y ametralladoras Uzi. “Nadie entra aquí —asegura el comandante Carlos mientras me escolta a la prisión donde languidecen dos prisioneros—. Los que lo intentaron pagaron caro. Al principio hubo crímenes, robos, asaltos con armas pesadas. Xaltianguis era un pueblo fantasma y aquí está lleno de fosas comunes. Desde que hemos estado vigilando el área, sólo ha habido dos ataques. Es simple: si vemos un sospechoso que corre, lo perseguimos y lo matamos”.

Lo que Carlos no dice es que incluso las milicias paramilitares han comenzado a combatir entre sí. El 15 de octubre, el comandante del FUSDEG, Julio Alarcón, fue asesinado en Chilpancingo por sicarios de un grupo rival. Y hay quienes sostienen que el motivo del asesinato es siempre el mismo: la guerra por el control del río de heroína que desciende desde las montañas, por el valle, hasta las doradas playas de Acapulco.

Viernes de Repubblica, 25/11/2016





GENOCIDIO SIN TESTIGOS

Monte Nuba, Sudán, abril 1997.

“Charlie-5”, el punto convenido para el aterrizaje, es una franja de arena barrida por el viento en la depresión entre dos colinas. Una pista clandestina, protegida temporalmente de los aviones antiaéreos y helicópteros del ejército sudanés, que tienen la orden de derribar todos los aviones que se aproximan sin previo aviso. El piloto colombiano al mando de Betsy, un DC-3 Dakota clase 1945 con el fuselaje maltratado y los motores perdiendo aceite, anuncia que tenemos menos de media hora para poner la carga en el suelo: cajas de medicamentos, herramientas, bolsas de semillas para la gente de la montaña, *djebel* color ocre que se eleva solitaria desde las interminables llanuras y pantanos del Sudd. Hombres armados con ametralladoras y Kalashnikovs, guías y cargadores, forman una columna silenciosa que se pone inmediatamente en movimiento bajo un sol plomizo: no hay carreteras ni medios de transporte. El camino serpentea a través de los arbustos espinosos de la sabana, cruza el lecho reseco de los ríos, trepa entre las rocas pulidas por las *habub*, ese viento seco y arenoso del desierto. Es la tierra de los nuba.

Una tierra aislada, asediada, minada, devastada por los bombardeos, prohibida a las organizaciones humanitarias, la Cruz Roja, la ONU, la prensa internacional. Una tierra donde tiene lugar un genocidio que se consume lejos

de las cámaras de la CNN y, por lo tanto, para el mundo, no existe.

Casi dos millones de nubas viven en el sur de Kordofán: 52 tribus que hablan tantos dialectos, profesan diferentes religiones —musulmanes, cristianos, animistas—, tienen diferentes culturas y tradiciones. Son descendientes de esclavos fugitivos de las caravanas que durante siglos han llevado el “marfil negro” desde el corazón de África hasta las costas del Mar Rojo. Charles Gordon, gobernador británico de Sudán, estimó que entre 1875 y 1879 se vendieron más de 100 mil esclavos en los emporios árabes del Norte. Y Romolo Gessi, el explorador milanés que en nombre de Gordon Pascià persiguió y derrotó a Suleiman, el traficante más poderoso del Bahr el-Ghazal en nombre de Gordon, liberó a 10 mil prisioneros en un día. Muchos fueron a refugiarse en las montañas, fortalezas naturales donde incluso hoy el enemigo no se atreve a aventurarse.

Despreciados por los árabes y por los grupos étnicos islamizados del norte, discriminados por la administración anglo-egipcia, los nuba —después de la independencia de Sudán en 1956— vieron cómo se confiscaban las llanuras cultivables y las mejores zonas de pastoreo. Pero fue en 1986, con el advenimiento del régimen fundamentalista en Jartum, que comenzó una campaña sistemática de exterminio. El gobierno sudanés arma a los Baggaras, ganaderos nómadas, ex esclavistas y cuatreros, y los apoya con milicias islámicas y con el ejército en operaciones de limpieza étnica.

“En julio de 1987 —dice Yusuf Kuwa, un ex maestro, ex diputado, líder político y militar de los nuba— dirigí el primer batallón de partisanos en las montañas. Teníamos escasos medios y pocas municiones, y no teníamos rutas de acceso terrestre a las áreas liberadas, donde viven 350

mil agricultores hambrientos bajo la amenaza constante de los Antonovs, que lanzaban bombas de fragmentación e incendiarias. Pero estamos decididos a resistir: nunca más seremos esclavos”.

Las guerrillas de nuba están enmarcadas en el SPLA (Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán, por sus siglas en inglés), movimiento armado del coronel John Garang, que durante décadas ha estado luchando por la independencia del Sur, de mayoría cristiana y animista: una guerra que ya ha costado un millón de muertos y dos millones de desplazados, y en las últimas semanas se ha acercado peligrosamente a Juba, la capital del sur de Sudán. En el gran juego geopolítico de África, la junta fundamentalista en Jartum está cada vez más aislada: Estados Unidos acusa al presidente, general Omar al-Beshir, y a la eminencia gris del régimen, Hassan al-Turabi, de entrenar y financiar a terroristas islámicos en Argelia, en Egipto, en la península arábiga y en el Cuerno de África. Y una “ayuda humanitaria” estadounidense de 20 millones de dólares en Eritrea, Etiopía y Uganda ha permitido al SPLA comprar armas, municiones y combustible para una nueva ofensiva, aún en curso, en el Sur y Este del país.

Pero la revuelta de los nuba representa una amenaza aún más radical para Jartum. Las montañas del sur de Kordofán son la cresta étnica, lingüística y religiosa entre dos civilizaciones que siempre han estado en conflicto: la árabe-islámica y la africana. Una frontera cultural incandescente creada por la intolerable presencia de musulmanes que se niegan a someterse a las autoridades sudanesas y que se resisten, junto con los cristianos, a cualquier intento de asimilación forzada. Los nuba deben desaparecer antes de que la infección se extienda hacia el Norte y alcan-

ce la capital. Los nuba son infieles; sus montañas, una *dar al-harb*: territorio de guerra.

La línea del frente, invisible, es un bosque de mangos y árboles de nin en la llanura desierta que rodea Kalkada, un pueblo abandonado: chozas de caña llenas de piedra y barro; cráneos y huesos humanos en las ruinas calcinadas, la escuela y la mezquita destruidas por las bombas. Por la noche, el camino iluminado por la luna, los hirsutos perfiles de las ceibas contra el cielo estrellado mientras las colinas arden: los campesinos queman el rastrojo, si llueve podrán sembrar.

Es una guerra de movimientos, acechanzas y emboscadas: la guarnición de Mendi está a sólo cinco kilómetros de distancia. "Los soldados —explica el iman Abud Hammad, líder espiritual y militar de la zona— siempre atacan al alba. Llegan en grupos de 100 o 200 soldados armados con ametralladoras y bazucas, prenden fuego a los tukuls, disparan contra civiles, atracan ganado, saquean graneros, secuestran mujeres y niños. Mi madre y mi esposa murieron en una redada: aquí en Kalkada, más de 500 musulmanes fueron asesinados. Los soldados profanaron la Mezquita, robaron el *zakat*, robaron las limosnas para los pobres e incluso quemaron todas las copias de *El Corán*".

En 1992, el gobierno sudanés declaró la *jihad* —su guerra santa— en las montañas nuba y publicó una *fatwa* —decreto religioso— que dice: "Un musulmán que se une a los rebeldes es un apóstata; un no musulmán es un incrédulo que se opone a la expansión del Islam. Y el Islam te permite matarlos a ambos".

Miles de nuba fueron masacrados o hechos prisioneros, se destruyeron docenas de iglesias y mezquitas, católicas e *imanes* asesinados a sangre fría, huérfanos de 10 o 12 años obligados a tomar los Kalashnikovs, un pueblo en-

tero atrincherado en alturas inaccesibles. Muchos se refugian en cuevas: familias de 20 personas viven en cuevas oscuras y húmedas, a horas de la reserva de agua más cercana. Desde el amanecer hasta el anochecer, largas procesiones de mujeres acarrean sobre su cabeza el agua sacada de pozos excavados en el lecho del río: un líquido amarillento y fangoso, transportado celosamente en cántaros, que se usa para cocinar raíces y algunas leguminosas. Pero sobre todo para amasar la kisra, la sémola de sorgo, dieta básica de los nuba, y para fermentar la *merissa*, su cerveza tradicional de cereales.

La destrucción de los cultivos es una parte integral de la estrategia de Jartum, cuyo objetivo es debilitar la resistencia física del pueblo *djebel*. La propaganda oficial invita a los nubas a abandonar la miserable vida de las montañas controladas por el SPLA y a presentarse espontáneamente en los “campamentos de paz” establecidos en las guarniciones militares.

Gazira Ibrahim, de 23 años, y su hermana Aisha, de 20, se encontraron con el campamento Mendi. “Era el mes de julio y estábamos sembrando el *sim sim* del que se hace el aceite — cuenta Gazira —. Los soldados nos capturaron y nos llevaron a Mendi. Nos hicieron trabajar como esclavos todo el día. Pero por la noche fue peor: nos arrastraron a sus barracas y nos violaron, muchas veces, hasta la mañana. También lo hicieron con chicas. No podíamos negarnos: nos golpearon con pistolas, nos ataron las manos, apagaron cigarrillos en nuestros brazos y piernas. Una mujer y una niña murieron torturadas: cuando duermo puedo verlas, las escucho gritar. Después de un mes logramos escapar, era peligroso, podían dispararnos, pero pensé que era mejor morir. En el campo, casi todas quedan embarazadas; después ya no intentan regresar a casa”. La violación se

usa como instrumento de genocidio para alterar la identidad genética y social de los nuba, creando una generación de niños que no pertenece al clan materno.

A los hombres se les reserva un trato igual de duro. Salah Ali, de 18 años, campesino, muestra las cicatrices en sus rodillas: "Para hacerme confesar que era guerrillero usaron un hierro ardiendo. Los cristianos no podían rezar; los más jóvenes fueron enviados a campos especiales de reeducación para estudiar *El Corán*. A mí me tocó un centro de entrenamiento de la Fuerza de Defensa Popular y luego me vi obligado a participar en el saqueo de mi pueblo. Durante una gira de reconocimiento escapé y entregué mi arma al SPLA".

Hay niños que desaparecen sin dejar rastro: son absorbidos por la infame trata de esclavos, denunciada en varias ocasiones por la Internacional Contra la Esclavitud (ASI) de Londres, que estima al menos en 20 mil personas sudanesas compradas y vendidas por intermediarios árabes, obligados al trabajo forzado en haciendas agrícolas del Centro y Norte, transferidos en camión a Libia o embarcados desde el Puerto de Sudán hacia Arabia Saudita. En los mercados de Equatoria y Bahr el-Ghazal, el precio de un esclavo varía entre 10 y 100 dólares, pero puede intercambiarse por dos vacas. Algunos logran escapar y deambulan durante meses comiendo frutos silvestres antes de encontrar el camino a su pueblo.

El domingo de Pascua el padre Kizito Sesana, un misionero comboniano, celebra la misa en la pequeña iglesia de Ndrave: un techo de paja, un altar de piedra y una granada de mortero de 120 milímetros como campana. Descienden cientos de personas desde las colinas, vienen a bautizarse cantando las canciones de la sabana: los más jóvenes nunca han visto a un hombre blanco. Por la noche, después de las competiciones de lucha y los bailes al ritmo

obsesivo de los tambores de piel de cabra, se escuchan historias en las cabañas. Los destellos de una brasa permiten vislumbrar una olla ennegrecida, cubos de plástico y latas; los senos planos y consumados de una vieja con ojos niña.

Ndrave fue atacado por soldados. "Sucedió la semana pasada, a las cinco de la mañana —explica el subcomandante Ibrahim Osman—. Bombardearon con obuses de grueso calibre: tenían más de 600, incendiaron casas y secuestraron a una niña. Pudimos repelerlos y matar a una docena".

Poco antes del amanecer, se escuchaban ráfagas de ametralladoras y morteros. Otra incursión en el lado de Heiban, a un par de horas en coche.

"Vegetamos en un estado de perpetua inseguridad, la gente tiene miedo, se esconde, está exhausta". Quien habla es Baruk Musa Arad, director de la escuela Kauda, construida por los ingleses en 1937 y medio destruida por las bombas en una batalla de un mes. "Tenemos mil estudiantes de cuatro a 16 años y sólo seis maestros. Nos falta todo: pizarras, tizas, libros, escritorios. Lápices y cuadernos, cuando nos llegan, se cortan por la mitad. Los niños se sientan en piedras o troncos de árboles. Algunos tienen que caminar dos horas para llegar a la escuela."

Muchos niños están completamente desnudos y se defienden del frío y los insectos embarrándose de ceniza. Los adultos usan jirones de camisetas, túnicas o pantalonetillas de trapo o algodón crudo: sólo en el porte orgulloso, el paso ligero y la asombrosa rapidez de los gestos, recuerdan a los poderosos luchadores que se hicieron famosos por las fotografías de George Rodger y Leni Riefenstahl.

En las montañas Nuba no hay electricidad, no hay una sola máquina de escribir, ni radio ni baterías. El blo-

queo impuesto por las tropas de Jartum es absoluto: el café, el té, el azúcar y el jabón han desaparecido hace mucho tiempo. La sal de contrabando, al precio exorbitante de un dólar por 50 gramos, rara vez aparece en los mercados de la sabana, donde el trueque ha reemplazado casi por completo las viejas libras sudanesas construidas con fragmentos de bomba y que algunos vendedores de herramientas agrícolas insisten en exigir. Los cerillos no se encuentran por ningún lado y el fuego se hace como en el Neolítico, frotando dos pedazos de madera: en cada choza una mujer mantiene una brasa siempre encendida.

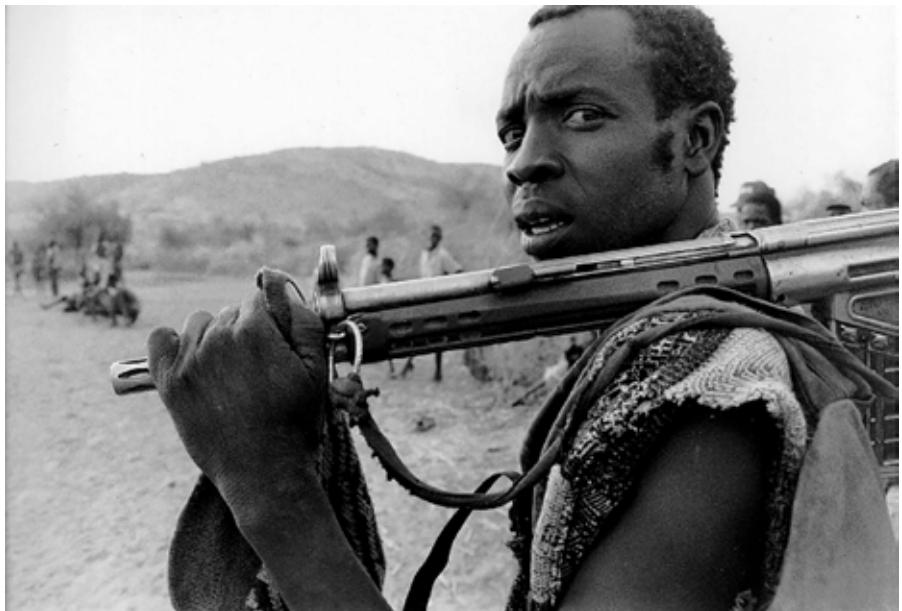
Aún más grave es la ausencia total de medicamentos, que se suple recurriendo a infusiones, cataplasmas, ungüentos vegetales y prácticas tradicionales como la cauterización, que tiene el único efecto de causar cicatrices profundas en la piel, ya marcadas por la escarificación ritual. Remedios de dudosa eficacia contra las enfermedades que diezman a los nuba: tuberculosis, malaria, tracoma, diarrea hemorrágica, fiebre negra, lepra.

Marnya Hussein Kodi tiene sólo 11 años. Un collar de cuentas azules ciñe su cuello y traza una fina marca de sudor brillante sobre el ébano de su piel. Levanta la mano para proteger una sonrisa de marfil: una mano mutilada, surcada por una grieta abierta hasta el hueso, corroída por la lepra. Enfermedad misteriosa: se sabe cómo se desarrolla, pero no está claro cómo se produce el contagio. Cuando se manifiestan los primeros síntomas, los medicamentos deben usarse de inmediato. De lo contrario, las bacterias forman nódulos que inhiben los nervios y paralizan las extremidades: los dedos de las manos y los pies pierden sensibilidad, se atrofian, se desintegran y caen como hojas secas. Entonces las bacterias atacan y deforman la cara.

Kauda Fok, el pueblo de leprosos, es un aglomerado de cabañas a poca distancia de un viejo dispensario que cerró sus puertas en 1987, al comienzo de la guerra. Los enfermos viven en la comunidad, se ayudan mutuamente en el trabajo agrícola y la preparación de alimentos. Pero no tienen idea alguna de la gravedad de la enfermedad, no hay medicamentos ni médicos que puedan organizar un mínimo de prevención, por lo que incluso los niños serán inexorablemente infectados. Los viejos, acurrucados en las sombras, lloran escondidos el horror y la vergüenza en sus fétidos sudarios de la muerte. Los más jóvenes corren tras las verdes lagartijas y las gallinas; juegan sin darse cuenta que la cerca de cañas, bajo la gran ceiba, es su primer y último horizonte.

Panorama, 25/04/1997





MAO EN EL HIMALAYA

Rolpa, Nepal, enero 2003.

La mullatiera¹⁷, un camino en el que el *jeep* también lucha por avanzar, termina en Livang, un bazar y puesto militar en la confluencia de dos valles en el distrito remoto de Rolpa: un agujero rodeado de alambre de púas en el que vagan los policías borrachos de *roksi* —un brandy de maíz—, espías de gobierno y grupos desplazados. Y todo, a las seis de la tarde en que se activa el toque de queda, el lugar cae en la oscuridad y en un silencio tenso, interrumpido por los ladridos de los perros y la tos ronca de los niños tuberculosos. Los miles de efectivos de las fuerzas de seguridad se esconden en los barracones, las patrullas protegen el ingreso a la aldea y los centinelas apoyan sus ametralladoras en las terrazas fortificadas y en los techos de las casas. El enemigo invisible ataca por la noche. Luego se desvanece en el territorio montañoso e impenetrable que se eleva desde Livang hasta los picos del Himalaya.

Dirigido por Pushpa Kamal Dahal “Prachanda” (Furioso), y por el doctor Baburam Bhattarai, dos intelectuales de la casta brahmin, los maobadi —guerrillas maoístas— lanzaron en 1996 la lucha armada para derrocar a la

17. Denominado así generalmente un camino entre piedra y terracería, irregular y sinuoso, por el que transitan mulas de carga.

monarquía y establecer un régimen comunista. Su líder militar es Ram Bahadur Thapa, conocido como *Baadal* (*Nuvola*), tienen más de 15 mil hombres, están activos en 73 de los 75 distritos de Nepal, así como en las áreas liberadas; y han formado administraciones temporales que imponen impuestos revolucionarios y dispensan justicia popular.

El balance de siete años de combates, ataques, masacres, sabotaje y operaciones encubiertas llevados a cabo por las brigadas de asalto del ejército (50 mil soldados) es devastador: más de siete mil víctimas (en su mayoría civiles desarmados), violaciones sistemáticas de los derechos humanos, arrestos arbitrarios, ejecuciones sumarias, estados de emergencia, migración campesina, destrucción de puentes y centrales eléctricas, colapso de la economía y el turismo —la única fuente de divisas— y escuelas paralizadas por la huelga indefinida convocada por la asociación de estudiantes maoístas.

El rey Gyanendra Bir Bikram Shah, quien sucedió a su hermano Birendra el año pasado —asesinado junto con su esposa y otros ocho miembros de la familia real por el príncipe heredero Dipendra, quien luego se suicidó (esta es la versión oficial, pero muchos nepaleses piensan en una oscura conspiración de palacio)— disolvió el parlamento, pospuso las elecciones indefinidamente, nombró a un ejecutivo de su confianza y dio manos libres a las fuerzas armadas, que cuentan con 20 millones de dólares de ayuda de Estados Unidos. Pero una solución militar al conflicto es poco probable: la masacre parece destinada a continuar. En las zonas rurales, ahora abandonadas incluso por la ONU y organizaciones humanitarias, la aprobación a los insurgentes está en constante crecimiento, impulsada por la pobreza y el desempleo. En las aldeas aniquiladas por el

miedo y la sospecha, la única presencia del Estado son las rondas esporádicas y brutales de las fuerzas armadas.

42 prisioneros acusados de actividades subversivas languidecen en la oscura prisión local. Manjit Ghanti tiene 27 años: lleva siete en prisión. “No hay jueces aquí —acallará—. Ni siquiera hay un tribunal”. Sarashoti Shah, de 21 años, está amamantando a su hijo de once meses: “Mi esposo —cuenta— fue muerto a manos de los soldados”. Hay quienes vendieron la casa y el terreno para pagar a un abogado sin resultado alguno. “Es desde el comienzo de la guerra que Livang no está siendo procesado —confirma el abogado Prem Prakash—. Nos hemos convertido en un país sin ley”.

Mientras paso el último punto de control para entrar en el territorio del *maobadi* casi al amanecer, pienso en una frase del Coronel Dipak Grun, entrevistado en el Círculo Oficial de Katmandú: “No necesitamos otros hombres y otros medios. Lo que nos falta es inteligencia”. No podría ser de otra manera. La gente, atrapada entre dos fuegos, no habla. Los militares abandonan sus puestos sólo para efectuar redadas y ataques relámpago, sin hacer alguna distinción entre milicianos comunistas, presuntos simpatizantes o simples campesinos. La violencia y las represalias están documentadas en los informes de Amnistía Internacional y Human Rights Watch.

Los rebeldes, muy jóvenes y muy a menudo analfabetos, no son menos despiadados. Asaltan bancos (“autofinanciados”), atacan autobuses y estaciones de policía, saquean cuarteles para proveerse de armas, destruyen estatuas de Shiva y estupas budistas (“viejas supersticiones”), cortan líneas telefónicas y cables eléctricos y ejecutan a “traidores”. En el campo como en la capital obligan

a comerciantes, terratenientes y pequeños empresarios a entregar “donaciones” al ejército del pueblo: una extorsión de la que no puede escapar ni siquiera el lujoso Soaltee hotel y casino, propiedad del rey. El que no se alinea paga con la vida.

Esta estrategia del terror, tomada de la experiencia del Sendero Luminoso peruano, de los preceptos de Lenin y el pensamiento de Mao Zedong, tiene un propósito preciso: provocar el caos social y la bancarrota del Estado, empujar a las clases medias a la revuelta, inducir al gobierno a la negociación ya desde una posición de debilidad.

El camino, muy inclinado, sube entre laderas de arroz y cereales de las colinas, ramificándose en un laberinto de caminos secundarios hacia valles cubiertos de vegetación subtropical y pastos azotados por el viento, tras los cuales se vislumbran los glaciares de Dhaulagiri. En el distrito de Rolpa, cuna y fortaleza de la última guerrilla maoísta, los caminos ya no existen y nadie se ha preocupado en hacer llegar el tendido eléctrico. A excepción de los centros urbanos y la llanura fronteriza con la India, todo el país se encuentra en condiciones similares. Los inaccesibles y resbaladizos senderos de las montañas escarpadas son las únicas rutas de comunicación, comercio y fuga para miles de aldeas y millones de nepaleses. Los puentes colgantes, indispensables para cruzar los ríos impetuosos que descienden del Himalaya, son las únicas infraestructuras salvaguardadas en medio del conflicto: le permiten ganar días de marcha tanto al ejército como a la guerrilla.

Me encuentro con largas filas de cargadores: mujeres, ancianos, niños doblados por el peso de las alforjas cargadas de arroz, azúcar, aceite para lámparas, harina. Caminan descalzos: las sandalias de plástico son un lujo.

Los hombres se fueron, con la guerrilla o a buscar trabajo en la India y los países del Golfo. En Jankot, una aglomeración sin forma de chozas de adobe a mil 700 metros de altura, muchas casas están vacías. Son los niños de ocho, 10, 12 años los que trabajan en el campo, recogen leña y estiércol, acarrean agua del arroyo, mientras sus madres trituran el mijo en molinos de piedra, encienden el fuego y preparan el *chang*, la cerveza de cereal. En las paredes de la escuela las consignas del *maobadi*: “¡Viva la lucha armada del pueblo!”, “¡Viva el movimiento maoísta!”

Kim Bahadur, el maestro, mantiene a raya a 170 niños vestidos con harapos. “No hay suficiente comida —explica—. El gobierno no permite buscar suministros en Livang porque teme que se enlisten con los insurgentes”. Los helicópteros del ejército, decrépitos MI-8 soviéticos, sobrevuelan el área. El maestro fue arrestado por el *maobadi* porque había convocado a una reunión sin su permiso. “No hemos sabido nada de él en un mes. Después del atardecer, ni siquiera usamos velas: militares y rebeldes disparan a lo que vean”. La radio difunde boletines de guerra: “16 terroristas derribados en Lahan”, “Tres policías asesinados en Dang”. Las familias más ricas creman los cuerpos en Pashupatinath, a orillas del sagrado Baghmati.

Al día siguiente se nos informa que una operación de las fuerzas de seguridad está en marcha en el valle y la guerrilla se ha mudado a otro sector. Para acercarse a ellos, se necesitan otros tres o cuatro días de caminata en las partes internas del distrito oriental, hacia Pobang. Con el favor de la Luna, puedes caminar de noche vadeando ríos y subiendo las crestas, durmiendo en graneros abandonados, comiendo camotes y bebiendo leche de búfala. Mi guía es

un *magar*¹⁸ de la etnia local y conoce todos los rincones del monte Jaljala.

El primer contacto no es alentador. Somos interceptados por dos muchachos armados y camuflados que nos intimidan para seguirlos a una cabaña cercana. Miran con recelo mis pantalones azules, idénticos a los de los policías, y me ausultan. “Estás en el territorio del Janamukti Sena (Ejército Popular de Liberación) –dicen en tono brusco–. Y no tienes un salvoconducto”. Después de un largo interrogatorio y discusiones interminables en nepalés, acuerdan con el guía enviar un mensaje al comandante con nuestra solicitud para una entrevista. Todo lo que queda es esperar, bajo estricta supervisión.

Otra fría noche de espera, con la tos incesante de los niños. No hay medicinas, no hay médicos, no hay consultorios. Magos y hechiceros se afanan con hierbas, raíces y amuletos. Pero nadie está vacunado y la lista de enfermedades es deprimente: tuberculosis, poliomielitis, tétanos, sarampión, sarna, raquitismo, desnutrición, verminosis, infecciones virales, intestinales y pulmonares. La falta de higiene y agua potable contribuye a una muy elevada tasa de mortalidad infantil y neonatal.

El comandante de zona aparece muy temprano, acompañado por un pabellón de la milicia con el rostro cubierto, que sostienen los anticuados fusiles británicos 303 suministrados a la policía nepalesa, y carabinas de carga de fabricación casera. Se hace llamar Imán y se define como “un miembro activo del movimiento revolucionario”. “El

18. El pueblo magar es uno de los 59 grupos reconocidos por el gobierno de Nepal. Representan el 7.13 por ciento de la población total del país, una de las minorías mayoritarias. Están asentados principalmente en el centro de Nepal, entre la sierra Dhaulagiri y la cordillera Mahabharat o himalayas menores. (N. del T.)

ejército quema casas y mata campesinos — comienza —. En este valle, 30 personas fueron arrestadas y sólo dos regresaron. También mataron a un niño de tres años. Pero la represión juega a nuestro favor: los jóvenes entienden que no hay alternativa más que la lucha armada”.

— ¿Qué pides?

— “Derechos básicos: reforma agraria, educación, vivienda digna, atención médica, igualdad de oportunidades, abolición de castas. Queremos una sociedad sin clases, una verdadera democracia”.

— ¿Pero no ha fallado el comunismo en todas partes?

— “En la URSS, China, Cuba y Corea del Norte, los revisionistas han cometido graves errores. Lo haremos mejor: construiremos un verdadero comunismo, basado en el maísmo y en las teorías científicas de Marx y Lenin”.

— ¿Recibes ayuda extranjera?

— “Sí. No sólo armas, sino sobre todo soporte político de grupos revolucionarios en India, Turquía, Sri Lanka, Bangladesh”.

— ¿Cómo sobrevives a esto?

— “La gente nos alimenta. Tomamos armas y municiones del enemigo. Comenzamos con palos y cuchillos y aprendimos a fabricar fusiles”.

— ¿Cómo se estructura el movimiento?

— “Se divide en tres sectores: partido, ejército, organizaciones de base. El camarada Parchanda es el líder político y militar”.

— ¿Por qué destruyen la infraestructura?

— “Son objetivos militares manejados por las fuerzas de seguridad, que sólo sirven a los ricos: los campesinos no usan el teléfono ni la luz eléctrica”.

— ¿Por qué atacas agencias humanitarias como SOS Kinderdorf? ¿Por qué quemar los autobuses?

— “Cualquiera que se oponga a la lucha armada es enemigo del pueblo. Y el pueblo viaja a pie”.

Fin de la entrevista. “No nos gusta la guerra — concluye Imán, como para disculparse—. Queremos la paz. Pero debemos derribar este sistema monárquico, corrupto y feudal que mantiene al pueblo en la miseria y la ignorancia”. Por la noche, los *maobadi* nos escoltan al otro lado de la montaña, más allá del río Lunri que, se dice, está hincha- do de pepitas de oro. En un montículo de la colina, entre rebaños de cabras y fogatas, cientos de campesinos están encantados con una “representación masiva”: la versión revisada del espectáculo teatral *Destacamento de mujeres rojas*, símbolo de la Revolución Cultural China. Música, danza, canciones y discursos de propaganda, artes marciales. Sin alcohol ni hachís: en las zonas liberadas están vedadas. La gente aplaude incluso si no parecen entender: la ideología maoísta es totalmente ajena a la sociedad nepalesa, pero promete a los desheredados la liberación de un karma injusto.

Kashi, de dieciséis años, dejó la escuela hace un año para unirse a los rebeldes.

— ¿Te alistaron por la fuerza?

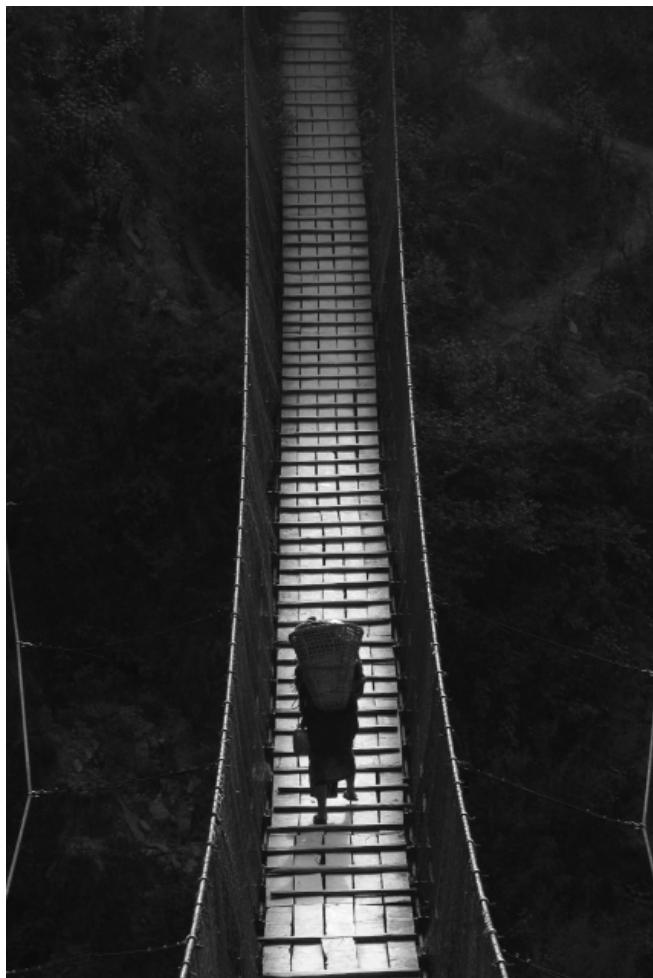
— “Sólo aprendí cosas innecesarias — dice — pero aquí lucho por la dignidad de mi pueblo”.

Puede ser. Pero al bajar al valle nos encontramos con familias enteras desplazadas, marchando. Silencio- sas, cabeza baja, caras como piedras huecas, los pequeños dormitando en las alforjas entre ollas y bultos. Emigrantes que dejan atrás los campos de exterminio del Himalaya, soñando con limpiar los baños de Mumbai o montar un *rickshaw* en Delhi.

Por el puesto fronterizo de Nepalganj, la semana pa- sada, pasaron a ocho mil, después de pagar las extorsiones

que exigen funcionarios de aduanas e intermediarios laborales. Los más desesperados venden a sus hijas: doce mil niñas terminan en burdeles hindúes cada año. Su futuro se pierde en las llanuras brumosas del Ganges.

Panorama, 23/01/2003





LA PRÓXIMA AVENTURA DE CHERNOBYL

Norilsk, Siberia del Norte, abril 2000.

La zona muerta se extiende por decenas, cientos de kilómetros. Una meseta desolada, aplastada por la escarcha, tragada por la furia blanca de la *purga*, esa tormenta ártica en cuyo torbellino todo se desvanece: camino, cielo, horizonte. La larga noche de la tundra ha terminado y cuando la tormenta desaparece, un sol frío y radiante ilumina las ramas retorcidas de los árboles quemados por la lluvia ácida. Menos 40 grados. Se respira un aire espeso y agudo, los párpados se congelan. Pero la luz desaparece a las puertas de Norilsk, 150 mil almas, la ciudad más grande al Norte del Círculo Polar: una niebla amarilla y venenosa opprime hombres y cosas. Los pocos automóviles circulan incluso a plena luz del día con los faros encendidos, el perfil espectral de los escasos peatones —mirada baja, cara oculta en los sombreros de zorro— se desvanece en la nube de esmog.

Sin parar, las colosales chimeneas del principal combinado minero de Siberia eruptan sus miasmas: miles de toneladas de dióxido de azufre y partículas de plomo, zinc y monóxido de carbono, que las corrientes atmosféricas transportan a Canadá y Alaska. Una de las fuentes de contaminación más aterradoras del planeta. Un infierno pa-

leoindustrial que produce el 90 por ciento de níquel ruso —40 por ciento del total mundial—; 58 por ciento de cobre, 80 por ciento de cobalto, y casi el 100 por ciento de metales no ferrosos como oro, platino y paladio.

Fue Stalin, en los años 30, quien lanzó la carrera del fabuloso Klondyke siberiano. No hubo escasez de mano de obra. Se estima que 360 mil prisioneros políticos y de guerra terminaron en el gulag polar: armados con palas y picos cavaron minas construyeron fábricas, carreteras, ferrocarriles, casas. Unos 17 mil murieron de frío, de hambre, de penurias; hoy, todavía, sus huesos emergen en las grietas del permafrost¹⁹, la corteza del suelo perennemente congelado.

El vicealcalde Valeri Anishin explica: “El área industrial ocupa 30 mil hectáreas. Pero los efectos de la contaminación son visibles a cientos de kilómetros de distancia. Y no sólo en la atmósfera. El polvo, metales pesados y desechos sólidos han contaminado lagos, ríos y todo el sistema de agua hasta el Océano Ártico. Las instalaciones son decrépitas, las chimeneas colapsan y los vapores se estancan en la ciudad. Intentamos imponer filtros y sistemas de purificación, pero Kombinat no invierte en ecología: sólo las cotizaciones de níquel y cobre cuentan en la Bolsa de Londres”.

En 1995, gracias a la amistad de Anatoly Chubais, el zar de la privatización, el 51 por ciento de Norilsk-Nickel con sus 88 mil empleados —y mil quinientos prisioneros— fue vendido al magnate Vladimir Potanin por la irrisoria suma de 480 mil millones de liras: el valor estimado de

19. El permafrost —ocasionalmente traducido como permahielo, gelisuelo, permagel o permacongelamiento— es la capa de suelo permanentemente congelado, aunque no necesariamente cubierto de hielo o nieve, de las regiones frías o periglaciares, como la tundra siberiana. (N. del T.)

Kombinat supera los cuatro mil millones de dólares. "Estamos en un callejón sin salida —continúa Anishin—. Las fábricas pagan 300 millones de dólares al año en impuestos y alquiler de tierras. Pero se necesitarían más de tres mil millones de dólares para modernizar las plantas. Aquí el amo hace la ley. Tuvimos que evacuar a 10 mil personas de 60 edificios en ruinas, pero el Kombinat no gasta nada en el mantenimiento de viviendas civiles".

Los médicos dicen que después de siete años en Norilsk el daño a la salud es irreversible: tumores, tuberculosis, disminución del sistema inmune y afecciones de las vías respiratorias, especialmente en niños. La media de vida no supera los 50 años. Pero la gente no puede o no quiere irse. "En la época soviética —recuerda Albina Nazarenko, vicepresidenta del Comité Regional para la Protección de la Naturaleza— hubo controles preventivos de salud y los contratos tenían una duración limitada. Tenías derecho a una buena pensión y a transferirte, dentro del continente, a zonas más saludables. Ahora las pensiones ya no sirven para nada; se resignan a vivir menos, pero con un salario garantizado tres o cuatro veces mayor que en el resto del país". El Kombinat paga el sanatorio, la escuela y la atención médica a las familias de sus trabajadores en el Mar Negro. Pero es un pacto con el diablo.

El azufre tiene un sabor dulzón: cuando ingresas a la neblina de anhídrido puedes sentirlo inmediatamente en la lengua, los ojos y la garganta. La visibilidad es casi nula y después de unos minutos comienzas a toser. Incluso el agua del grifo huele a azufre. Las gigantescas fundiciones rodean la ciudad por todos lados. Desde las alturas de la inmensa mina a cielo abierto, junto al cuartel abandonado de los prisioneros de Stalin, Norilsk no se ve: sólo las

chimeneas más altas, de más de 100 metros, logran perforar la espesa niebla amarillenta. Abajo, en el valle de los condenados, el viento empuja las dunas de nieve negra, dura como la arena, contra las fachadas descascaradas de los años 40 en el Prospekt Leninsky, donde la estatua de bronce del fundador de la URSS parece indicar con orgullo el lúgubre agujero del complejo de hierro y acero.

Una maraña de tuberías forradas con pedazos de asbesto, enormes ductos que sangran vapores mefíticos, montañas de desechos industriales, vagones de mercancías que esperan en vías muertas, chatarra oxidada, camiones demacrados, viejos tractores, enrejados caídos, rostros lívidos, sombras furtivas entre la oscuridad, paredes de almacenes en ruinas: todo está decrepito, corroído por el hielo, incrustado de carámbanos. Falta el aliento, los labios arden. Pero a los jóvenes no les importa. La tasa de desempleo sigue siendo mucho más baja que el promedio nacional, aunque la soledad y el aislamiento conducen al alcoholismo y las drogas –30 mil drogadictos de los 250 mil habitantes de la región.

Irina, bailarina del club nocturno Constellation, está convencida de que Norilsk es el lugar más hermoso de toda Rusia: la última frontera. “Se gana bien – dice –. Tenemos teatros, restaurantes, escuelas, excelentes hospitales. Y te acostumbras al azufre”. Los domingos, si la purgà no bloquea el camino, para curarse la resaca del vodka, va con amigos a tomar *piva* (cerveza) y come pescado seco en Dudinka, el puerto del Yenisei, el río siberiano más grande: un interminable patio ferroviario, una hilera de grúas alineadas en la costa helada, oscuros dormitorios paralelepípedos con ocho pisos apilados a granel en la tundra plana y desolada. Aquí los convictos, obligados, aterriza-

ron en las minas. Los rompehielos de propulsión atómica remolcan, incluso en invierno, los barcos de níquel y cobre, esos convoyes que transportan las riquezas de Norilsk, a Murmansk en la gran ruta del Norte.

Subiendo el Yenisei, a miles de kilómetros al Sur, en el corazón de la taiga siberiana, Krasnoyarsk (un millón de habitantes) también está dominada por una gigantesca kombinat privatizada: la segunda planta de producción de aluminio de la Federación, un monstruo que produce 800 mil toneladas de metal, descarga más de 50 mil toneladas de monóxido de carbono a la atmósfera y vierte millones de metros cúbicos de desechos industriales en el río. El General Aleksandr Lebed, elegido gobernador con una serie de promesas incumplidas, ni siquiera intentó mejorar la calidad del aire. Sin embargo, éste es el problema menor. A pocos kilómetros del centro urbano, entre 1950 y 1964, 70 mil prisioneros vaciaron el vientre de una montaña para construir la planta subterránea más grande —a prueba de bombas atómicas— para la producción de plutonio planetario: Krasnoyarsk-26, una de las 10 “ciudades secretas” de Rusia que hasta hace unos años ni siquiera aparecían en los mapas geográficos y sólo se conocía de ellas un código postal.

La kombinat nuclear Krasnoyarsk-26, rebautizada como Zheleznogorsk, incluye tres reactores de grafito del tipo utilizado en Chernobyl —sólo uno continúa en funcionamiento—, numerosos laboratorios y una planta de separación de plutonio del combustible extinguido, todos construidos a una profundidad de 300 metros. En la superficie está en construcción el complejo RT-2, destinado al almacenamiento y tratamiento de residuos radiactivos de centrales nucleares, incluso extranjeras (China, Corea del

Sur, Japón, Taiwán, Francia): un negocio, por ahora sólo en papel, de 300 millones de dólares al año. En las últimas décadas, los tres reactores han producido más de 40 toneladas de plutonio, equivalentes a un tercio del total utilizado por todo el arsenal soviético.

Pero durante la competencia nuclear con Estados Unidos en los tiempos de la Guerra Fría, los dirigentes del Kremlin nunca prestaron atención a banalidades como la seguridad ambiental y la salud de los ciudadanos. Las consecuencias son escalofriantes. Durante años, el agua de enfriamiento de los reactores se descargó directamente en el Yenisei e incluso hoy las barras radiactivas gastadas se conservan en tanques que son desbordados al río. Más de 4.5 millones de metros cúbicos de desechos líquidos altamente radiactivos —equivalentes a mil millones de curies: el accidente de Chernobyl emitió 5.8 millones de curies— fueron inyectados en una formación geológica y amenazan con contaminar el manto freático. Aleksander Bolsunovsky, investigador del Instituto de Biofísica de Krasnoyarsk, explica: “Encontramos isótopos de plutonio, cesio y estroncio en el río, en la cadena alimentaria, en las plantas, en los peces y en el suelo, hasta en 500 kilómetros abajo de la planta. El análisis de radionucleidos y el cálculo de promedio de vida no dejan dudas: los accidentes y las fugas de material radiactivo están en la agenda. Los controles son inadecuados, la prevención no existe, las estructuras tienen 50 años, la tecnología está obsoleta. Una catástrofe puede ocurrir en cualquier momento”.

Técnicos y científicos, los únicos a los que se les permite ingresar al kombinat, penetran en las entrañas de la montaña a través de un túnel de cemento protegido con alambre de púas y agentes de la antigua KGB apostados

en garitas de madera, en un denso bosque de abetos y abedules. En la orilla opuesta del Yenisei, en el pueblo cosaco de Atamanovo, los viejos atrapan peces radiactivos perforando la superficie congelada del río. Nadie sabe nada. Nadie se preocupa. Las autoridades minimizan. Por si fuera poco, hay incluso un campamento de verano para niños. Y los 100 mil habitantes de K-26 no quieren escuchar sobre la contaminación: tienen excelentes salarios, más de 200 dólares al mes, los mejores hospitales, las mejores escuelas, un trabajo garantizado. Sólo el Dr. Yuri Medvedev, jefe de cirugía de Atamanovo, tiene algo que decir en un susurro: “Ni siquiera tenemos las herramientas para medir la radiación. Sólo nos explicaron que es mejor dejar el pescado en el aire por una noche antes de comerlo”. No hay estadísticas, pero en el curso del Yenisei los médicos han encontrado un aumento significativo en casos de leucemia, mutaciones genéticas, malformaciones, abortos, cáncer de mama, tiroides, pulmón, piel y huesos.

La situación en las otras “ciudades cerradas” es similar, si no es que peor. En Mayak (anteriormente Chelyabinsk-65), en los Urales, donde se fabricó la primera bomba atómica soviética, se vertieron 76 millones de metros cúbicos de desechos radiactivos en el río Techa; en 1957, la nube resultante de la explosión de un contenedor irradió a 270 mil personas en un área de 23 mil kilómetros cuadrados; y en 1967 el drenaje parcial del lago Karachay, usado como basurero nuclear, causó la dispersión en el aire de toneladas de sedimentos radiactivos. Y desde Mayak, que es quizá el lugar más contaminado de la Tierra, el embalse del río Ob puede transportar radionucleidos y desechos líquidos al Océano Ártico.

Seversk (anteriormente Tomsk-7), donde se mantienen activos dos reactores, donde en 1993 explotó un contenedor con ocho toneladas de uranio y 310 kilos de plutonio y donde se encontraron isótopos de plutonio hasta en el acueducto de la ciudad, es el depósito más grande de material radiactivo en el mundo. Pero ciertamente no es el más seguro. Hay más de 650 toneladas de uranio enriquecido y plutonio dispersas en 50 localidades de la antigua URSS, a las que se agregan los desperdicios de las plantas en funcionamiento y las derivadas del desmantelamiento de unas mil ojivas utilizadas en pruebas nucleares cada año. Además de la contaminación y la pesadilla de los accidentes catastróficos, Europa y Estados Unidos —que contribuyen a financiar los programas de conversión de los antiguos reactores soviéticos— temen el robo y el contrabando de material radiactivo. “Paradójicamente —dice Alexej Arbatov, vicepresidente del Comité de Defensa de la Duma— el desarme aumenta el peligro: cuando la ojiva es transportada a las fábricas del Ministerio de Energía Atómica, el nivel de seguridad cae drásticamente”. Arbatov lanza después otra alarma: “Los submarinos nucleares atracados en los puertos de la Península de Kola y el Lejano Oriente, ahora envejecidos y corroídos por la herrumbre, son demasiados Chernobyls flotantes”. Por haber publicado artículos sobre el estado de descomposición de la flota del Pacífico, el periodista militar Grigory Pasko pasó 14 meses en la cárcel; y el ex subcomandante Aleksandr Nikitin, que denunció la debacle de la flota del Norte, fue arrestado y acusado de espionaje. Ambos han sido absueltos, pero la Marina y los servicios secretos rusos continúan negando información y testimonios que representan un escenario apocalíptico.

Submarinos sumergidos a causa de accidentes o colapsados deliberadamente con su carga mortal de ojivas

nucleares y reactores, barcazas que contienen material radiactivo que se incendia —el último en diciembre pasado en Primorye, cerca de Vladivostok—, carros llenos de desperdicios destinados a la planta de Mayak, abandonados durante semanas en las estaciones de ferrocarril; miles de toneladas de desechos radiactivos y bidones de combustible nuclear arrojados a las aguas del Mar de Japón, el Mar de Barents y el Mar Blanco, a pocos kilómetros de las costas de Noruega, son una bomba de tiempo: la más pesada y peligrosa herencia que ha dejado a los rusos y a Occidente el antiguo imperio soviético.

Panorama, 06/04/2000





EL FANTASMA DE DAMASCO

Damasco y Homs, Siria, octubre 2013.

Yarmuk

No hay línea divisoria. Sólo una calle que de pronto queda desierta: “Tierra de nadie”, dice el conductor que me acompaña a Yarmuk. Tiendas quemadas, postes de luz derribados, asfalto desmoronado por las huellas de los tanques. Y en el aire el olor de la guerra: gasolina, polvo, desechos, plástico quemado. Damasco es una ciudad surrealista. En los barrios céntricos, escuelas, bancos y oficinas siguen abiertos, pero el tráfico se ralentiza por los puestos de control del ejército, y en los restaurantes abarrotados de Bab Touma, la gente ignora los golpes de granadas, morteros y cañonazos que sacuden el Qasioun, la montaña que domina la capital siria. Pero la frontera invisible entre vida y muerte está a pocos pasos: en las esquinas de cada suburbio del cinturón urbano, lo mismo que detrás del minarete cosido a balazos de la mezquita de Yarmuk, un campo de refugiados palestinos asediado desde diciembre de 2012.

Los *shababs*²⁰ están apostados en la entrada del distrito, un denso grupo de edificios anónimos e incoloros que

20. Grupos Autodenominados Movimiento de Jóvenes Mujaidines, que la Unión Europa considera un movimiento terrorista. (N. del T.)

una vez tuvieron más de un millón de habitantes, hoy casi todos desplazados. Armados con Kalashnikovs, ametralladoras y lanzacohetes, vigilan el camino de acceso y la plaza de la mezquita. Por la noche, acampan en una bodega destrozada, fuman sin parar tabaco sabor manzana en un narguile y calientan el mate en una estufa de alcohol. Sólo ponen atención cuando llega su líder, Abu Akkram.

Ropa burguesa de color café, un gran bigote, unos 60 años: si no fuera por la nueve milímetros la cintura en sus pantalones, por la cicatriz en el cuello y el brazo derecho inutilizado por un balazo, lo confundiría con un comerciante de bazar. En cambio, es un luchador empedernido, veterano de media docena de guerras en Medio Oriente, comandante de los fedaijines de Yarmuk y colaborador cercano de Ahmed Jibril, líder histórico del Frente Popular para la Liberación de Palestina-Comando General, desplegado junto al régimen de Bashar Al-Assad.

Sigo a Abu Akkram al interior de un condominio. El primer piso, alcanzado por una granada, es un amasijo de láminas retorcidas, vidrios rotos, astillas de metal ennegrecido. En el segundo está la casa-oficina: dos sofás rotos, ceníceros rebosantes de colillas, la cafetera, una caja de municiones, una pila de libros y una gran radio sintonizando frecuencias militares. “Interceptamos todas sus comunicaciones”, me dice el comandante. “Ellos” son los grupos armados de oposición que controlan el 75 por ciento del vecindario y que, a lo largo de los meses, se han multiplicado. El Ejército Sirio Libre, asegura Abu Akkram, continúa retirándose ante la creciente consistencia de las brigadas yihadistas que reclutan voluntarios árabes, chechenos, libios y tunecinos: las milicias Qaedistas de Ebin Taymiya y Jabhat Al-Nusra, el Batallón del Islam, los salafistas de

Ababil Horan, los pro-Hamas de Aknaf Beit Al-Makdis y los expulsados sirios de Sukkur Al-Golan, los Halcones del Golán.

Aquí está el mantra de la propaganda oficial: el complot sunita urdido contra Assad de Qatar y los sauditas con el apoyo de Turquía, Israel, Europa y los Estados Unidos. Lo había tenido en cuenta: como los cristianos, los palestinos son una minoría en riesgo en la guerra civil siria y el Frente Popular tiene todo que perder con el colapso del régimen de Damasco. “Siria – continúa Abu Akkram –, apoya la resistencia palestina: es por eso que quieren atacarla”. Yarmuk era un barrio dinámico, había bancos, centros comerciales, fábricas de cerámica y grifería: todo fue destruido. “Nos atacaron a pesar de que éramos neutrales, para provocar otra diáspora.”

El exilio y las guerras persiguen por ya más de 70 años a millones de palestinos expulsados de Israel en el ‘48 y ‘67 hacia Jordania, Líbano y Siria. Y Abu Akkram encarna su destino: huyó con su familia de la Cisjordania ocupada después de la Guerra de los Seis Días, prófugo a Beirut, herido durante las masacres de Sabra y Chatila, y una vez más exiliado a Damasco. Siempre con la pistola al cinturón.

Bajamos a la calle. Los *shababs* nos acompañan a la línea del frente: barricadas, montones de escombros, autos carbonizados, esqueletos de edificios bombardeados por Katyusha, la artillería de los MIG de Assad. Y en los túneles, excavados por los insurgentes para transportar refuerzos y municiones, los civiles no se ven, pero hay miles atrapados en el campo de batalla. Se combate casa por casa. “Ese edificio de cinco pisos al final – señala Abu Akkram – fue la base del Frente Popular. Fuimos atacados en masa y no

éramos ni 50 antes de rendirnos resistimos tres días, sin comida y sin agua. Ahora estamos avanzando; lentamente, pero estamos avanzando”.

En los callejones, para cerrar la visibilidad entre las fachadas de los edificios en ruinas, se extienden sábanas y grandes banderas. “Son para los *qannas*, los francotiradores”, explica Khaled, uno de los jóvenes de la escolta. Acaso tendrá 20 años, en sandalias de plástico, en el puño una AK-47, los bolsillos llenos de revistas. Se detiene a lado del cuerpo de una motocicleta: “Aquí mi hermano fue asesinado por un francotirador. Pero tengo otros cuatro hermanos. Y todos somos fedaijines”.

Baba Amr

Najm ad-Din Brejaoui, el farmacéutico, reabrió su tienda. Buena noticia que, en el acto, transformó a Baba Amr, en el distrito de Homs, en símbolo sangriento y trágico de la guerra civil y la indiferencia del mundo: “Ciudad de los mártires” para los insurgentes; “Stalingrado sirio” para las fuerzas armadas de Damasco, que tuvieron que emplear todo el arsenal a su disposición para arrebatarlo al Ejército Sirio Libre: artillería, aviación, vehículos blindados.

Desde marzo pasado, Baba Amr fue “liberado”. Mas dos años de feroz combates, bombardeos indiscriminados y masacres, lo han transformado en un cementerio de escombros y desolación, en un desierto de destrucción y muerte. El silencio, después del último punto de control del ejército, es irreal. No hay autos en Baba Amr, no hay tiendas, mercados, oficinas, hospitales, escuelas. A lo lejos, pueden escucharse disparos y el chirrido de persianas que balancea el viento en casas abandonadas.

La farmacia de Najm se encuentra a la mitad de la “avenida de los francotiradores”, frente al minarete astillado de

la mezquita de al-Gilani, donde se acuartelaron las Brigadas Farouq de Abdul Razzaq Tlass, un pariente del ex ministro de defensa de Assad que se pasó a la oposición. 64 años, graduado de Damasco, Najm abrió la farmacia —la primera en el vecindario— en 1979. “Negocio —dice— nos iba muy bien, a toda marcha. El tren pasaba cerca. Y el Líbano está a sólo unos pocos kilómetros de distancia: el contrabando era el pulmón de la economía en estas partes. Cigarrillos, diésel, electrodomésticos, bienes de consumo. Y por supuesto, medicinas. Entonces comenzó la guerra y todo se arruinó. Los milicianos vinieron dos veces para saquear el negocio. Lucharon día y noche: explosiones de metralletas, proyectiles de mortero. Tuve que huir, como casi todos los habitantes de Baba Amr”.

El lugar es apenas accesible: el piso, reventado por una granada, es un tapete de esquirlas y vidrios rotos, las paredes fueron acribilladas con proyectiles, las ventanas destrozadas, los cables de luz cuelgan inertes del techo. Y los estantes están medio vacíos, con parte de los medicamentos ya caducos. Pero los clientes llegan, a pie o en bicicleta: el *imán* de la mezquita, con calentura, busca una aspirina; una madre pide leche en polvo para su hijo; un anciano militar pensionado aparece en la trastienda para una inyección. “En un pueblo fantasma —es el amargo comentario de Najm— la vida comienza a brotar de nuevo”.

Entre los escombros se encuentran los sobrevivientes: niños jugando entre las lápidas del cementerio, mujeres empujando diablitos con los cilindros de gas, niños cargando en hombros un colchón o una televisión recuperada, salen desde un apartamento sin vigilancia. Las pocas casas habitables, incluso si no son seguras, privadas de electricidad y agua, han sido ocupadas por los desplazados que

no encuentran otro lugar para acampar. “¿A dónde podría ir? —se pregunta Slaibi Sellum, sentado en el umbral de un edificio en ruinas—. Tengo 70 años y los niños están lejos. Al menos aquí puedo morir bajo un techo”. Su vecino, Abu Husain, es un trabajador desempleado que vive en dos habitaciones con su esposa y ocho hijos: “Mi casa la derrumbó un misil. Vivimos al día. Por la noche empieza a hacer frío y tengo que alimentar a la familia”. La comida es escasa: una mujer campesina vende huevos, cebollas, tomates y granadas. Sólo hay un carnicero, pero la carne es cara y los precios siguen subiendo.

Abu Haydar, un sargento de fuerzas especiales, fue herido tres veces en Baba Amr. Quiere mostrarme “los crímenes cometidos por terroristas”: el instituto informático arrasado por los rebeldes, la clínica devastada y saqueada, la fosa común donde los cuerpos de 12 estudiantes universitarios fueron enterrados el 13 de marzo, el lugar de la matanza de otros 50 civiles culpables de ser alauitas, la secta religiosa del presidente.

Inútil cuestionarle sobre las atrocidades atribuidas por la oposición al ejército leal y la Shabiha, las milicias paramilitares de Assad: masacres, represalias, ejecuciones sumarias, redadas de aviación. Y es superfluo preguntarle quién lanzó el dispositivo que el 22 de febrero de 2012 mató a Marie Colvin y Rémi Ochlik, valientes amigos y colegas que cayeron en ese pequeño y escuálido bloque de cemento. Inoculando el veneno de la sospecha, el sectarismo y el odio religioso, el conflicto terminó demoliendo el frágil tejido social sirio.

“¡Asesinos! —grita una mujer a Abu Haydar—. ¡Te llevaste a mi hijo, lo torturaste!” —El asesino es tu hijo, le responde el soldado—: “¡Confesó que mató a 25 de

nosotros!”. Reconstruir Baba Amr no será fácil. Curar heridas en la conciencia de su pueblo quizás sea imposible.

Il Krak

Después de la refinería de Homs el camino gira hacia el Norte, hacia colinas de color verde azulado en la niebla de la mañana. Nos encontramos con puestos de control, vehículos blindados, posiciones antiaéreas. “Son áreas ins seguras —explica Samir—. Por la noche, los rebeldes atan can las aldeas y luego cruzan la frontera libanesa”.

Samir es un soldado con una cruz tatuada en el antebrazo, un luchador de las milicias cristianas de autodefensa: formaciones paramilitares que preocupan mucho a la jerarquía eclesiástica pero representan el baluarte extremo de protección en Wadi al-Nasara, el valle de los cristianos. Las 33 aldeas en las laderas de Wadi, en su mayoría ortodoxas griegas y maronitas, viven con el temor de las emboscadas y los ataques de los insurgentes, que en las últimas semanas se han intensificado.

Son pueblos limpios y ordenados, de aspecto europeo, inmersos en jardines de olivos y cítricos: iglesias de piedra blanca, tiendas bien surtidas, villas burguesas, chicas en *jeans* y camiseta. Pero a la entrada de cada pueblo hay fotos de mártires: Mario Mikhail Giormush, de 21 años; Maya Barshini, 16. Y en cada curva de la carretera que sube las colinas hay una estación de sacos de arena, con artillería y ametralladoras apuntando en la misma dirección: la colina dominada por la impresionante mole de la Cracovia de los Caballeros, durante más de un año fortaleza y base operativa de los grupos armados yihadistas de Jabhat an-Nusra.

La fortaleza de los cruzados, patrimonio de la UNESCO, ocupa una posición estratégica: controla los caminos de

acceso a la llanura de Tartus, el mar y las montañas del Líbano, el paso de Homs y el principal eje de comunicación del país: la autopista de Damasco-Aleppo. Originalmente era una guarnición militar del emir de Alepo, que mantenía allí una guarnición kurda. Conquistado por los cruzados en 1110, ampliado y dotado con poderosos muros, contrafuertes y torres, fue cedido a la orden de los Hospitalarios que lo mantuvieron durante más de 150 años. Fue hasta 1271 cuando el sultán mameluco de Egipto, Baybars, logró conquistarla después de un largo asedio.

Desde el pueblo cristiano de El-Hawash il Krak, en línea recta, no está a más de un kilómetro de distancia. “Estamos constantemente bajo fuego — dice Salim Osman, un dentista que perdió a su hermano por el disparo de un francotirador — . La Iglesia de San Elías ha sido golpeada dos veces. Disparos de mortero, pero no sólo eso: por la noche los yihadistas descienden de la colina, atravesan el bosque, y atacan las casas”. El Dr. Osman cuenta una llamada telefónica que recibió del padre de una víctima. Una voz, desde el teléfono celular del hijo recién asesinado: “¡Allahu akbar! ¡Haremos del valle cristiano el valle de la sharia!” El miedo es palpable. Al atardecer se cierran las puertas, se apagan las luces, las calles se vacían.

Es una guerra medieval que se libra como en los tiempos de Baybars: las milicias se atrincheraron en los impenetrables nidos de águila de Cracovia, las fuerzas sirias asedian durante meses: emboscadas e incursiones nocturnas, los disparos de francotiradores. “Al castillo — dice Samir — llegan suministros desde el Líbano y el pueblo cercano de Husun, ocupado por los rebeldes. El ejército, comprometido en otros frentes, se limita a mantener sus posiciones y no se arriesga a salir más allá de las líneas enemigas. Para defendernos tuvimos que organizarnos”.

Al principio había grupos espontáneos de ciudadanos armados con pistolas, palos y rifles de caza que vigilaban la entrada de las aldeas e improvisaban patrullajes de vigilancia. Luego, con la intensificación de los ataques, las milicias de autodefensa comenzaron a reclutar hombres jóvenes con entrenamiento militar. “Ahora –explica Samir – estamos en los Comités de Defensa Nacional y recibimos armas y municiones del ejército”.

Antes de abandonar el valle cristiano, Samir quiere visitar a los padres de uno de sus compañeros, caído en un tiroteo en Marmarita. Se llamaba Somar, tenía 26 años y era un militar de la reserva que acababa de regresar del frente de Alepo. Han pasado 40 días desde su muerte y, en casa, amigos y familiares preparan el pan tradicional para ofrecer como anfitriones durante la conmemoración religiosa.

Issa, el padre, dice: “Era pasada la medianoche. Somar estaba cenando en el restaurante Venezia cuando los *shababs* del Comité pidieron ayuda. 40 rebeldes descendiendo del Krak se acercaban al país. Vino aquí, tomó su Kalashnikov y salió corriendo. Murió con otros trece niños”.

Aida, la madre, tiene los ojos hinchados y la cara petrificada. Otro hijo, Wajdi, de 22 años, está en el ejército, en el sector de Ma’alula. Me rechaza con una frase que me parece escalofriante, pero en la que quizás encuentra la fuerza para soportar el dolor: “La religión está en todas partes, pero la patria es una: los que no la defienden no son dignos de vivir”.

Viernes Repubblica, 08/11/2013



MIEDO Y DELIRIO EN MOGADISIO

Mogadiscio, Somalia, noviembre 2017.

La voz del muecín se apaga con los últimos destellos de la puesta de sol: es la señal de retirada, cuando la gente se atrincherá en casa y una noche poblada de pesadillas se apodera de Mogadiscio. Las calles están desiertas. Las únicas luces son los neones parpadeantes de los carteles publicitarios, los tizones de los desplazados en sus chozas de trapo y los faros de equipos electrónicos en los campamentos militares. Un disparo, luego un estallido de disparos. “Shabab – dice Hersi, quien presiona el acelerador mientras los muchachos en el piso del *jeep* disparan los Kalashnikovs –, llegando al cuarto kilómetro es mejor regresar”.

Puedo confiar en Hersi. Fue mi escolta en los años de la guerra civil y no ha cambiado: siempre alerta, un cigarrillo entre los dientes, una Beretta 9 a la cintura. Y el mismo fatalismo hacia la vida, incluso cuando me cuenta sobre su hijo Yasin, asesinado por un comando fundamentalista en la masacre de septiembre de 2013 en los grandes almacenes Westgate, en Nairobi. Me acompaña a la puerta de la Medina, una de las cuatro entradas a la “zona verde” del aeropuerto, tripulada por los soldados ugandeses de Amisom, la fuerza multinacional africana. Aquí es donde

me quedo, en un recinto defendido por barreras de hormigón y guardias con granadas y rifles automáticos.

Después de las masacres del 14 y 28 de octubre —500 muertos y mil heridos— Mogadiscio está de vuelta en las trincheras. Diplomáticos y colaboradores están atrincherados en el Fuerte Álamo del aeropuerto, provisto de refugios subterráneos a prueba de bombas. Ahí están confinadas casi todas las embajadas, agencias de la ONU, organizaciones no gubernamentales, la sede de Amisom y el personal militar estadounidense y europeo que entrena a las fuerzas somalíes. En la “zona roja”, los *shababs* son fantasmas. Pero están en todas partes y pueden atacar en cualquier sitio: hoteles, cuarteles policiales, puestos de control, ministerios, restaurantes, oficinas públicas.

Desde la caída de Siad Barre en 1991, décadas de guerra ininterrumpida entre clanes y luchas internas han transformado a Somalia en un Estado fallido por anotonomasia: un país que sólo existe en el papel, destruido en el tejido social y la infraestructura, minado por la corrupción, destrozado por la rivalidad regional, flagelado por sequías y epidemias, despojada de sus escasos recursos, invadida por tropas extranjeras. En este agujero negro, nominalmente administrado por una sucesión de gobiernos rehenes de las milicias armadas, cuatro millones de somalíes han desaparecido: un millón y medio, en su mayoría civiles, terminaron en el cementerio o en las fosas comunes; dos millones y medio están en la diáspora y en los barrios pobres sin hogar.

De poco han servido las intervenciones de la comunidad internacional, las operaciones fallidas de *Restore Hope* y *Continue Hope*, las conferencias de paz, las tentativas estériles de reconciliación, el costoso despliegue de

las fuerzas de paz de la ONU y la Unión Africana. En este vacío de autoridad, delincuentes de todo tipo han tomado su parte de poder: traficantes, especuladores, bandidos contratados y los fundamentalistas de Al-Shabab, la única organización medianamente estructurada. Los emuladores de Al-Qaeda, forzados a retirarse luego de sangrientos combates en las orillas de los principales centros urbanos, no han sido derrotados totalmente. Controlan caminos y aldeas en el sur del país, el Bajo Scebeli, el corredor Afgoye, las áreas rurales cercanas a Baidoa, Chisimaio, Johar, Balad. Sus células y sus patrocinadores todavía están en Mogadiscio.

“La ciudad está llena de espías e infiltrados: en mezquitas, en la policía, en el gobierno, en el parlamento – dice Amin, un ex ejecutivo del servicio secreto –. Nadie habla. Quien abra la boca está condenado a muerte”. La seguridad es uno de los principales negocios en la capital. Amin olfateó el acuerdo y fundó una empresa privada: alquila acciones y automóviles blindados con ventanas oscurecidas a mil dólares por día. Los ministros, funcionarios y comerciantes viven en casas convertidas en búnkeres, cercadas de muros rematados por redes de concertina, cámaras de circuito cerrado, plataformas de observación y nidos de ametralladoras.

La “zona roja” ostenta un aire de normalidad engañosa. Edificios nuevos, otros pintados, escuelas que funcionan. Excavadoras y operarios trabajan removiendo escombros de los edificios aplastados por los últimos coches bomba. Pero basta ir más allá de los puestos de control y entrar en los barrios de Shingani y Hamar Weyne, en el corazón de la antigua ciudad colonial, para ver los muros esqueléticos de la Catedral y las ruinas de los palacios umbertinos en el paseo marítimo.

Queda muy poco de la Mogadiscio italiana, devastada por la guerra. Se han realizado algunos trabajos de restauración: el hotel Cruz del Sur, el antiguo palacio del gobernador y el hospital De Martino, restaurado por técnicos de cooperación italiana, que según la intención de la ministra de Salud, Fawziya Abikar Nur, debería convertirse en "la primera policlínica universitaria del país". Pero los multifamiliares destrozados por las bombas frente al ex Corso Vittorio Emanuele, están en ruinas. Los desplazados han ocupado la oficina de correos, un banco, las aulas del instituto Regina Elena.

Lo que avanza, imparable, es el Mogadiscio turco. Las banderas con la media luna ondean en el puerto y el aeropuerto, administradas por las compañías de Ankara; en el hospital Digfer, renombrado Erdogan en honor del único Jefe de Estado no africano que pisó Somalia desde la época de Siad Barre; en la gigantesca nueva embajada en el Lido; y en la Academia de Entrenamiento Militar de Anatolia, la mayor base militar turca en el extranjero, inaugurada el 1 de octubre para entrenar a 10 mil soldados del ejército somalí.

Ankara ha desembolsado 400 millones de dólares para enfrentar la emergencia de la hambruna, envió miles de toneladas de alimentos, envió médicos y ambulancias aéreas para rescatar a las víctimas de los atentados, construyó escuelas, carreteras, orfanatos. No se trata sólo de ayuda desinteresada y oportunidades comerciales. En la perspectiva neo-otomana de Recep Tayyip Erdogan, Somalia es un peón útil en la competencia con Arabia Saudita y los Emiratos por la supremacía geopolítica en el mundo árabe.

Casi cae la noche y los muchachos de la escolta han comenzado a masticar el khat. No voltean cuando desde

la ventana de un Land Cruiser, que emerge en una intersección, una ráfaga seca de AK-47 rasga el cielo. Pero estoy nervioso. Tenemos que ir al hospital de la Medina y hay vecindarios que es mejor evitar incluso durante el día: la fábrica de pasta, el mercado de ganado, el quinto kilómetro.

Los heridos llegan al hospital de la Medina: soldados caídos en una emboscada a las puertas de Mogadiscio, soldados atravesados por las esquirlas de las granadas. El teniente Abdiwali tiene una rodilla aplastada; Mohamed Shek e Irat Farah tienen una bala en el abdomen: su convoy fue atacado en Basrah, en el camino a Balad; y el sargento Ahmed Gosaar pisó una mina mientras patrullaba con las fuerzas especiales estadounidenses en el bosque de Bulo Gudud. Luego están los civiles, alcanzados por balas perdidas, por la explosión de un coche bomba o una molotov repleta de clavos y tornillos. Como Liban, de 14 años, limpiabotas que perdió su pierna derecha en el ataque del 28 de octubre, al igual que Bashara, de 15 años, que ingresa a la sala de operaciones con un trozo de metal en el cerebro.

Los niños desnutridos, los pacientes con SIDA, quienes padecen enfermedades endémicas de Somalia —malaria, cólera, tuberculosis— languidecen en las maltratadas salas del único hospital público de la ciudad, el Benadir, construido 40 años atrás por los chinos: un equipo arcaico, intendentes que levantan escombros de los pasillos lastimados por los coches bomba, médicos y enfermeras sin salario. “Es un desastre —dice el director Abderizak Hassan Ali— no tenemos dinero. Compramos medicamentos en el mercado. Cooperamos para pagar a los guardias. Aquí a nadie le importa la vida de las personas: la salud es un pretexto para robar. ¡Y la mortalidad infantil se encuentra entre las más altas del mundo!“.

El senador Osman Mohamud Dufle, un gastroenterólogo que por su empeño humanitario fue nominado al Premio Nobel de la Paz, no se rinde. “Necesitamos restablecer los cimientos de la sociedad – dice – romper la conexión entre negocio, corrupción y delincuencia. Es la miseria la que lleva a los jóvenes a los brazos de Al-Shabab”.

Mohamed Jama, seis hermanos, desempleado, nunca fue a la escuela. Tenía 12 años cuando fue reclutado. Lo conocí en el centro de rehabilitación de la ONG Iida, destruido por un camión bomba el 14 de octubre. “Brazos, pies, cabezas cortadas: encontramos de todo entre los restos”, dice Maryam, voluntaria de Iida. “Fue un amigo quien me convenció – cuenta Mohamed –. Dijo que si matábamos a los infieles iríamos al cielo. Nos dieron dinero para matar a los que no iban a la mezquita. Los mayores tenían pistolas y bombas caseras. Éramos seis en nuestro grupo. Estábamos en la zona del mercado, pero a menudo cambiamos de alojamiento”. Mohamed se retiró, pero cientos de niños a la deriva terminan en la red yihadista: trabajadores baratos, peones inconscientes destinados al martirio. Porque en Mogadiscio siempre son los señores de la guerra quienes mandan, incluso cuando el tiempo de los tiroteos y la “técnica” de ametralladora en el capó hayan pasado.

Hoy, los señores de la guerra visten chaqueta y corbata, viajan en clase ejecutiva entre Somalia y los Estados Unidos, Europa, Dubai. Y hacen dinero del comercio, la construcción, las telecomunicaciones, el transporte. Pero los métodos no cambian: extorsión, incautaciones, ejecuciones sumarias. En el mercado de Bakara ya no hay granadas y municiones: si necesita un AK-47 o un lanzacohetes, una llamada telefónica es suficiente, como pedir una pizza o un capuchino: servicio a domicilio.

El dólar reina soberano. La moneda somalí sólo se ve en los campos de refugiados. Y en el caos, el negocio florece. El presidente Abdullahi Mohamed, *Farmajo*, y el primer ministro Ali Khayre, tecnócratas laicos y pragmáticos, están bajo una fuerte presión de los grupos que prosperan en la economía de guerra y apuntan a debilitar al gobierno federal que asumió apenas la primavera pasada. “Los viejos señores de la guerra fueron reciclados —sonríe Hersi—. Mussa Sudi y Abdi Qaybdid se compraron un escaño en el Parlamento; y Bashir Raghe ganó un contrato de seguridad con el Amisom”. Enriquecerse es fácil en este país fallido que se ha convertido en la tierra de Bengodi: sin impuestos, facturas, intereses bancarios, sin molestos controles aduaneros. La protección está garantizada por Al-Shabab, que cobra el piso en cada actividad, sean políticos, comerciantes, la compañía telefónica, camioneros, empleados, policías. Quien no paga con dinero, paga con sangre.

El hambre también es una ganga. Al-Shabab extorsiona a las organizaciones humanitarias e impone fuertes impuestos al transporte y la distribución de ayuda, que sólo en contadas ocasiones llega a su destino. Sin mencionar las otras fuentes de ingresos: piratería, narcotráfico, armas, marfil, medicinas, financiamiento concedido por asociaciones “benéficas” wahhabi —organización musulmana de extrema derecha—; y los 12 millones de dólares anuales de contrabando de carbón, donde están involucrados los militares kenianos destacamentados en Kisimaio.

Durante varios meses, Estados Unidos intensificó el uso de drones y fortaleció las unidades especiales desplegadas en Somalia, pero con poco éxito. En Puntlandia, la facción disidente de Al-Shabab del jeque Abdulkadir Mu-min, que ha jurado lealtad al ISIS, se fortalece reclutando

desertores derrotados del Estado islámico en Siria e Irak. Y en Kenia hay una guerra abierta entre el ejército y grupos yihadistas que atacan cuarteles y vehículos policiales, autobuses, iglesias, tiendas, campus universitarios y hoteles “infieles” desde sus escondites en el bosque de la frontera somalí y las ciudades costeras. Desde Lamu hasta Mombasa, y más hacia el Sur, en Tanzania, las mezquitas salafitas y las madrasas se multiplican y se convierten en prosélitos.

En el aeropuerto de Malindi, donde cierran los albergues y la comunidad italiana hace maletas, despegan helicópteros de equipos antiterroristas entrenados en Israel. Pero nadie parece capaz de erradicar la metástasis que ha afectado a Somalia durante 30 años y se extiende a lo largo de las tórridas costas del Océano Índico.

Viernes de Repubblica, 08/12/2017





EN LA TIERRA DE LOS MUERTOS VIVIENTES

Bentiu, Sudán del Sur, enero 2017.

*"En tiempos de paz, los hijos entierran a sus padres,
en la guerra, los padres deben enterrar a sus hijos."*

Herodoto, *Historias*.

Roda enciende el fuego.

Con la leña verde, el humo llena la habitación, hace que los ojos se llenen de lágrimas. Pero al aire libre es peor. Demasiadas moscas, demasiados mosquitos, demasiado barro. Y el Sol quema.

La cabaña es como las otras. Sector 1, bloque 4. Paredes de cañas, puerta de zinc, piso de tierra, techo de lámina y plástico. La letrina es un cobertizo de zinc en el borde del desagüe, lleno de lama maloliente y verdosa. Pero aquí en el Poc, el "sitio para la protección de los civiles" de Bentiu, Roda y los otros 130 mil nuer desplazados se sienten seguros. Al menos eso esperan.

Roda salió viva del infierno. Pero casi toda su familia fue masacrada. "Era enero de 2015 —recuerda—. Los tukuls ardían como hogueras de maleza. Acurrucados en el bosque, escuchamos los gritos y los estallidos de las ametralladoras. Vimos a los milicianos perseguir a los niños:

los cortaban con podadoras y machetes. Había cadáveres por todas partes: mujeres destripadas, bebés carbonizados. Y los cuerpos mutilados de mis cinco hermanos. Todavía huelo la sangre, la carne quemada”.

Roda y su esposo se salvaron por accidente: habían ido con los dos hijos a buscar agua del río. Al amanecer regresaron al pueblo, donde las hienas y los buitres ya se habían saciado. Tomaron lo que quedaba de las ruinas humeantes de su hogar, dos ollas, una manta, un lavabo, y huyeron a pie atravesando los pantanos. Cinco días de caminata alimentándose de raíces, insectos y bayas silvestres. “Ciertas plantas se pueden comer —explica—. Se golpean con un palo hasta reducirlas a una pulpa, amarga y filamentosa, que se hierva. Pero no pensamos que pudiéramos hacerlo. Kelual tenía cuatro años; Sunday, la mujer, sólo dos. Y yo estaba embarazada. Tuvimos la suerte de encontrarnos con un pueblo Nuer al sur de Bentiu y acampamos debajo de un gran tamarindo: di a luz bajo ese árbol. Un hombre: lo llamé Puot —escapó del peligro—. Entonces vinimos aquí. No hay otro lugar donde podamos ir”.

Perdieron todo, especialmente las vacas. Para los nuer, como para los dinka, el ganado es la vida. La leche y la sangre son alimentos preciosos en tiempos de hambruna. Con el estiércol mezclado con paja, hacen los ladrillos y el yeso de las casas, el combustible para cocinar y obtener la ceniza que, rociada en el cuerpo, protege de los mosquitos. Con la orina se curten las pieles, se elabora el cuajo, se tiñe el cabello. Y las vacas blancas con cuernos curvos son la dote de los matrimonios: hasta 100 cabezas para una niña joven y hermosa. “Sin vacas —reza un proverbio— no hay esposa; sin esposa no hay hijos y sin hijos muere la tribu”.

Puot juega con una vieja lata de cerveza. Su universo,

y el de miles de niños nacidos en el Poc, es un horizonte cerrado: termina en la concertina que rodea la ciudad de los muertos vivientes. Debido a que el campamento es una fortaleza, o una prisión, vigilado por dos batallones de cascos azules de la Unmiss de Mongolia y Ghana, misión de la ONU en Sudán del Sur. Los vehículos blindados, las torres de avistamiento, los terraplenes, las garitas, las barreras de concreto y las posiciones de ametralladoras son indispensables para defender al personal de las organizaciones humanitarias, almacenes de alimentos y medicinas. Y para evitar el exterminio de refugiados. Recién nacido —9 de julio de 2011—, el Sudán del Sur cristiano ya es un estado fallido: otra Somalia devastada por la guerra y el hambre. Otra derrota de la comunidad internacional.

Las esperanzas suscitadas por una independencia que ha costado 40 años de sangrientas batallas contra los ejércitos del Norte musulmán y más de dos millones de víctimas, naufragaron de inmediato. Miles de millones de dólares de ayuda económica —en gran parte desembolsados por Washington y la ONU—, se hicieron humo: fue derrochado por uno de los regímenes más corruptos del continente utilizándolo para comprar armas, hurtado por los líderes de la milicia que luchan por el poder y los recursos del país, rico en petróleo.

El conflicto explotó en julio de 2013, cuando el presidente Salva Kiir, un dinka, acusó a su vicepresidente Riek Machar, un nuer, de organizar un golpe de Estado. Los enfrentamientos entre el SPLA, el Ala armada del movimiento de liberación popular Movimanto, que controla el gobierno provisional, y los seguidores de Machar, se han propagado desde la capital, Juba, a todas las provincias, provocando una guerra civil de ferocidad inaudita, exacerbada por las

rivalidades étnicas latentes y alimentado, en la sombra, por los intereses opuestos de las potencias regionales: la lucha por la hegemonía en el cuerno de África entre Etiopía y Uganda; y la disputa sin resolver entre Egipto, Etiopía y Sudán sobre el control de las aguas del Nilo.

Poco importa si las armas provienen de El Cairo, Kampala o Jartum. El resultado es entre 50 y trescientos mil muertos en cinco años, 16 mil niños soldados, cuatro millones de personas desplazadas, cinco millones de agricultores y ganaderos en riesgo de morir de hambre, dos millones de refugiados en la frontera —casi un millón sólo en Uganda— en una población de 13 millones. Sudán del Sur, tan grande como Francia, rico en agua, tierras fértiles y petróleo, se está quedando vacío. A los soldados, durante meses sin sueldo, se les ha otorgado licencia para matar y apoderarse del botín, mientras que los escuadrones “Youth”, jóvenes reclutados en el campo, mal armados y sedientos de venganza, atacan a los civiles indefensos. Los sobrevivientes hablan de pueblos arrasados, violaciones masivas, civiles quemados vivos, niños despedazados, redadas de ganado, escuelas destruidas, hospitales saqueados y personas enfermas sacrificadas en sus camas.

No es fácil llegar al remoto Bentiu, la capital del estado de Unity, cerca de la disputada frontera con Sudán, escenario de duras batallas y represalias brutales. Por tierra ya no es posible: incluso los convoyes humanitarios escoltados ahora están en la mirilla de los militares, que ya han asesinado a más de 80 trabajadores de asistencia locales y extranjeros. El único medio de transporte es el vuelo semanal de un avión bimotor de Naciones Unidas desde el desastroso aeropuerto de Juba, el antiguo Gondokoro, un destino codiciado por geógrafos y exploradores que, en la

época victoriana, subieron por las sinuosidades del Nilo. En 1863, Samuel Baker tardó 40 días en hacer el viaje de Jartum a Gondokoro, donde conoció a Richard Burton y John Speke, regresando de una expedición en busca de los enigmáticos manantiales del Gran Río.

En ese momento, la ciudad no era más que una estación de aventureros, traficantes de esclavos y bandidos siempre borrachos con un gatillo fácil. La misión católica austriaca también estaba en ruinas: fundada en 1851, había sido abandonada después de sólo ocho años con un balance de 15 de los 20 sacerdotes asesinados y ni un solo converso. El abandonado puesto comercial del Nilo, escribe Baker en su diario, era “un infierno perfecto”. Hoy Juba está lleno de iglesias y misioneros, funcionarios de la ONU y voluntarios de ONGs. Pero sigue siendo un lugar infernal, sofocado por el miedo.

Camiones cargados con hombres armados de Kalashnikov patrullan rabiosamente los caminos de tierra, zigzagueando entre pozos y montones de basura. Las persianas de las tiendas, acribilladas, siguen cerradas. Docenas de compañías han cerrado. Los suburbios están desiertos. Los nuer huyeron a Uganda o a los dos campos protegidos por los Unmiss, dejando atrás las casas quemadas, sus pertenencias y muertos. Al atardecer, se activa un toque de queda no declarado y la ciudad cae en la oscuridad, en un silencio tenso, roto por los disparos y los ladridos de los perros callejeros. Por la mañana se cuentan los cuerpos. Y fuera de la capital es aún peor.

En el vuelo a Bentiu releo los datos que escribí en el cuaderno. El analfabetismo es cercano al 80 por ciento, una cuarta parte de la población vive con menos de un dólar al día, más de la mitad del presupuesto estatal es absorbido

por Defensa; el transporte público y los servicios esenciales son inexistentes, el agua potable llega a la venta en contenedores traídos por vendedores ambulantes, en los hospitales se carece de medicamentos, el sistema escolar está en desorden y los maestros sin sueldo están en huelga desde hace más de un año. Tan pronto como llegan a la pubertad, las niñas abandonan la escuela: sus padres las obligan a casarse para conseguir algunas vacas como dote. El gobierno no tiene un centavo y para hacer frente a las deudas imprime dinero en papel usado: la inflación es del 900 por ciento. Para pagar la cuenta del hotel tuve que llenar una mochila con billetes.

Enseguida, la inmensa extensión de la sabana es un espectáculo desolador: el cultivo de yuca y frijol abandonados, los pequeños grupos de tukul deshabitados. La lucha ha impedido la siembra, se han perdido los cultivos, la limpieza étnica y las deportaciones previstas por el gobierno en vista de las elecciones de 2018 están alterando el frágil equilibrio entre los 76 grupos y subgrupos tribales del país y el espectro de la hambruna, ya declarada en tres estados, es amenazante. El hambre es un arma de guerra efectiva.

El avión sigue el rastro plateado del Nilo, que en el Norte se dispersa en un vasto pantano de papiros, juncos, jacintos de agua, praderas de pata de elefante e islas de vegetación podrida. Es el Sur, un paisaje prehistórico, que no es agua ni tierra, poblado de cocodrilos, hipopótamos, serpientes venenosas y miles de millones de insectos. “Todo es salvaje y brutal”, escribió Baker. El Sur era el territorio del hambre, de la enfermedad, de la muerte. Un obstáculo durante siglos insuperable, una barrera entre el Norte islámico y el Sur cristiano y animista. Ahora Bentiu, al borde de los grandes pantanos, es la presa más buscada: aquí

están los yacimientos petroleros más ricos del país, desde donde el oleoducto transporta el petróleo crudo a Puerto Sudán, en el Mar Rojo.

Adueñarse de los pocos pozos todavía funcionando para dividir los ingresos de las exportaciones de petróleo, la única fuente de valiosa moneda además de la ayuda internacional, es el objetivo claro de los señores de la guerra. Bentiu está semidesértico: sólo se ven ancianos y niños, vehículos carbonizados, casas bombardeadas y campos minados. La mezquita donde murieron 75 civiles está cerrada: el *imán* se fue junto con todos los musulmanes. Sólo Hasan, el carnicero, continúa vendiendo carne *halal* en una bodega deteriorada del mercado.

El campamento de los desplazados está pocos kilómetros al Norte: un campamento interminable de cuarteles separados por canales de aguas negras, inmerso en la niebla azulada de las lucecitas de las enramadas.

Al interior de la ONG italiana Intersos, funcionan dos escuelas y ofrecen actividades otros ocho “centros educativos” a los que asisten 40 mil estudiantes de cinco a quince años. Muchos son huérfanos. Las aulas son refugios de lámina, plástico y acacia, algunas sin techo. “Faltan libros – declara Bashir, el gerente de la organización –. Faltan lápices, escritorios, cuadernos. Y los maestros son voluntarios reclutados entre refugiados que apenas saben leer y escribir. Hacemos nuestro mejor esfuerzo”.

La vida es durísima en Poc. Las cabañas están sobre pobladas, el calor es insoportable, la comida es escasa: el PMA se vio obligado a reducir a la mitad las raciones de aceite, frijoles, sal, jabón y harina de sorgo. En los puestos, entre enjambres de moscas, los niños venden restos microscópicos de grasa animal por unos pocos céntimos. Y el

trabajo duro es, como siempre, encomendado a las mujeres: cocinan, lavan, cuidan a los niños y a los ancianos, sacan agua de los pozos y la llevan en cubos pesados sobre su cabeza. Para buscar leña deben adentrarse en el campo. Van al bosque porque ahí “sólo” corren el riesgo de ser violadas: los hombres no volverían con vida.

En clínicas y centros nutricionales, que son en realidad casuchas marginales sin luz rodeadas de juncos, se hacina una humanidad que sufre: heridos, mutilados, pacientes agachados sobre esteras. Nyahok, 30 y siete hijos, tiene los senos vacíos y arrugados de una anciana. No puede amamantar a los tres gemelos a los que ha dado a luz recientemente. Uno de ellos, Matuong, tiene el vientre dilatado y las mejillas huecas. Su hermano Duop, de ocho años, arrastra sus delgadas piernas como ramas secas, apoyado en un palo. No superó el trauma de la masacre de su padre y sus dos hermanas. “Había cadáveres en todas partes – dice con voz débil –. En las casas, en las zanjas, en las marismas”.

Las precarias condiciones higiénicas favorecen la propagación de enfermedades: malaria, tuberculosis, tifus, neumonía, sarna, kala azar, verminosis, diarrea. La tasa de malnutrición y desnutrición severa de niños menores de cinco años está aumentando. Y con las grandes lluvias también llegará el cólera.

El cielo está lleno de nubes, los pájaros vuelan bajo, las ráfagas de viento arrancan las láminas de plástico de los tejados de las casuchas: la tormenta se acerca. Es un alivio para la tierra quemada por la sequía, para los terrenos quebrados por el sol y para los hambrientos que tienen que plantar el mijo. Las lluvias ralentizan el movimiento de las tropas, bloquean ejércitos blindados, clavan a las milicias

en sus posiciones. Pero también hacen que sea casi imposible enviar y distribuir ayuda. Las carreteras son intransitables, los aeropuertos cierran. Todo se detiene. Y los campamentos de desplazados se transforman en pantanos de lodo y aguas residuales humanas, vectores de epidemias y contagios.

Los pacientes más graves sólo tienen una oportunidad de salvarse: el hospital Médicos Sin Fronteras, el único centro de salud con salas de cirugía, cuidados intensivos, salas de pediatría, especialistas capaces de ayudar a pacientes con tuberculosis, personas seropositivas, quemaduras y niñas violadas, muchas incluso dentro del Poc. En una de las 170 camas de la clínica, un niño desnutrido, piel arrugada pegada a los huesos, los ojos hundidos, lucha por mantenerse con vida. Sólo respira. Tiene una aguja de goteo en la sien, otra atorada en la rodilla. “Ella es demasiado débil para hacerlo”, susurra una enfermera.

Frente a su choza, Roda se prepara para las lluvias cavando una trinchera. “Ahora, está es mi casa. Esto es todo lo que tengo – dice –. Y no nos iremos. Aquí, al menos, por la noche no se escuchan los gritos, los estallidos de las ametralladoras”.

Se escucha una canción, a veces. Peor que el hambre, sólo la ausencia de esperanza. Y así, en una de las muchas iglesias de la ciudad de los muertos vivientes, algunas tablas de madera bajo un techo de hojalata, los nuer se reúnen en oración. Cantan y rezan por sus muertos. Bailan y rezan por sus hijos perdidos. Para olvidar el odio, el dolor, los disparos. El fuego, los gritos, la sangre.

Viernes de Repubblica, 15/09/2017





BIBLIOTECA EN EL DESIERTO

Timbuctú, Mali, febrero 2018.

Bigote arreglado, babuchas en los pies, el elegante *kufí* para ocultar la calvicie y un caftán a cuadros en un corpulento físico de mediana edad. En su oficina del segundo piso de un edificio anónimo en Baco-Djicoroni, un barrio polvoriento en las afueras de Bamako, Abdel Kader Haidara no tiene el aspecto imprudente de un Indiana Jones del Sahara. Pero este hombre de aire suave y mirada aguda, es el autor de una empresa audaz: salvó la mayor colección de manuscritos árabes en el mundo de una probable destrucción por parte de los yihadistas de Al-Qaeda.

Es la primavera de 2012 y el Norte de Mali está en caos. Después del colapso del régimen libio, las milicias de la Legión Islámica de Gadafi saquearon arsenales y vertieron en tierra de nadie, entre Chad y Mauritania, una impresionante cantidad de vehículos, municiones, ametralladoras, misiles tierra-aire y quintales de explosivo Semtex. En Mali, los separatistas tuareg de MNLA, el movimiento que durante décadas ha luchado por la independencia de Azawad (“la tierra de los pastos”), ha unido fuerzas con los grupos salafistas, Ansar ad-Din y Aqmi (Al-Qaeda en

el Magreb Islámico). Mientras que en Bamako una junta militar despide al presidente Toumani Touré, los rebeldes conquistan Kidal y Gao. Y a finales de marzo están a las puertas de Tumbuctú.

Abdel Kader está alarmado. Nadie es más consciente que él del peligro que se cierne sobre los tesoros guardados en las bibliotecas. Es uno de los 14 hijos de Mohammed “Mamma” Haidara, un erudito local coleccionista de códices antiguos que ha dedicado su vida a los libros. Entre 1984 y 2000 buscó en las aldeas de la región manuscritos en nombre del Instituto Ahmed Baba, centro de estudios creado en 1973 por la UNESCO. Sólo en la biblioteca familiar, que lleva el nombre del padre, hay más de 16 mil. Y en 1996 fundó Savama — Asociación para la Conservación y Mejora de los Manuscritos —, una ONG que reúne 20 de las 45 colecciones privadas de Timbuctú que ahora están a merced de una horda de fanáticos armados.

Bruce Chatwin sostiene que hay dos Timbuctú: “El lugar real, una ciudad de caravanas gastadas donde Níger se adentra en el Sahara; y la del mito, el Timbuctú de la mente”. La misteriosa e inalcanzable ciudad del desierto ha estado en el mapa de la imaginación colectiva durante miles de años. Heródoto, en el siglo V después de Cristo, habla de un distrito “habitado por magos y hechiceros a orillas de un río lleno de cocodrilos”; y 500 años después, Plinio el Viejo habla de tribus monstruosas de trogloditas “mitad hombres y mitad bestias”. En la Edad Media, cuando dos tercios del oro que circula en Europa provenía de del Bilad as-Sudán, la “Tierra de los negros”, geógrafos y viajeros alimentaban la leyenda. Al-Idrisi cuenta de un gobernante que poseía una pepita de oro de 15 kilogramos. Al-Omari informa que cuando el *mansa* Musa —rey de

Mali – decidió hacer la peregrinación a La Meca en 1324, fue acompañado por un séquito de 60 mil hombres, doce mil esclavos y cientos de dromedarios que, además de las concubinas y los suministros transportados, llevaban dos toneladas de oro en polvo y lingotes.

Los historiadores atribuyen la fortuna de la ciudad a su posición estratégica en la curva de Níger. Tim-Buctú, “el pozo de Buctú” –nombre del esclavo tuareg al que se le había confiado la custodia de un pequeño campamento– se convirtió en la principal terminal comercial de las laderas transaharianas: desde el Sur, las caravanas transportaban marfil, caucho, especias, nueces de cola, maderas preciosas, oro y esclavos; del Mediterráneo fluían sal, azúcar, telas, hierro y cobre, armas y textos raros en pergamo.

El primero en mencionarlos fue El león africano (Hasan ibn Muhammad al-Wazzan al-Zayyat), en 1509: “Uno compra numerosos manuscritos de Berberia, y los ingresos derivados de su venta exceden los de cualquier otra mercancía”. Timbuctú era parte del Imperio Songhai en ese momento y era una de las grandes capitales económicas y culturales del África subsahariana, con docenas de mezquitas y 180 escuelas coránicas frecuentadas por juristas y literatos. Los copistas transcribieron los libros religiosos y seculares que llenaban los estantes de las colecciones públicas y privadas.

Después, las guerras, la hambruna y el cambio hacia el Este de las rutas comerciales desencadenaron un declive inexorable: Timbuctú, enterrado por las dunas y el olvido, terminó convirtiéndose en un municipio provincial irrelevante. “Una masa de chozas de barro –escribe el explorador francés René Caillié en su *Diario de un viaje en Timbuctú* (París, 1830)– mal construido, rodeado de vastas exten-

siones de arena y la mayor aridez". Pero el escocés Gordon Laing, quien en 1826 fue el primer europeo en cruzar el umbral de la ciudad, había encontrado algo interesante: libros, que le fueron robados al ser atacado y asesinado en el camino de regreso. Y otros libros, por miles, dejaron atónito al alemán Heinrich Barth en 1853, quien regresó a su casa para contarlos. Hasta principios del siglo XX, fue el periodista Félix Dubois quien reveló a los lectores de *Timbuctú* que había descubierto el secreto de la misteriosa Timbuctú: el tesoro enterrado era su biblioteca.

En la primavera de 2012, Abdel Kader Haidara tiene un pensamiento fijo: salvar los manuscritos. El 1 de abril, los tuareg de los MNLA entran en Timbuctú mientras el ejército se retira sin disparar un solo tiro. Pero unos días después, la bandera negra de Al-Qaeda suplantó al tricolor independentista: los yihadistas se apoderaron de la ciudad.

Para guiarlos hay un triunvirato de asesinos despiadados. Esto incluye a Abdelhamid Abou Zeid, quien se autoproclama "emir de Timbuctú", un terrorista argelino afectado de raquitismo, ex miembro del Grupo Salafista de Predicación y Combate: un asesino despiadado, responsable de masacres, secuestros y decapitaciones de prisioneros europeos; Iyad Ag Ghali, el líder del levantamiento tuareg de los años 90, mediador ambiguo en las negociaciones para la liberación de numerosos rehenes occidentales y ex cónsul maliense en Jeddah, radicalizado por la secta islamista Tablighi Jama'at y fundador de Ansar ad-Din; y el famoso terrorista argelino Mokhtar Belmokhtar, líder del grupo Qaedista Al-Murabitun, un ex veterano de Afganistán apodado *El laouar El tuerto*, también conocido como el Mr. Marlboro: se embolsó decenas de millones de dólares con tráfico de cigarrillos, drogas, armas y migrantes entre el Golfo de Guinea y el Norte de África.

En Timbuctú, los ocupantes imponen la sharia. La policía hace pedazos las botellas de alcohol, prohíbe la música y las fiestas, obliga a las mujeres a usar pañuelos en la cabeza y convierte el cajero automático en una prisión para mujeres en la sede del Banque Malienne de Solidarité. La corte islámica aplica las sentencias *hadd*: azotes, amputación de manos y pies a ladrones, lapidación por relaciones sexuales ilícitas. Mientras que un tercio de los 54 mil habitantes abandonan la ciudad, Abou Zeid se instala en la antigua villa de Gadafi y retiene algunos rehenes franceses en la nueva sede del Instituto Ahmed Baba, construido en 2009 por los sudafricanos frente a la mezquita de Sankoré.

Los más de 300 mil manuscritos conservados en el instituto y en bibliotecas privadas están en peligro. Y la alarma aumenta cuando los yihadistas se arrojan contra los símbolos de la ciudad y contra las tumbas de los hombres santos sufíes: derriban el sepulcro de Sidi Mahmud y otros nueve mausoleos, rompen la puerta occidental de la mezquita Sidi Yahya, que según la tradición estaba destinada a permanecer cerrada hasta el final de los tiempos; y atacan el monumento ecuestre de Al-Farouk, el talismánico *jinn* que protege la ciudad de los espíritus malignos.

“No hubo un minuto que perder —dice Haidara—. Le pedí permiso a la Fundación Ford para usar la beca de 12 mil dólares y en lugar de ir a Oxford comencé a comprar baúles”. El plan, desarrollado en reuniones clandestinas con otros bibliotecarios, es una apuesta. El secreto máximo es esencial. Un número reducido de personas de confianza debe ingresar a las bibliotecas por la noche, llenar cajas de metal, sacos de arroz y baúles con manuscritos, empujarlos hasta cargarlos en carretillas y halarlos con burros para transportarlos a viviendas seguras. El siguiente paso,

el viaje de Tumbuctú a Bamako, es aún más arriesgado. “Estábamos robando miles de documentos extremadamente delicados bajo la nariz de terroristas —recuerda Haidara—. Y tuvimos que enviarlos por medios improvisados a cientos de kilómetros en el desierto, pasando puntos de control, pistas y caminos infestados de bandidos. ¡Alá fue amable!”.

A mediados de septiembre, 24 mil manuscritos del Instituto Ahmed Baba se encuentran en Bamako. En Timbuctú, sin embargo, queda el 85 por ciento de los activos totales: el que se mantiene en las bibliotecas privadas. Haidara vuelve a la carretera: llama a la UNESCO, la fundación Gerda Henkel, el centro Juma al-Majid en Dubai, la cooperación suiza, la Universidad de Hamburgo. Un grupo de donantes —Fondo Prince Claus, Fundación Doen y Ford, embajadas alemana y holandesa— se compromete a cubrir gastos de hasta un millón de euros: puede comenzar la segunda fase de evacuación.

Pero a principios de 2013 la situación se complica. París interviene para bloquear el avance de los yihadistas, y aviones y helicópteros bombardean convoyes rebeldes, las carreteras son intransitables y 900 baúles con 136 mil manuscritos todavía están en Timbuctú. La única salida es el río. Todo lo que queda es recurrir a las *piraguas*: en cada una de las largas canoas no caben más de 15 cajas. Las piraguas viajan con Djenné, a 223 millas al Sur, donde la carga se transfiere a camiones y taxis alquilados por Haidara, quien dirige las operaciones desde la capital para establecer contacto cercano con un grupo de correos, conductores y barqueros. Cuando el 28 de enero los parlamentos franceses liberaron Timbuctú, 377 mil 491 manuscritos ya estaban a salvo en unos 20 apartamentos en Bamako.

Faltaban 4 mil 203 códigos del Instituto Ahmed Baba, robados y en parte quemados por terroristas que huyeron. Pero la temida catástrofe, comparada por los estudiosos con la destrucción de la biblioteca de Alejandría, se ha evitado.

Cinco años después, en la sede de Savama, en Bamako, el trabajo continúa. “Todos los documentos —explica Haidara—, deben ser inventariados, restaurados, catalogados, digitalizados y almacenados en contenedores de materiales libres de ácido que fabricamos en nuestros laboratorios. Tomará mucho tiempo”. Página tras página, los manuscritos son fotografiados y guardados en discos duros que se envían al Museo Hill y a la Biblioteca de Manuscritos en Collegeville, Minnesota: el centro de investigación más acreditado del mundo para el estudio de textos antiguos, administrado por los monjes benedictinos de la abadía de San Juan. “Incluso si la humedad en Bamako amenaza con dañarlos —declara el director de Savama— no podemos devolver los libros al norte”. Los yihadistas siguen ahí.

El Beechcraft bimotor de Naciones Unidas es el único medio para llegar a la ciudad de los 333 santos, que es hoy un puesto militar donde se encuentran soldados malenses, cascos azules de Minusma (la misión de la ONU) y los departamentos franceses de la operación Barkhane, atrincherada en el aeropuerto. En Timbuctú el *toubad* (extranjero) es el único vestido con ropa de civil, y en el hotel Colombe me advierten que tenga cuidado: cúbrase la cara con un turbante, mantenga un perfil bajo, vigile que no lo sigan y, por la noche, enciérrrese en su habitación. El negocio del secuestro es rentable y hay informadores e infiltrados por todas partes.

Los grupos armados han formado una nueva alianza: Jamaat Nusrat Al-Islam wal Muslimin (Organización

de apoyo al Islam y a los musulmanes), dirigida por el líder de Asnsar ad-Din Iyad Ag Ghali, que incluye a Hamadou Koufa, fundador del Frente de Liberación de Macina, la mano derecha de Belmokhtar, Abderrahman al-Sanhaji, el *qadi* de Aqim en Sahara Jamal Oukacha y el subdirector de al-Murabitun, Hassan al-Ansari. En los últimos meses han elevado la mira, intensificando los ataques contra convoyes humanitarios y bases militares. En enero mataron a 14 soldados malienses y 26 civiles. En febrero, una mina casera despedazó a dos soldados franceses en Gao. En marzo fueron a Uagadugú, Burkina Faso, donde atacaron la embajada francesa y el cuartel general de las fuerzas armadas. El 15 de abril atacaron las bases de la ONU en el aeropuerto de Timbuctú con armas pesadas: un soldado francés muerto y al menos 12 heridos.

En ausencia total del Estado, con los jóvenes sin trabajo, el aumento de precios y un gobierno carcomido por la corrupción y el nepotismo, los insurgentes tienen un gran juego. “Durante la ocupación hubo más seguridad. Ahora nadie nos protege —afirma Isa, quien era guía turístico—. Son los rebeldes quienes controlan el camino de aquí a Goundam. Hace un mes le cortaron las manos a dos bandidos: ¡les fue bien!”. Entre la población árabe de la ciudad, un mosaico de grupos étnicos bambara, tuareg, peul y songhai, hay quienes sostienen que los ocupantes garantizaron un mínimo de justicia, protegieron pastores nómadas durante la migración y la redistribución prometida de la tierra a los campesinos.

Pero en Timbuctú hay una atmósfera pesada, llena de tensión y sospecha. Los refugiados están regresando lentamente, los mausoleos destruidos se reconstruyeron y las chicas continúan usando maquillaje y *jeans*. Pero bajo

esta apariencia de normalidad precaria, los signos de guerra y abandono son evidentes. En las intersecciones siguen los vehículos blindados del ejército, muchas tiendas permanecen cerradas, los hoteles están vacíos y el comercio se reduce al mínimo: la mayoría de los bienes de consumo para la venta en los mercados entra a cuenta gotas desde Argelia. Y cuando se pone el sol, la gente se atrincherá en casa.

La prolongada sequía, la ausencia de transporte y la amenaza inminente de pandillas armadas causan inseguridad alimentaria generalizada y una alta tasa de desnutrición. El PMA distribuye arroz fortificado y legumbres a 207 escuelas de la zona. Pero en los centros de salud y clínicas en ruinas, faltan médicos y medicamentos. “Tenemos sólo un cirujano y dos anestesiólogos —comenta el director del hospital regional Karim Dambelé—. Los rebeldes saquearon el equipo y no tenemos el dinero para comprarlo”. En las salas, los niños luchan por sobrevivir: Zeinab, de 11 meses, pesa seis kilos; Husna, de un año, no llegará a cinco. Y hay quienes están peor.

A media hora en *jeep*, más allá de la villa bombardeada de Gadafi y las bases militares, siguiendo una pista que se hunde en el lecho seco de un canal, llegamos a una aldea de chozas de barro en la costa de Níger. El agua es baja, el pescado es escaso, vacas huesudas deambulan por los campos ressecos. Es aquí donde mil 500 refugiados desembarcaron en enero, dejando los pocos activos saqueados por una tribu tuareg al otro lado del río: no tienen nada, sólo unas pocas esteras y láminas de plástico para protegerse del Sol.

En Timbuctú voy en busca de manuscritos. El joven *imán* de la mezquita de Djingereber, Alfa Ibrahim Ben Es-sayouti, abre las salas de la biblioteca familiar, que contiene 4 mil documentos. A poca distancia, en el Fondo Kati,

hay más de 10 mil; 3 mil son resguardados por el *imán* de la mezquita Sankoré; muchos otros aún están ocultos en casas particulares. “Por la noche, durante la ocupación, transportaba tres mil volúmenes a lugares seguros —dice Mohammed Cissé en la puerta de la librería Al-Wangari—. Es bueno que se queden donde están”.

Abdul Wahid Haidara es el dueño de la biblioteca dedicada a su antepasado Mohamed Tahar, quien hace 200 años se mudó a Timbuctú desde el oasis de Arawan, a seis días en camello al Norte, donde la familia original de Yanbu, en Arabia, se había establecido en el Siglo XVI. “Mohamed Tahar —dice— fue un gran jurista y famoso calígrafo en todo el Sahara. Nos dejó más de 2 mil manuscritos”.

Me lleva a un almacén contiguo donde se apilan tanques de combustible entre loza suelta y galones de pintura. “En su mayoría son copias de *El Corán* y textos de la ley islámica —explica—. Pero también hay tratados sobre botánica, medicina, música, astronomía y matemáticas. Y luego cartas, poemas, oraciones sufíes, contratos comerciales, recetas de poción mágicas”. Los manuscritos, que no están encuadrados sino encerrados en cubiertas de piel de cabra o camello, varían en estilo de escritura y tamaño, desde unas pocas hojas hasta volúmenes de cientos de páginas. Algunos están escritos en papel con marca de agua fabricado en Venecia y Génova en el siglo XVI, otros están adornados con motivos caligráficos, perfiles de mezquitas y paisajes desérticos.

Preguntar y buscar en las estrechas calles de Timbuctú provoca descubrimientos inesperados. Como la colección de Sidi Lamin, de 74 años, medio escondida en la penumbra de una habitación alfombrada llena de estantes de libros. “Mi padre, Sidi Goumo, era un morábito —dice,

mostrándome un antiguo comentario sobre los dichos del Profeta —. Es de él que heredé los manuscritos. Son 2 mil 453 y cuando llegaron los yihadistas los enterramos en el patio: no los encontraron”.

Desde los minaretes, los muecines anuncian el Magreb, la plegaria del atardecer. Tengo que darme prisa a través de pequeñas calles donde la arena se traga las paredes de arcilla, desmoronadas, y los cerros se cierran detrás de las puertas. La noche desciende rápidamente, fría y estrellada, y el guardián del hotel ha encendido al carbón en el brasero del té. El silencio se rompe sólo por el balido de las cabras, el paso de un motociclo, el sonido de una flauta.

¿Qué tesoros se esconden aún en la misteriosa ciudad del desierto? ¿Qué incógnitas? Puedes escuchar disparos en la distancia. Hombres sin rostro acechan en las dunas.

Viernes de Repubblica, 04/05/2018





LA GUERRA EN LAS COSTAS

Taiz, Yemen, marzo 2017.

Una gasa para cubrir los ojos, tobillos y muñecas envueltos en vendas y la ropa ensangrentada, desgarrada por los fragmentos de metal al rojo vivo que desgarraron el cuerpo de Oudi Araf, de 13 años, asesinado por mortero mientras iba a la escuela. Está esperando su entierro en una de las seis salas frías del hospital al-Rawdah en Taiz, junto con otros 15 cadáveres destrozados por misiles y minas antipersonales. “Éste es el único depósito de cadáveres en la ciudad —explica el Dr. Fares al-Absi—. Cuando las celdas están llenas, tenemos que poner los cuerpos en refrigeradores”.

Taiz, de 400 mil habitantes, lleva dos años bajo asedio; es el Sarajevo de Yemen: desde las montañas que lo rodean, los rebeldes venidos desde el Norte lo bombardean con granadas y cohetes Katiusha; desde los tejados, los francotiradores disparan a transeúntes desarmados, mientras la artillería deshace los caminos de acceso para evitar el rescate.

La ciudad está en el frente más caliente de la carnicería yemení. Una guerra civil desencadenada por la revuelta de un grupo tribal, seguidor del zaidismo, una

variante del islam chiíta: el hutí, llamado así por su líder Hussein al-Houthi, quien murió en 2004, y que en enero de 2015 conquistó la capital Sana'a y gran parte del país con el apoyo de las milicias del ex presidente Ali Abdullah Saleh, lo que obligó al presidente legítimo, Abd Rabbo Mansur Hadi, a refugiarse en Adén, un bastión de resistencia leal. Pero no se trata sólo de un conflicto local con antecedentes étnicos y religiosos: en Yemen, como en Siria, chocan intereses más amplios y diseños estratégicos.

El 26 de marzo de 2015, Arabia Saudita, al frente de una coalición de países de la Liga Árabe, lanzó la Operación Tormenta Decisiva: una campaña de bombardeos aéreos que, en las intenciones del ministro de Defensa de Riad, Mohammed ben Salman, de 30 años, en pocos meses, llevaría a los hutíes a sus fortalezas del Norte, restituiría al depuesto jefe de Estado en Saná y fortalecería el papel de poder regional del régimen wahabí contra Irán, acusado de colusión con los insurgentes. Pero la tempestad resultó ser cualquier cosa menos decisiva. A pesar de algunos éxitos parciales, la intervención militar no ha cambiado sustancialmente el equilibrio en el campo de batalla y los intentos diplomáticos de mediación, hasta ahora, no han sido concluyentes.

Esta guerra olvidada, ignorada por los medios, ha cobrado ya más de 10 mil víctimas y 40 mil heridos, causado el éxodo de más de tres millones de civiles en una población de 27 millones y está destruyendo y matando de hambre a uno de los países más pobres del mundo. Según Naciones Unidas, la hambruna amenaza con afectar a 12 millones de personas: en 20 meses, 63 mil niños han muerto de enfermedades relacionadas con la escasez de alimentos y la falta de atención médica.

No es fácil llegar a Taiz desde las provincias del Sur. Un barco me llevó al puerto de Adén, el horno volcánico que después de la apertura del Canal de Suez fue mucho tiempo un punto estratégico y vital para la Armada Imperial Británica. La guerra no lo perdonó: edificios derrumbados, miles de personas desplazadas que sobreviven gracias a la ayuda distribuida por el Programa Mundial de Alimentos, tiroteos a plena luz del día, ambulancias que llevan heridos al centro quirúrgico de Médicos Sin Fronteras, huérfanos y niños desnutridos asistidos por voluntarios locales y por Intersos, la única ONG italiana aún presente en Yemen.

Al salir de Adén entramos a un territorio traicionero, donde los frentes se multiplican y fusionan. Hacia el Oeste, más allá del estrecho de Bab al-Mandab, la “Puerta de las Lágrimas”, –desde la cual transita el 40 por ciento del tráfico marítimo mundial– las fuerzas leales apoyadas por unidades de los Emiratos Árabes Unidos han recuperado Mocha (donde el 22 de febrero el general Saif al-Yafei, subcomandante de los ejércitos del Sur, murió en un ataque), y avanzan en la costa del Mar Rojo hacia el puerto de Hodeidah. Al Norte, los combatientes de la coalición apuntan no sólo a las posiciones hutíes: misiles y bombas de racimo (el británico BL755 y el estadounidense CBU-105 de la corporación Textron) atacan fábricas, plantas de energía, puentes, escuelas, mezquitas, hospitales, campamentos de refugiados, tanques de agua, mercados, funerales y bodas. Al Este, en las últimas semanas, las incursiones de aviones no tripulados del Pentágono y las incursiones de los Navy SEALs contra los santuarios de Al-Qaeda en la península arábiga se han intensificado desde las bases en las provincias de Abyan, Mukalla y Hadramaut. En el Sur dominan

los militantes del movimiento separatista al-Hirak y las células de Wilaya Sana'a, afiliadas al Estado Islámico están activas.

Walid, el conductor, sabe a dónde ir y cómo negociar el paso en los puestos de control. El único acceso a Taiz es una pista que cruza un desierto de dunas, sube por el lecho seco de un wadi y serpentea hasta los 2 mil metros de un puerto de montaña, para descender luego entre las colinas rocosas que se ciernen sobre las casas, entre tanques abandonados, refugiados en movimiento y puestos de control tripulados por milicianos armados que mastican hojas de khat, la eufórica planta que mata el hambre y el sueño.

Hay un ácido olor a podredumbre y plástico quemado: un humo tóxico fluye de los montones de basura que desordenan las calles. “Eres el primer periodista occidental en llegar aquí —dice Mansur, quien me acompaña a través de los meandros de la ciudad en ruinas—. Lo que verás es la agonía de un pueblo”.

En los pocos hospitales que quedan abiertos, no hay medicamentos ni herramientas. Los heridos de arma de fuego llegan en condiciones desesperadas: golpeados por mortero o con las piernas mutiladas por minas. Como Mohammed Shamsan, un maestro de 36 años y padre de seis hijos, a quien una bala de Kalashnikov en el cuello lo dejó cuadripléjico. O Hisham Hamud Ali, un miliciano de 22 años que perdió las piernas al saltar sobre un dispositivo activo. O Fahmi Hasan, enfermero de 37 años que quedó ciego y sin un brazo cuando la pared de su habitación explotó y le cayó encima en el mismo lecho de su cama.

Ahmed Anaam, director del hospital al-Thawra, hace lo imposible por mantener funcionando el edificio, atacado repetidamente por granadas. “Tuvimos que evacuar los pi-

sos superiores —explica—. Estamos transfiriendo pacientes y quirófanos al sótano. En el último año logramos hacer 15 mil cirugías. Pero es cada vez más difícil: faltan drogas, oxígeno y combustible; y no hay dinero para pagar salarios. Sólo recibimos ayuda de Médicos Sin Fronteras: terapias de urgencia y quinientos litros de diésel a la semana, si el camino no se interrumpe”.

En un taller adyacente, técnicos y trabajadores se han hecho expertos en fabricación de prótesis con materiales reciclados: yeso, varillas de hierro, cordones de cuero. El sistema de salud se está derrumbando: la Cruz Roja internacional también tuvo que retirar a su personal. El número de casos de desnutrición aguda en niños se ha disparado un 63 por ciento en comparación con 2015; el cólera, la malaria y el dengue son una amenaza constante.

Los suministros son raquíticos y además rehenes de las milicias que luchan entre sí. El embargo impuesto por la coalición multinacional y las incursiones de aviación en el puerto de Hodeidah han reducido drásticamente las importaciones de artículos de primera necesidad: los alimentos y la ayuda se han convertido en arma de guerra. En Taiz, tras dos años sin luz eléctrica ni combustible, el gas de contrabando se vende en botellas de plástico en los cruceros; y el agua potable es cada vez más riesgosa, pues se extrae de pozos inseguros o es distribuida en tanques petroleros contaminados, y ante los cuales las mujeres esperan horas para llenar botes de 10 litros. Las aceras están llenas de mendigos que piden un pedazo de pan. Los niños de la calle hurgan en la basura en busca de restos comestibles o queman cables eléctricos para recuperar el cobre y reciclarlo en el mercado.

También hay quienes ganan dinero, como en todas las guerras. Y son los productores de armas: los rusos, los

chinos y los países de la Alianza Atlántica, incluida Italia. Pero nadie gana más que los estadounidenses, que desde 2010 suministran a Riad cazas F-15, helicópteros, municiones, sistemas de ataque y defensa por más de 60 mil millones de dólares: la mayor venta de materiales de guerra en la historia de los Estados Unidos.

“Es una catástrofe – dice Ishral al-Maktari, jefe de la Asociación para la Defensa de los Derechos Humanos –. Nadie puede romper el asedio y nadie respeta los inútiles llamamientos a un alto el fuego. La población está a merced de la violencia por parte de todos los grupos armados y eso es inaceptable: ejecuciones sumarias, reclutamiento de menores, detenciones arbitrarias, bombardeos indiscriminados, secuestros, ataques a infraestructuras civiles, lugares de culto, zonas residenciales”.

El distrito de Gahmaliya, devastado por las bombas, es un espeluznante montón de piedras: escuelas y mezquitas destripadas, tiendas quemadas, vehículos carbonizados, edificios derrumbados, el hospital militar saqueado. La residencia del *imán* Ahmed, quien a fines de la década de 1940 convirtió a Taiz en la capital de su reino, es un puesto avanzado donde acampan los combatientes de la resistencia anti hutí. Algunas familias sobreviven en las ruinas de las casas, arreglándolas con madera y otros restos arrancados de entre los escombros; pero casi toda la población huyó, dispersándose en pueblos, en las ciudades, en refugios improvisados, en cuevas y en las barrancas de las montañas.

La parte Norte de la ciudad está en manos de los rebeldes. El frente cruza el distrito fantasma de Hay Bank, y Abu Mohammed, el comandante de la milicia local, me advierte que siga sus pasos: minas y explosivos están ocultos en callejones y edificios en ruinas. Nos acercamos a las

paredes, pisoteando vidrios rotos y municiones, a través de túneles y trincheras de sacos de arena. “Luchamos casa por casa —explica el comandante—. Las posiciones hutíes están allá, en el Monte Saber; en las colinas al Norte, Este y Oeste de aquí. No podemos ir más allá”. Nos detenemos en el refugio de una tienda de campaña que se extiende entre dos fachadas inseguras: una cortina para evitar que los francotiradores vean. Comienza una breve ráfaga, seguida de dos disparos aislados. “Tengo menos de 200 metros —dice Abu Mohammed—. Disparan con morteros, AK-47 y ametralladoras antiaéreas de largo alcance sobre cualquier cosa en movimiento”. Especialmente después del atardecer, cuando se siente el efecto khat.

Cerca de la línea del frente sólo hay un civil: Naima Saif Ahmed, una anciana que decidió quedarse. Su esposo la dejó por otra mujer, un hijo murió en la guerra y los otros se fueron. “Los guerrilleros me ayudan —cuenta—. Me traen agua y algo de comer. No necesito nada más. Si Alá me busca, me encontrará bajo este techo”.

Por la noche la oscuridad es total. En la ciudad asediada sólo se ven los faros de los *jeeps* militares, las hogueras de basura y las luces parpadeantes de una bombilla que un generador mantiene con vida. Las calles están desiertas. El silencio se rompe por los ladridos de los perros, la voz del muecín recitando *El Corán* y el rugido de las explosiones. Desde las ventanas, la gente mira con angustia los puntos luminosos que se encienden y apagan a los lados de las montañas: son las bases de los rebeldes. Todas las noches son una pesadilla: las balas golpean a Taiz sin previo aviso, sin lógica aparente como no sea espantar el terror. Y cada mañana hay cadáveres.



EN LA GUARIDA DEL LEOPARDO

Kinshasa, Zaire, mayo 1997.

El olor a Mobutu se estanca en los apartamentos saqueados. De las cortinas rotas, de las paredes, de la alfombra color miel empapada por el agua de las tuberías reventadas: un olor rancio a medicamentos y enfermedades, ungüentos y tintura de yodo. El piso del vestíbulo de entrada está cubierto de pañales, tapizado por cientos de cajas de cartón despedazadas a machete: el mariscal, que padece cáncer de próstata, es incontinente. Los armarios fueron saqueados. El baño es una masa de espejos rotos y botellas de fragancia en pedazos. En el guardarropa de la primera dama, Boboi Ladawa, uno camina sobre cajas vacías de joyas de Bulgari y Van Cleef, sobre montones de fotografías de álbumes familiares: Mobutu con el Papa, con el rey Baldwin, con George Bush y Ronald Reagan.

Sobre el buró de la cama, en el dormitorio, todavía hay antibióticos y pastillas para dormir; en el colchón, los amuletos de conchas y piel de cebra. En el estudio y en la gran sala de estar —con vista a las compuertas del Congo— sólo quedan algunas cosas: un trono de madera blanca, un escritorio, algunos libros de arte, fajos de billetes de banco fuera de circulación. Contra una pared, montones de

lingotes de cobre y barriles llenos de cobalto. Esto es lo que queda del mariscal Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu Wa Za Banga “el gallo que canta la victoria, el guerrero que va de conquista en conquista sin encontrar obstáculos”, en la capital del antiguo Zaire, ahora renombrado República Democrática del Congo: un villa dentro de la base militar de Camp Tshatshi, en la colina de Qinza, cerca del río donde el DSP, la temible División presidencial especial, se había encerrado amenazando, con pelear.

La rendición del dictador fue total e incondicional. Temprano en la mañana del domingo 18 de mayo, después de conquistar el aeropuerto, la radio y los suburbios, la vanguardia de las fuerzas rebeldes llegó al centro de Kinshasa sin encontrar resistencia. Pero al mediodía, cuando los milicianos de Laurent Désiré Kabila entraron al campo, nadie disparó. Los soldados zaireños, un poco más de mil, se rindieron de inmediato arrojando ametralladoras, pistolas y cajas de municiones al suelo. Los coroneles, generales y dignatarios de la corte ya habían abordado lanchas rápidas y estaban a salvo en Brazzaville, al otro lado del río. Mobutu, el Líder Supremo, había huido a Gbadolite, a su palacio faraónico en el Norte del país, para quemar documentos y vaciar las cajas fuertes antes de partir al exilio en un avión con destino a Togo.

Ahora, pasaportes falsos, chequeras vinculadas a cuentas suizas y cartas comprometedoras emergen de los escombros de la residencia de Tshatshi. Como el que encuentro en un cajón de un escritorio donde Executive Outcomes, la empresa sudafricana especializada en reclutar mercenarios, convoca a una reunión con el mariscal para definir las modalidades de una intervención en Zaire y subraya “los brillantes resultados ya logrados en Angola y en Sierra Leona”.

No todo fue destruido o quitado en la noche de la gran fuga y de los largos cuchillos, cuando los rebeldes estaban a las puertas de Kinshasa y los jerarcas del régimen, apenados, abandonaron la ciudad. Los primeros en eclipsarse fueron asesores políticos y empresarios del séquito de Mobutu. Unos días antes habían trasladado a sus familias al Hotel Intercontinental. Chicos arrogantes con teléfonos móviles siempre en sus oídos y custodiados por guardaespaldas, damas enjoyadas y multitudes de sirvientes ocupaban pisos enteros del hotel. De repente, el sábado por la mañana, cargaron sus maletas Louis Vuitton en los autos y bajaron al embarcadero hacia Brazzaville. Personajes poderosos y temidos como Kamanda Wa Kamanda, uno de los principales líderes del MPR (Movimiento Popular Revolucionario, el partido de Mobutu), han desaparecido; Seti Yale, un financiero muy rico, antiguo consejero para la seguridad del mariscal; y Bemba Saolona, un ex camionero cuyo imperio económico abarcaba desde diamantes hasta aerolíneas, desde oro hasta café, desde cacao hasta tecnología de la información.

Ahora el enfrentamiento se lleva a cabo entre militares. En la noche del sábado al domingo, la ciudad está desierta, bajo toque de queda, pero en todas partes se escuchan disparos y artillería. El general Mahelé Lyoko, de 56 años, ministro de Defensa y jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Zaire, murió en un tiroteo en el campamento Tshatshi.

“Lo mataron porque quería tratar con Kabila y evitar un baño de sangre —declara la hermana del general—. Era Kongolo, el hijo de Mobutu, —dice sollozando—. Lo hizo matar como se mata a las bestias, con un golpe en la cabeza”. La enfermera abre la cámara fría en la morgue y

extrae el cadáver, cubierto con una sábana blanca: “Una bala disparada a quemarropa —dice e indica el orificio de entrada en el ojo derecho—. Una muerte instantánea”.

Otros generales huyeron esa noche: Nzimbi, comandante del DSP; Baramoto Kpama Kata, yerno de Mobutu y ex jefe de la Guardia Civil; Likulia Balongo, primer ministro. El último en irse fue Kongolo. Era el terror de Kinshasa, donde había ganado el apodo de Saddam. De barba corta, corpulento y carácter irascible, tenía el rango de capitán y circulaba en *jeeps* con vidrios oscuros acompañado de un puñado de idiotas de gatillo fácil armados hasta los dientes. También lo llamaron “Señor arreglado”, porque era capaz de resolver cualquier problema con sobornos multimillonarios.

“Un jefe de la mafia del peor tipo —según un comerciante italiano que tuvo muchos encuentros cercanos con Kongolo—. Controlaba las cargas del supermercado, el contrabando de oro y diamantes. Y no dudó en eliminar a los que se atrevieron a obstaculizar sus planes”. Justo antes del amanecer, después de haber cazado a los generales que habían traicionado a su padre, incluso tratando de expulsarlos de las embajadas donde algunos de ellos se habían refugiado, Kongolo también cruzó el río.

Las víctimas de esa noche de terror se pueden contar el domingo por la mañana. “De esta manera, de esta manera”, grita una multitud emocionada en el barrio de Kintambo. Medio desnudo, tendido en el polvo, hay un hombre con el cráneo destrozado por una bala. Otro, a pocos pasos de distancia, tiene la cabeza aplastada: una máscara aterradora de sangre coagulada cubierta por una nube de moscas. “Mira dónde pones los pies”, grita un niño. Esparcidos en un radio de unos pocos metros, hay fragmentos de

carne humana y sesos. “Soy un militar de Mobutu —asegura Gérard Nkanda, un estudiante de la universidad—. Los rebeldes los atraparon robando y los ejecutaron en el acto. Algunos han sido linchados por la multitud enojada”.

En Bandalungwa, en Limete y en el bulevar del aeropuerto, donde un departamento del DSP trató de detener el avance de las milicias de Kabila, los habitantes de los barrios atacaron los cuerpos de los soldados muertos. “Los arrastraron a la calle —afirma un misionero—. Luego los rociaron con gasolina y neumáticos y les prendieron fuego a los cuerpos”.

Durante todo el día, los voluntarios de la Cruz Roja fueron y vinieron a la morgue del hospital Mama Yemo: más de 200 víctimas de linchamientos, ejecuciones sumarias, enfrentamientos entre soldados del ejército derrotado. Los camiones se detienen afuera, el monatti²¹, con la cara oculta por un pañuelo blanco, descarga los cadáveres que caen al suelo uno tras otro, horriblemente mutilados. Las cabezas golpean violentamente contra el suelo produciendo un ruido sordo y siniestro que tiene el efecto de un golpe en el estómago. Dentro, los cuerpos se apilan en una gran sala sin luz. El piso y las paredes están manchados de sangre. El hedor a muerte y putrefacción es insopportable: permanece pegado a la ropa.

“Así termina el reinado de Mobutu —habla desconsolado el cardiólogo del hospital—. Después de despilfarrar las riquezas del país, se fue al extranjero a disfrutar del fruto de 30 años de atracos. Esto es lo que nos dejó: guerra, corrupción, violencia, miseria”.

21. Hombre encargado de trasladar y depositar en algún lugar los cadáveres, en épocas de epidemia.

Pasa una camilla seguida de una chica desesperada que grita al médico: "Es mi padre: murió de una forma grave de anemia por desnutrición: podríamos haberlo salvado si tuviéramos medicamentos y soluciones fisiológicas. Pero no nos queda nada, los enfermos vienen aquí para morir".

Laurent Kabilia, autoproclamado presidente de la República, ha jurado pasar la página, borrar para siempre el recuerdo de la era Mobutu. Y la gente de Kinshasa, que lo recibió como un libertador, no puede hacer nada más que creerlo. Pero los métodos expeditos de las tropas que han ocupado la capital, aunque en parte están justificados por el estado de anarquía en el que cae la ciudad, no son una señal alejadora.

El lunes por la mañana, una patrulla rebelde encontró a un grupo de hutus ruandeses escondidos en un departamento del hospital central: uno resultó herido, otro perdió una pierna y se arrastraba en una perchera de madera. "¡Bastardos! — un miliciano banyamulenge, azotándolos con un cinturón, se dirigió a ellos —: Ustedes son responsables del genocidio de los tutsi en Ruanda. ¡Desnúdate, ponte en línea, sube a ese camión! ¡Cabeza abajo! ¡Se acabó para ti, ahora te mataremos!".

Un aluvión de disparos explota a pocos metros de distancia. En un pasillo lateral, un niño está muriendo en un charco de sangre. "Ese bastardo tenía un cuchillo — suplica el hombre que parece mandar al equipo. Ten piedad, suplican los prisioneros —. Sólo somos refugiados, vinimos a pie desde Kisangani. No nos mates". El camión parte hacia el aeropuerto y se detiene en Camp Mobutu, donde los 15 internos se ven obligados a pasar en una sola fila entre dos alas. Son golpeados, pateados, insultados. Los soldados salen del cuartel para disfrutar del espectáculo.

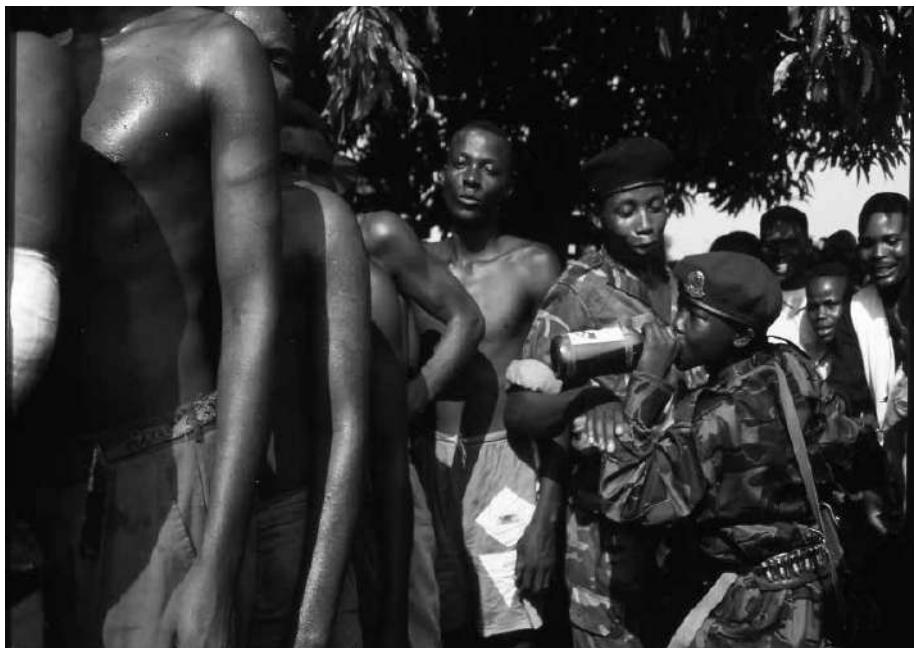
Un miliciano borracho de unos 14 años, con una docena de granadas colgando en su cinturón y un uniforme que le queda grande, alterna largos tragos de cerveza con los golpes que la culata del Kalashnikov deja en la espalda de los prisioneros. La sangre brota de las heridas, mezclándose con polvo y sudor. Los hutus ahora están alineados contra una pared, el oficial que los cuestiona tiene nervios de acero, un Beretta calibre 9 en su mano y su dedo descansa sobre el gatillo. El terror de la muerte no se lee en los ojos de los condenados, sino una resignación silenciosa, una sensación de profundo abandono.

Las horas pasan. Los “bastardos” no pueden beber, pero al atardecer todavía están de pie, se les mantiene vivos para la incómoda presencia de cámaras y reporteros. El comandante del campamento no tiene prisa. Sabe que con el toque de queda los periodistas extranjeros tendrán que retirarse. Al día siguiente, con una sonrisa despectiva, nos dirá que los prisioneros han sido liberados. Por la noche, los tiroteos comienzan de nuevo, el saqueo, la venganza. Para Laurent-Désiré Kabila fue relativamente fácil conquistar Zaire. Cambiarlo será mucho más difícil.

Panorama, 29/05/1997







GIOVANNI PORZIO (Milán, 1951). Ha colaborado con numerosos periódicos y revistas internacionales. Desde 1979 trabaja en *Panorama* como enviado especial. Ha realizado servicios y reportajes en 124 países en Medio Oriente, Europa, Estados Unidos, África y Asia, especializándose en áreas de conflicto y periodismo de guerra. Ha recibido numerosos premios internacionales como el prestigioso Max David 2001 por su trabajo en Afganistán. Entre los libros que ha publicado destacan: *Cory, Infierno Somalia* (escrito con Gabriella Simoni) *Corazón negro. El engaño del Golfo* (escrito con Lorenzo Bianchi), *Guía de Medio Oriente* y *Crónicas de las tierras de nadie*.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos: 1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.
- 17. La oveja negra,** de Armando Bartra.
- 18. El principio,** de Francisco Pérez Arce.
- 19. Hijos del águila,** de Gerardo de la Torre.
- 20. Morelos. El machete de la Nación,** de varios autores.
- 21. No hay virtud en el servilismo,** de Juan Hernández Luna.
- 22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español,** de Paco Ignacio Taibo I.

- 23. Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- 24. El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- 25. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- 26. Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 27. Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
- 28. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- 29. De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
- 30. El exilio rojo**. Antología literaria.
- 31. Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
- 32. El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
- 33. Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 34. López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 35. Tiempo de ladrones: la historia de Chicho el Roto**, de Emilio Carballido.
- 36. Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
- 37. ¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
- 38. El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
- 39. Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
- 40. Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 41. Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
- 42. La chispa**, de Pedro Moctezuma.
- 43. Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
- 44. El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.

- 45. Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
- 46. Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
- 47. Fraude 2012**. Antología varios autores.
- 48. Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 49. Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
- 50. México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.
- 51. 68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
- 52. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes**. Varios autores.
- 53. 1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
- 54. 3 años leyendo en libertad**. Antología literaria.
- 55. El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
- 56. El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 57. Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
- 58. No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.
- 59. Sin novedad en el frente**, de Erich Maria Remarque.
- 60. Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 61. Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
- 62. La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 63. Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
- 64. En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.
- 65. Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.
- 66. Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)**, de José C. Valadés.
- 67. El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano**, de Martí Batres.
- 68. Rebeliones**, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
- 69. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013**. Antología literaria.

- 70. Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños.** Antología.
- 71. Padrecito Stalin no vuelvas.** Antología.
- 72. En un descuido de lo imposible,** de Enrique González Rojo.
- 73. Tierra Negra.** Cómic (no descargable).
- 74. Memorias Chilenas 1973,** de Marc Cooper.
- 75. Ese cáncer que llamamos crimen organizado.**
Antología de relatos sobre el narcotráfico. Varios autores.
- 76. Lázaro Cárdenas: el poder moral,** de José C. Valadés.
- 77. Canek,** de Ermilo Abreu.
- 78. La línea dura,** de Gerardo de la Torre.
- 79. San Isidro futbol,** de Pino Cacucci.
- 80. Niña Mar,** de Francisco Hagenbeck y Tony Sandoval.
- 81. Otras historias.** Antología.
- 82. Tierra de Coyote.** Antología.
- 83. El muro y el machete,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 84. Antología Literaria 2da feria en Neza.** Varios autores.
- 85. Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana,**
de Pedro Salmerón.
- 86. Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX,** de
Paco Ignacio Taibo II.
- 87. Topolobampo,** de José C. Valadés.
- 88. De golpe.** Antología.
- 89. Sobre la luz. Poesía militante,** de Óscar de Pablo.
- 90. Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas,** de Luis Hernández Navarro.
- 91. Teresa Urrea. La Santa de Caboira,** de Mario Gill.
- 92. Memorias de Zapatilla,** de Guillermo Prieto.
- 93. Práxedis Guerrero y la otra Revolución posible,**
de Jesús Vargas Valdés.
- 94. La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza,**
de Patricia Galeana.
- 95. Espartaco,** de Howard Fast.

- 96. Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 1).**
Antología literaria.
- 97. Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 2).**
Antología literaria.
- 98. Los hombres de Panfilov**, de Alejandro Bek.
- 99. Diez días que conmovieron al mundo**, de John Reed.
- 100. Vietnam heroica**. Varios autores.
- 101. Operación masacre**, de Rodolfo Walsh (no descargable).
- 102. Cananea**, de Arturo Cano.
- 103. Guerrero bronco**, de Armando Bartra.
- 104. Misterios de seis a doce**, de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
- 105. La descendencia del mayor Julio Novoa**,
de Gerardo de la Torre.
- 106. Otras miradas**. Varios autores.
- 107. Relatos de impunidad**, de Lorena Amkie.
- 108. No sabe a mermelada**, de Carlos Ímaz.
- 109. Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México 1964-1965**, de Ricardo Pozas Horcasitas.
- 110. Ciudad Cenzontle**, de José Alfonso Suárez del Real.
- 111. Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México**. Varios autores.
- 112. Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo**, de los Hermanos Cerezo.
- 113. El pueblo es inmortal**, de Vassili Grossman.
- 114. Dos historias**, de Horacio Altuna (no descargable).
- 115. Tierra negra 2**. Cómic (no descargable).
- 116. El estilo Holtz**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 117. Julio César Mondragón**. Varios autores.
- 118. Abrapalabra**, de Luis Britto.
- 119. Los 43 de Ayotzinapa**, de Federico Mastrogiovanni.
- 120. Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica**, de Armando Bartra.
- 121. Asesinato en la Cuesta de los millonarios**, de Gisbert Haefs.
- 122. Terraza Marlowe**, de Bruno Arpaia.

- 123. Juárez. La rebelión interminable**, de Pedro Salmerón.
- 124. La gran marcha. Reminiscencias**. Varios autores.
- 125. Taxco en lucha**, de Aarón Álvarez.
- 126. El capitán sangrífica**, de Óscar de Pablo.
- 127. Norman Bethune**, de Eduardo Monteverde.
- 128. El poeta cautivo**, de Alfonso Mateo-Sagasta.
- 129. El hombre de la leica**, de Fermín Goñi.
- 130. La balada de Chicago**, de Hans Magnus Enzensberger.
- 131. DFendiendo derechos y libertades de los y las capitalinas**, de José Alfonso Suárez del Real.
- 132. Las ratas invaden la escena del cuádruple crimen**, de Javier Sinay.
- 133. La marca del Zorro**, de Sergio Ramírez.
- 134. ¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?**
- 135. La novena ola magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- 136. Banana Gold**, de Carleton Beals.
- 137. Libertad es osadía**, de Leonel Manzano.
- 138. La jungla**, de Upton Sinclair.
- 139. La huelga que vivimos**, de Francisco Pérez Arce.
- 140. Un dólar al día**, de Giovanni Porzio.
- 141. Queremos todo**, de Nanni Balestrini.
- 142. Pinturas de guerra**, de Ángel de la Calle.
- 143. La cara oculta del Vaticano**, de Sanjuana Martínez.
- 144. Milpas de la ira**, de Armando Bartra.
- 145. Una latinoamericana forma de morir**. Varios autores (no descargable)
- 146. Una antología levemente odiosa**, de Roque Dalton.
- 147. Pesadilla de último momento**, de Aarón Álvarez.
- 148. CEU**, de Martí Batres.
- 149. Un corresponsal de guerra mexicano**, de Guillermo Zamora.
- 150. Herón Proal**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 151. Manifiesto comunista**, de Enrique González Rojo.
- 152. Más REVUELTAS. Cinco aproximaciones a la vida de Pepe**. Varios autores.

- 153. Lo que no fue**, de Kike Ferrari.
- 154. Damas del tiempo**, de Pedro Miguel.
- 155. Mis gloriosos hermanos**, de Howard Fast.
- 156. Iván**, de Vladimir Bogomolov.
- 157. Antología de cuentos**, de Raúl Argemí.
- 158. Benita**, de Benita Galeana.
- 159. Antología de cuentos**, de Juan Miguel Aguilera y Luis Britto.
- 160. La ciudad, la otra**, de Raúl Bautista González, Súper Barrio.
- 161. La otra revolución rusa, populismo y marxismo en las revueltas campesinas de los siglos XIX y XX**, de Lorena Paz Peredes.
- 162. El mundo de Yarek**, de Elia Barceló.
- 163. 1905**, de León Trotsky.
- 164. Los once de la tribu**, de Juan Villoro.
- 165. ¿Qué hacer antes y después del sismo?**
- 166. Romper el silencio**, varios autores.
- 167. Break the silence**, varios autores.
- 168. Caramba y zamba la cosa, el 68 vuelto a contar**, de Francisco Pérez Arce.
- 169. Los que deben morir**, de F. Mond.
- 170. La muerte tiene permiso y más....**, de Edmundo Valadés.
- 171. Para fechas vacías que veremos arder**, de Roberto Fernández Retamar.
- 172. Allá en la nopalera**, de Carlos Ímaz.
- 173. Historias sorprendentes**. Varios autores.
- 174. La revolución magonista. Cronología narrativa**, de Armando Bartra y Jacinto Barrera.
- 175. Las bolcheviques**, de Óscar de Pablo.
- 176. Cartucho**, de Nellie Campobello.
- 177. Cuadernos desde la cárcel**, de Ho Chi Minh.
- 178. La frontera**, de Patrick Bard.
- 179. La Gran Revolución Francesa** (Tomo I), de Piotr Kropotkin.
- 180. La Gran Revolución Francesa** (Tomo 2), de Piotr Kropotkin.

- 181. No digas que es prieto, di que está mal envuelto,**
de Fabrizio Mejía Madrid.
- 182. El voto fue unánime: estábamos por la utopía. Memorias del 68,** de Tariq Ali.
- 183. Vidas exageradas,** de José Manuel Fajardo.
- 184. La desaparición de la nieve,** de Manuel Rivas.
- 185. Derrotas que hacen historia. La Comuna de París,**
de Armando Bartra.
- 186. Los nuevos herederos de Zapata,** de Armando Bartra.
- 187. Aquí manda la escoba,** de Óscar de Pablo.
- 188. En la guerra de España,** de André Malraux.
- 189. Las nuevas luchas campesinas,** de Armando Bartra.
- 190. Su hogar es el mundo entero,** de Óscar de Pablo.
- 191. Nuestro Gato Culto,** de Paco Ignacio Taibo I.
- 192. Tina Modotti,** de Ángel de la Calle.
- 193. El principio, los primeros cuatro meses,** de Armando Bartra.
- 194. Una juventud en Alemania,** de Ernst Toller.
- 195. Consuelo Uranga. La Roja,** de Jesús Vargas.
- 196. Los peligros profesionales del poder,** de Kristian Rakovsky.
- 197. Mujeres zapatistas. La otra cara de la Revolución,**
de Angélica Noemí Juárez Pérez y Miguel Ángel Ramírez Jahuey.
- 198. Fátima,** de Jürgen Alberts.
- 199. Entre amigos, antología literaria.** Varios autores.

Descarga todas nuestras publicaciones en:

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se editó en la Ciudad de México.

Todos los derechos reservados.

Distribución gratuita.